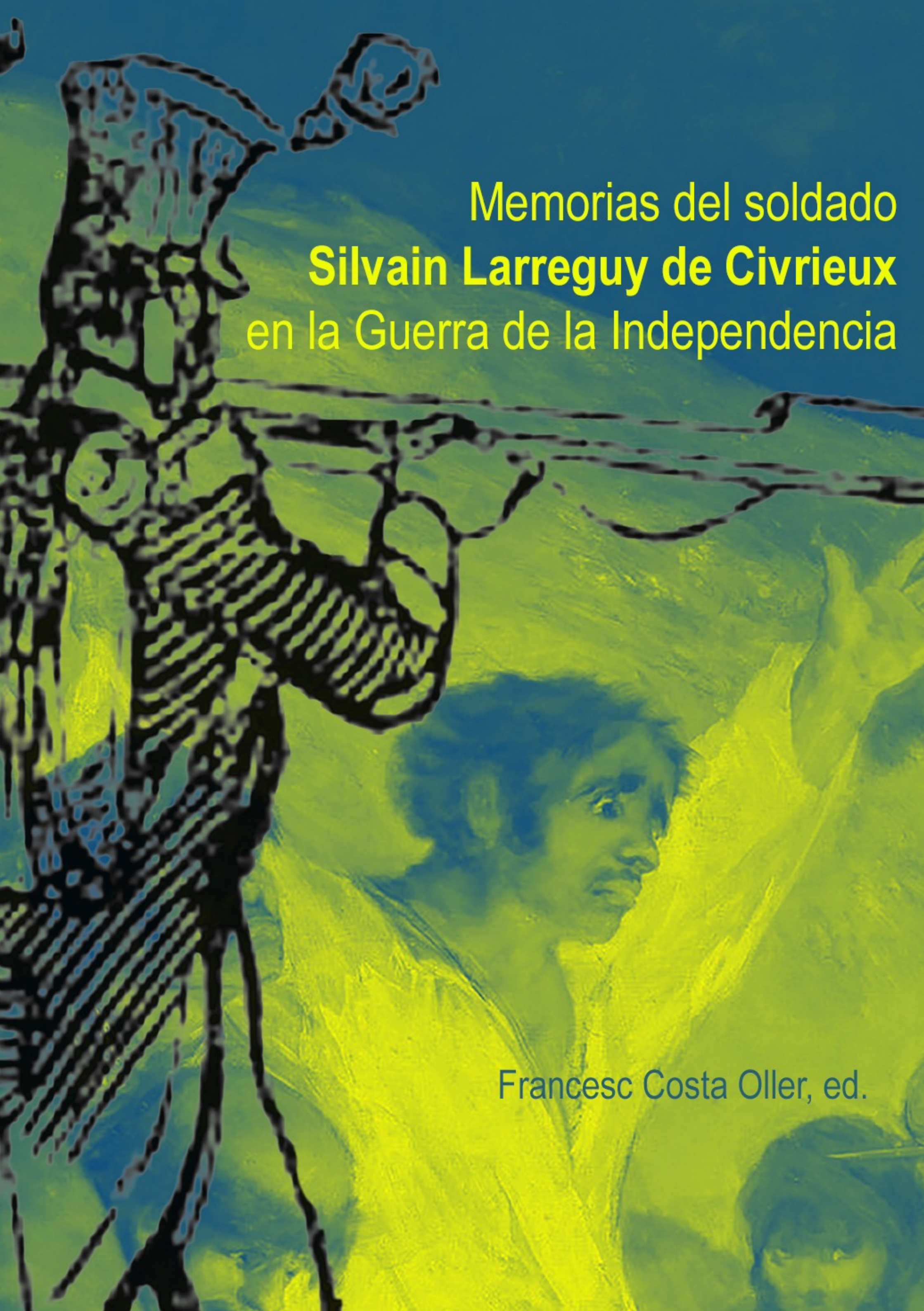


Memorias del soldado **Silvain Larreguy de Civrieux** en la Guerra de la Independencia

Francesc Costa Oller, ed.

Memorias del soldado Silvain Larreguy de Civrieux

Memorias del soldado
Silvain Larreguy de Civrieux
en la Guerra de la Independencia

Francesc Costa Oller, ed.

Mataró, 2025

Este libro tiene una versión digital.
https://ub.academia.edu/FrancescCosta
https://archive.org/details/@francesc_costa
https://zenodo.org/communities/fco/?page=1&size=20

Índice

Guerra de España (1812-1814)
–13–

Inundación de Gan (16), Canfranc (19), asalto de los guerrilleros (20), Jaca (24), registro de aduanas en Ayerbe (27), encuentro familiar en Zaragoza (30), una corrida de toros (35), hacia Valencia (39), Caspe y el asalto de la guerrilla (42), Batea (45), Tortosa (47), por la costa valenciana (49), batallas de Murviedro y Valencia (52), con los hermanos en Valencia (55), la ciudad de Valencia (59), batallas y retirada (64), el repliegue de Valencia a Tarragona (66), la muerte del padre (71), la vida militar de un cadete (75), batalla de Tarragona (80), retirada hacia el río Llobregat (84), batalla del collado de Ordal (88), el tratado de paz de Valençay (94), repliegue hacia Francia (98).

Campaña de Cataluña (1823)
–105–

Un joven francés de dieciséis años cruza las altas montañas del Pirineo por la ruta antigua del puerto de Somport, y llega a Canfranc. Corre el año 1812 y España está en guerra, ocupada por las tropas napoleónicas; viaja con el propósito de reunirse con su padre y sus hermanos, con cargos en el gobierno intruso establecido en Aragón.

Silvain Larreguy de Civrieux nace el año 1796 en los Arcs, comuna de la Provenza; una nota biográfica de su nieto Louis le presenta como el «séptimo hijo de una de esas viejas y nobles familias vascas que en tiempos de la monarquía dispersaron sus hijos por el mundo. Los Larreguy de Espataguilleta, originarios de San Juan de Luz, en el siglo XVI y XVII eran hijos de armadores, capitanes de navío y corsarios al servicio del rey. La Revolución destruyó su fortuna. Bajo el Imperio, el jefe de la familia, Jean Larreguy, padre de once hijos, después de un ensayo fracasado de armador en Marsella, casi septuagenario, buscó con cuatro de sus hijos el pan de los suyos en la España recién conquistada y obtuvo la dirección general de los dominios de Aragón».

En 1811, encontramos a Silvain estudiando en el liceo de Marsella. Al año siguiente, ingresa como cadete al ejército napoleónico, destinado a Zaragoza y Valencia, en plena guerra. En 1813, con tan solo 16 años, se une al regimiento del comandante Bugeaud, participando dos años después en la batalla de Waterloo como sargento mayor. Tras la derrota napoleónica, Silvain se incorpora al primer regi-

miento de la Guardia Real, donde asciende al rango de capitán ayudante mayor.

En 1823, vuelve a cruzar los Pirineos, esta vez por el paso del Pertús, como parte del ejército francés enviado a España para restaurar el poder absoluto del rey Fernando VII. Durante esta intervención, participa en el sitio de Barcelona y resulta herido en la batalla de Molins de Rey. En reconocimiento a su valentía y méritos en combate, en 1824 recibe el título de Caballero de la Legión de Honor francesa y la Cruz Laureada de San Fernando, una condecoración otorgada por el rey de España.

En 1827, decide abandonar la vida militar para contraer matrimonio con Marie Maret de Saint Pierre, marquesa viuda de Sarron. Este matrimonio le convierte en propietario rentista y establece su residencia en el castillo de Civrieux de Azergues (Rhône). En 1860, un decreto imperial le concede el derecho de añadir «de Civrieux» a su apellido. Silvain fallece en Saint Germain en Laye en 1874.

En su retiro elegante, recuerda su antigua vida militar; cuando en la ruta de Canfranc a Jaca –preciso circular en caravana–, encuentra a lo largo del recorrido restos de franceses degollados y las tropas confinadas en reductos. «Así era la espantosa guerra que se libraba en España: toda la población estaba en nuestra contra [...] rodeados de enemigos; por delante, detrás, a nuestros lados, por todas partes la guerra, una guerra de exterminio. [...] Nuestras tropas ocupaban toda la península, pero solo controlábamos las fortalezas o los lugares que nosotros mismos habíamos fortificado para asegurar nuestras comunicaciones».

Crueldad extrema, pero «la guerra que Francia les hacía era injusta. Habíamos entrado en su país por engaño; nos habíamos apoderado de sus ciudades, de sus provincias, violando las leyes de la hospitalidad; habíamos traicionado el derecho internacional al secuestrar en Bayona, donde los habíamos invitado, a los príncipes soberanos de España, a los que dábamos, a cambio, un nuevo rey y otras instituciones». Sorprende esta nota crítica, que reitera cuando en 1823 los franceses entran en España para restituir al monarca absoluto; habla del «triste deber de ir a combatir y derrocar al gobierno constitucional que el pueblo había conquistado desde 1820».

Jornadas por pueblos atemorizados, emboscadas, requisas. Batallas de Murviedro, Valencia, Tarragona y del collado de Ordal; la vida de soldado, muerte de los compañeros, herido en el puente de Molins de Rey, cerco a Barcelona. Escenas de espanto en la inundación de Gan, sorpresa en la corrida de toros, donde «por vez primera vi al pueblo español con su verdadera fisonomía, su lenguaje expresivo, sus trajes pintorescos». La nota familiar en Zaragoza, maltrato de la cuñada, calor de los hermanos; la incertidumbre sobre el destino de su padre en la desbandada francesa de Aragón.

«En 1820, siendo oficial de la guardia real acantonada en Saint-Denis, me encontraba en un café cuando uno de mis camaradas me llamó por mi nombre. Un anciano de cabello blanco se acercó y me examinó con interés. «Usted debe ser vasco, me dijo, hijo del señor Larreguy, muerto en Aragón, porque se le parece como dos gotas de agua». «¡Muerto en Aragón! ¿Cómo lo sabe?» ...

El año 1912, cuando hacía cien de los primeros recuerdos de Silvain, su nieto, el comandante Louis, publica en Paris sus memorias en un libro formado por siete capítulos en los que relata su experiencia militar y social, *Guerre d'Espagne (1812-1814); Les Cent-Jours (1814-1815); La Garde Royale (1815-1821); Campagne de Catalogne (1823); Lettres a un ami: la Duchesse de Berry a Blaye (1833); Le comte de Chambord a Wiesbaden (1850)*. De estos capítulos, resultan de particular interés los dos relacionados con España, aquí traducidos.[1]

Jean Baptiste Larreguy (1746-1813), padre de Silvain, formó una extensa familia. Entre sus hijos destacan: François (1786-1842), que desempeñó el cargo de prefecto de Vaucluse; Joachim (1788-1869), con una trayectoria tanto militar como en el mundo de los negocios; Joseph Justin (1789-1844), militar; y Benjamin (1800-1871), funcionario del ministerio de Estado. Silvain tuvo un hijo, Francis Arthur (1830-1906), quien en 1857 contrajo matrimonio con Berthe Boensh. De esta unión nacieron tres hijos: Louis, Robert y Louis Marie (1859-1941), siendo este último quien se encargaría de la edición de las memorias de su abuelo Silvain.

Marc Larreguy de Civrieux, hijo de Louis, muerto a los 21 años en el campo de batalla de Verdún, es conocido por su libro de poemas *La muse de sang*, que se erige como un testimonio conmovedor de la Primera Guerra Mundial. Escritos en el fragor del conflicto, estos versos trascienden lo literario para convertirse en un grito desgarrador contra la barbarie de la guerra. La publicación póstuma de la

[1] Larreguy de Civrieux. *Souvenirs d'un Cadet (1812-1823)* (Paris, 1912).

obra por su padre el año 1926, reveló un joven poeta profundamente marcado por el horror, cuyas emociones encuentran cierto eco de las reflexiones del bisabuelo Silvain.

Dans la géante Europe, au sombre éther nocturne,
Depuis les grands labours ensommeillés d'Artois
Et les mornes forêts des Vosges taciturnes
Jusqu'aux pics du Trentin, que hantent les chamois,
Des marais de Pologne à la Flandre des dunes,
Parmi les champs de Mort, de Lodz à Charleroi,
Au dessus de la Guerre, avec un pâle effroi,
Voyage, dans les nues, le Spectre de la Lune !...
Tous les peuples, au guet, voient, peinte en son visage
Où se sont de tout temps mirés les paysages,
L'hallucinante horreur des terrestres charniers!

30 de mayo de 1916 (En el frente).

Guerra de España (1812-1814)

En 1808, François Larreguy, mi hermano mayor, de apenas veintidós años, partió para Madrid bajo los auspicios de un viejo amigo de mi padre, el señor de Cabarrús,[2] ministro de hacienda del gobierno español. Por su diligencia, admirable organización y la preocupación de su protector, obtuvo con rapidez un alto cargo en la administración, y pudo llamar a su lado a dos de sus hermanos, Joachim, que acababa de hacer un viaje comercial a Marruecos y a Túnez, y Justin. El primero pronto se convirtió en administrador de correos, y el segundo en seguida consiguió el mismo trabajo, y poco después fue comisario de guerra adjunto.

Mi hermano François, enviado en 1810 a Aragón como comisario extraordinario de Hacienda, prestó servicios que fueron apreciados por el general Suchet,[3] comandante en jefe del ejército de Aragón y gobernador de esta provincia; y lo nombró secretario general de su gobierno. Bajo este título debía formar y regularizar todas las administraciones de esta tierra conquistada; tarea que llevó a cabo

[2] Francisco Cabarrús Lalanne (1752-1810), conde de Cabarrús, financiero y alto funcionario de origen francés; colaboró con rey José Bonaparte que le nombró superintendente general de la Real Hacienda.

[3] Louis Gabriel Suchet (1770-1826), militar y político francés, mariscal, duque de la Albufera y par de Francia.

con inteligencia y el entusiasmo de un joven. Sus hermanos se reunieron con él en Aragón, donde ocuparon el puesto que habían obtenido en Madrid. Mi padre quiso probar la fortuna que sonreía a sus hijos y se desplazó a Zaragoza, donde el general Suchet le confió casi inmediatamente el control general de los dominios nacionales de Aragón.

Durante este tiempo continué mi educación en Marsella, y después fui aceptado en el seminario de Aix como monaguillo de la catedral. A principios de 1811, mi familia, convencida de que yo no tenía vocación sacerdotal, me hizo ingresar en el liceo de Marsella, donde entre mis compañeros mayores se encontraban Thiers[4] y Mignet.[5] Mi madre pasaba los días llorando a su marido y a sus hijos ausentes, y apenas se distraía con la educación de sus hijas pequeñas, por las situaciones peligrosas que enfrentaban algunos de sus familiares más preciados en España. Conquistadas nuevas provincias por el ejército de Aragón, mi padre se quedó solo en Zaragoza, sede de su administración; mientras mis hermanos vieron uno tras otro los asedios de Tortosa, Lérida, Tarragona, Murviedro, Valencia, etc.

Durante una de las pausas de estas brillantes hazañas de armas, François se enamoró perdidamente de una joven española, Pepa Prat y Colomer, hija de Extremadura, nacida en Fuente del Maestre el 23 de enero de 1793. Su amor, alimentado por las peculiares seducciones de esta

---

[4] Louis Adolphe Thiers (1797-1877), historiador y político, repetidas veces primer ministro de Francia.

[5] François Mignet (1796-1884), escritor, historiador y consejero de Estado de Francia.

bella española, se vio exaltado aún más por la ambición de competir por ella con el general Saint-Cyr-Nugues,[6] jefe del Estado Mayor del ejército. Quería casarse con ella a pesar de la gran diferencia de posición y fueron en vano los consejos de su padre, y las insinuaciones del mariscal Suchet y de su esposa, que intentaron esclarecerlo; no pudo dominar su ardiente fantasía, incluso ante la falta de asentimiento, y se casó con Pepa en secreto. Mucho tiempo después, mi hermano obtuvo la aprobación de nuestro padre a su matrimonio, cuyo dolor había afectado mucho al corazón de nuestra madre, que nunca quiso ver a su nuera.

Teníamos entonces ante nuestros ojos, en Marsella, uno de los ejemplos más tristes de las vicisitudes de la desgraciada España. Carlos IV, su esposa y el príncipe Godoy, causante y cómplice de esta gran desgracia, desplegaron en esta ciudad su magnífica y real miseria. En junio de 1812 yo tenía dieciséis años y tuve que ir a España, mientras que mi hermano menor, Benjamín, fue enviado a Sorèze para completar su educación.

Mi madre cumplía entonces cuarenta y tres años y le quedaban nueve hijos; todos, y su marido, estaban comprometidos, o pronto lo estarían, en la sangrienta partida que Francia estaba jugando en España. Había pasado por las emociones y los peligros constantes de la Revolución; había tenido que renunciar sucesivamente a la dulzura de la opulencia y a las costumbres de toda su vida. La pérdida de su fortuna no se debió únicamente a los horrores de 1793; también había sido consumida por pleitos injustos.

[6] Saint-Cyr Nugues (1774-1842), general francés.

Tantas desgracias no habían alterado su carácter bueno, afable y gracioso, y habían pasado casi inadvertidas en su cara, tan joven y bonita, pero siempre con esa expresión preocupada de esposa y madre. Vivía en un modesto apartamento en Marsella, casi enfrente de la hermosa casa que había tenido que vender; y se dedicó con la más tierna solicitud a la educación de sus tres hijas. Aún muy joven, yo era el único hijo que le quedaba.

Los periódicos y los soldados que regresaban del teatro de la guerra estaban llenos de historias sobre el horrible tributo de sangre que se estaba produciendo en España. ¿Qué inquietudes precedieron a mi partida? ¡Qué sollozos y qué deseos le seguían! Tuvieron que arrancarme de los abrazos de mi pobre madre, a quien dejé desolada, agotada por el dolor.

Partí el 5 de julio de 1812, confiado a la protección del señor Gattorno, un español que regresaba a su patria. ¡Iba vestido con un frac de estudiante de secundaria y veinte francos en el bolsillo!, mi compañero de viaje se había hecho cargo de los gastos de transporte y albergue. Con el corazón oprimido, los ojos todavía bañados por las lágrimas de una separación tan cruel, encaminado hacia un destino desconocido, saludé con tristeza al pasar por Aix, el seminario donde había podido creer en un futuro pacífico, y llegué a Toulouse por el canal del Midi.

[Inundación de Gan]

El 12 de julio, muy de mañana, tomé la diligencia con dirección a Oloron. El tiempo se volvió horrible; el viento soplaba con una fuerza irresistible y empujaba hacia noso-

tros, con una rapidez espantosa, oscuras nubes amontonadas sobre los Pirineos. A nuestro alrededor los árboles se rompían con estrépito, y desaparecíamos a cada instante entre remolinos de polvo y grava. El rayo surcaba el horizonte por todas partes; nuestros caballos, espantados, ya no obedecían la voz de sus conductores y nos arrastraban con una velocidad indescriptible. De un segundo a otro, podíamos estrellarnos contra los árboles que bordeaban la carretera, cuando al llegar a un pueblo, que creo se llamaba Gan,[7] situado al fondo de un amplio valle contorneado por las montañas, se oyó una espantosa explosión que detuvo milagrosamente a nuestros caballos. El agua del cielo cayó como una masa; todos los viajeros se precipitaron espontáneamente fuera de la diligencia y se refugiaron en una posada cercana. Sobre nosotros había caído una tromba y en un abrir y cerrar de ojos el pueblo quedó invadido por las aguas que nos obligaron a subir de piso en piso hasta lo alto de la casa. Allí pudimos contemplar la escena de horror que se desarrollaba en un espacio considerable. Varias casas bajas o poco sólidas, ya estaban destruidas o sumergidas; una parte de la población se había refugiado en el campanario del pueblo; todos los demás en los tejados; el torrente, corriendo en todas direcciones, arrastraba a la vez a ancianos, mujeres, niños, bestias, y escombros de todo tipo. Por todas partes surgían súplicas y gritos horribles que dominaba el sonido de la campana. De vez en cuando, una casa se derrumbaba, y sus habitantes

[7] El pueblo de Gan, al sur de Pau en dirección a los Pirineos. Territorio histórico de inundaciones torrenciales o crecidas rápidas del curso del río Nez; tantas inundaciones a lo largo de los siglos, y las últimas los años 1983, 1997, 2007-2009, 2014, 2018 y 2021.

pedían en vano la ayuda de Dios y de los hombres. Casa y habitantes se hundían al instante. El techo de algunos de los edificios más sólidos y elevados era a veces alcanzado por la crecida de las aguas; entonces, los desgraciados que se protegían allí nos tendían las manos llorando o se aferraban a trozos de madera. Otros escaparon nadando y tuvimos la suerte de salvar a varios de una muerte segura, pero un destino similar nos amenazaba a todos.

Esta escena de caos duró unas dos horas. Finalmente, el cielo se aclaró, la tempestad se calmó; las aguas, que se habían elevado de treinta a cuarenta pies, parecieron detenerse, luego bajaron sucesivamente, y al cabo de unas horas, cada uno pudo evaluar sus pérdidas. Nuestros caballos se habían ahogados atados a la diligencia que la corriente había volcado.

Las poblaciones de las comunas vecinas, acudiendo al sonido del repique repetido de parroquia en parroquia, y ayudaron a abrir una salida a las aguas y a despejar el desafortunado pueblo de Gan. Socorrieron generosamente a sus vecinos; y nosotros, los viajeros, acudimos en ayuda de muchas desgracias mayores que la nuestra. Agoté mi pobre pequeña bolsa, y a partir de entonces no podía ser más que una presa inútil para los ladrones. Pronto llegaron caballos de una posta cercana y un nuevo carruaje, y pudimos continuar el viaje con los equipajes inundados. Supe, poco tiempo después, que el mismo día de esta catástrofe, Marsella sufrió otro fenómeno, nacido quizás de la misma causa desconocida; su puerto y sus muelles fueron invadidos durante varias horas por una marea terrible e insólita del Mediterráneo.

[Canfranc]

El 20 de julio de 1812, alcancé la frontera de Francia después de haber permanecido un día en Oloron. Crucé la frontera en nuestro último puesto, saludado por las armas de un centinela que sin duda confundió mi frac de estudiante con el uniforme de un joven oficial; fue como un presagio de mi futuro destino, que ya por reflejo o amor propio, me conmovió profundamente.

Alquilamos mulas para transportarnos junto a nuestro equipaje y el mismo día llegamos Canfranc, primer pueblo de Aragón, custodiado por cazadores de montaña bajo las órdenes de un subteniente, a quien doce años más tarde encontré como hermano de armas en el tercer regimiento de línea. Estaba atrincherado en una casa fortificada desde cuyas almenas podía ver a menudo a los insurgentes españoles exigiendo contribuciones a los habitantes del pueblo. Tenía la orden de proporcionar, mediante pago, una pequeña escolta a los viajeros que se dirigían a Jaca. Como la mitad de su destacamento estaba de patrulla, este oficial solo pudo ofrecernos refugio en un blocao; ya que era peligroso alojarse en el pueblo.

Nos instalamos en un rincón que habíamos hecho cubrir de paja lamentando la pobreza de tal alojamiento, cuando un oficial francés de la gendarmería española, impaciente, al igual que nosotros, por no poder partir, oyó pronunciar mi nombre por mi compañero de viaje: «¡Larreguy!», exclamó; «pero, ¿sería usted hermano o hijo de los Larreguy del ejército de Aragón?» Ante mi respuesta afirmativa, se mostró solícito, benevolente, me informó que debía su empleo a mi hermano mayor, y luego añadió:

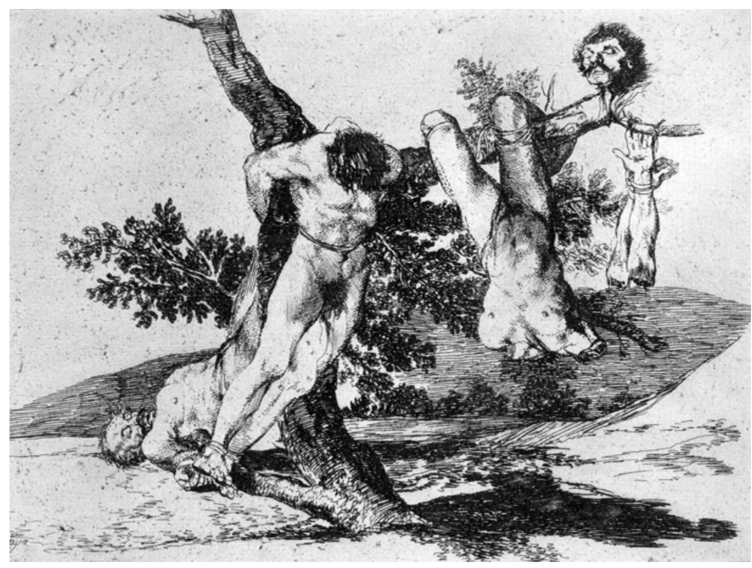
«Ustedes son dos, yo tengo mi criado armado como yo hasta los dientes, y nos dirigiremos a Jaca, si así lo desean. La ruta debe ser segura, ya que ha sido recorrida hoy por varias escoltas». Dudamos un momento, desalentados por mil relatos de franceses degollados a lo largo del trayecto del recorrido; pero ante sus insistentes ruegos, nos decidimos y partimos. Nuestra caravana se componía del señor Gattorno, el oficial de gendarmería y yo mismo, todos a caballo o a mula, dos mulas cargando nuestros equipajes, el conductor y el miquelete criado del oficial.

En ese momento se abría ante mí una vida de pruebas y peligros; detrás, la Francia feliz, pacífica, orgullosa de su civilización, de su prosperidad, de sus comunicaciones fáciles, gloriosa por sus hijos que añadían cada día brillo a su nombre; en frente, España entregada a todas las miserias, a las pasiones más odiosas desatadas contra nosotros por la venganza, por el fanatismo religioso, por el culto a la independencia nacional; también detrás y en la lejanía, mi madre, mis hermanas, las dulces costumbres y los afectos de la infancia; y delante, mi padre, mis hermanos, las ambiciones, todas las incertidumbres del futuro. ¡Qué emociones se apoderaron de mi joven corazón en ese instante solemne, al despedirme de la patria, esa santa palabra cuyo valor comprendí entonces por completo!

[Asalto de los guerrilleros]

El camino de Canfranc a Jaca solo es practicable para mulas y caballos acostumbrados a las montañas. Reducido a las medidas de un sendero accidentado, a veces transcurre por la empinada pendiente de los Pirineos al borde de

terribles precipicios, y a veces desciende con rapidez hacia valles angostos y sombríos, en cuyo fondo casi siempre corre un torrente que, durante las avenidas causadas por el deshielo o las tormentas, impulsa y hace rodar bloques de rocas, caídos de los lados de las montañas por la meteorología y las avalanchas.



Francisco de Goya

En varios lugares encontramos el suelo ensangrentado, sin tardar en descubrir el horrible espectáculo de uno o más hombres colgando de las ramas de los árboles, ahora por la cabeza a veces por los pies. Algunos estaban en descomposición, y sus brazos y cabezas caídas aún conservaban la antigua forma dibujada por los gusanos en movimiento que habían roído su carne. Otros, aun ensangrentados, anunciaban un crimen más reciente. Casi todos se balanceaban con un escrito grosero atado en mitad del cuer-

po, que prometía un destino similar a los españoles que se entregaran a nuestro ejército, o a los franceses recién llegados a esta tierra de maldición.[8]

Los pensamientos más tristes asaltaban mi espíritu tan juvenil, que hasta entonces solo se había abierto a imágenes alegres, y se había complacido en adornar con los colores más bellos la libertad que sucedería a la reclusión y a la regla del colegio. Marchábamos en silencio, apresurando el paso de los caballos y las mulas, agitados a menudo por gritos lejanos. Entonces, mis compañeros se preparaban para vender cara su vida; y cuando el ruido cesaba, el miquelete y el conductor olvidaban su miedo o lo disimulaban entregándose a cantos monótonos, casi siempre dirigidos a sus mulas.

Quedamos más impresionados al ver frente a nosotros algunos hombres armados; estábamos considerando qué hacer, cuando reconocimos a unos cazadores de montaña. Escoltaban a un coronel herido que regresaba a Francia, y nos urgieron a llegar lo más rápido posible a Jaca, pues el camino distaba mucho de ser seguro; poco antes habían tropezado con el cadáver de un hombre recién asesinado. ¡Dios mío! ¡Qué largas me parecieron aquellas tres o cuatro horas de viaje!

Finalmente, alcanzamos los bastimentos avanzados de la plaza fuerte, y apenas habíamos respondido al grito de la primera centinela, cuando se oyeron disparos detrás de nosotros. Una patrulla de caballería corrió inmediatamente en esa dirección y trajo de vuelta poco después a un em-

---

[8] El mismo destino que aguardaba a su padre, masacrado en esta misma zona durante la retirada francesa.

pleado francés y también a un español cubierto de sangre. Supimos entonces que inmediatamente después de nuestra partida de Canfranc, este empleado y dos oficiales venidos de Francia, se habían puesto en camino con la esperanza de alcanzarnos. Varias veces nos habían visto en los recodos de las montañas y nos habían llamado en vano: de ahí los gritos que nos habían conmovido con frecuencia. A punto de llegar a Jaca, estos viajeros habían sido atacados por una pequeña banda de guerrilleros; se habían defendido disparado sus armas, pero habían sido rodeados, y solo el empleado había podido huir; los oficiales, que habían quedado en poder del enemigo, habían sido, sin duda, degollados. El campesino español, traído por nuestra patrulla, formaba parte de la banda. Había recibido una grave herida en el hombro; le vendaron los ojos, lo pusieron de rodillas y fue inmediatamente fusilado en el glacis. Desde lo alto de las montañas, sus compañeros en fuga pudieron ver su muerte valiente, terrible represalia por la sangre francesa que acababan de derramar.

Así era la espantosa guerra que se libraba en España: toda la población estaba en nuestra contra; monjes y sacerdotes marchaban, cruz en mano, al frente de las bandas; dañar de cualquier forma a nuestras tropas era considerado un acto meritorio, que daba derecho a indulgencias; asesinar a un francés era considerado un acto patriótico, un motivo de absolución. Estos principios estaban escritos en los catecismos que se daban a mujeres y niños; el emperador era denunciado como un monstruo, un enviado de Satanás. Nuestras tropas ocupaban toda la península, pero solo controlábamos las fortalezas o los lugares

que nosotros mismos habíamos fortificado para asegurar nuestras comunicaciones.

Los españoles cometían muchas atrocidades innecesarias e impensables; pero la guerra que Francia les hacía era injusta. Habíamos entrado en su país por engaño; nos habíamos apoderado de sus ciudades, de sus provincias, violando las leyes de la hospitalidad; habíamos traicionado el derecho internacional al secuestrar en Bayona, donde los habíamos invitado, a los príncipes soberanos de España, a los que dábamos, a cambio, un nuevo rey y otras instituciones. La deslealtad no es propia ni de los imperios ni de los individuos; mancha las más brillantes glorias. Fue en España donde Napoleón vio caer los primeros laureles de su corona.

[Jaca]

Yo y mi compañero de viaje fuimos alojados en Jaca en casa de un eclesiástico, convertido en canónigo por la gracia de mi hermano François, a quien guardaba una gran gratitud. No hablaba francés, y cuando el señor Gattorno estaba ausente, intercambiábamos nuestras ideas en un latín clásico deficiente, del que aún conservaba el recuerdo en toda su frescura. Obligado por su ascenso, que nos debía, este buen canónigo se interesaba vivamente por el éxito de nuestras armas, lo que lo convertía en una especie de paria a los ojos de la mayoría de los habitantes. Con él recorrí el sistema de fortificaciones de la plaza, considerada la llave de Aragón si a pocos metros de sus fosos hubiéramos controlado el terreno. Pero las magníficas montañas que formaban un delicioso telón alrededor nuestro y

sus amenos valles, estaban en su totalidad recorridos por la población insurrecta contra nuestro ilegítimo poder.

Mina,[9] era entonces el alma encarnada de la insurrección en Aragón y Navarra. Se contaban cosas prodigiosas de este jefe de partidas, que sabía mantener la confianza supersticiosa de sus compatriotas compartiendo todos los peligros, vistiendo como ellos y trasladándose con una rapidez asombrosa a los puntos más distantes. Fascinaba al pueblo la habilidad con la que sabía disgregar sus bandas y reagruparlas en el momento preciso, atacando casi siempre con fuerzas superiores a nuestros destacamentos, y manteniendo en todas partes el terror y la firmeza de su nombre.

Era casi imposible viajar de Jaca a Zaragoza sin una fuerte escolta; para controlar la carretera en un terreno tan accidentado, era necesario avanzar en varias columnas, y si no se protegían los flancos, podían ser emboscados en cualquier momento por unos pocos hombres escondidos entre las rocas o en los numerosos pliegues de los Pirineos. El canónigo nos instó a esperar unos días a dos batallones italianos que venían de Francia para unirse al grueso del ejército. Consideró necesario también que destruyéramos cartas y documentos que, en caso de problemas, podrían comprometernos. En caso de necesidad, nos aconsejó decir que yo era hijo de un comerciante de Castilla la Vieja, enviado a Francia de joven para estudiar; y que el señor Gattorno estaba encargado de llevarme de vuelta

[9] Francisco Espoz y Mina (1781-1836), militar liberal que comenzó su carrera en la guerra de la Independencia en el entorno de Jaca; fue uno de los pocos generales que hizo frente a los franceses el año 1823, también citado por Larreguy en este año.

con mi familia, que apoyaba la causa independentista. Quiso que cambiara los botones de águila de mi chaqueta de estudiante para dar una mejor impresión si era necesario. Para hacer más creíbles estas historias, me puso en el bolsillo cartas en español escritas por él o sus amigos que concordaban con esta versión. Finalmente, nos consiguió un mulero de confianza que nos transportara y guiara hasta Zaragoza. Tantas precauciones nos habrían parecido excesivas si no hubiéramos pisado ya el peligroso suelo de España; más tarde, agradecimos enormemente la prudencia que las había inspirado.

Partimos el 26 de julio, recomendados al oficial superior italiano, jefe del destacamento. El convoy se componía de un gran número de mulos, cargados de efectos militares. Se necesitó mucho tiempo para asignar a cada uno su lugar y se dividió todo en pequeñas brigadas, comandadas por suboficiales. Nos arrepentimos de haber aceptado el privilegio que nos ofrecieron de no ser encuadrados; pensando así marchar a veces a la cabeza, a veces en el centro, o a veces a la cola del convoy. El primer día y los siguientes hicimos poco camino. El jefe de la columna tenía órdenes de asegurar en varios puntos la recaudación de las contribuciones y algunos suministros; pero no creo que obtuviera grandes éxitos, ya que marchábamos en medio de una soledad casi continua.

¡Qué espectáculo! ¡Qué nueva vida para mí! Estaba absorto en mil sensaciones diversas: lo extraño del país, la rudeza del camino que a menudo no ofrecía a una mula más que el espacio estrictamente necesario; la huella de sus pies, excavada desde tiempos inmemoriales en la roca por el frecuente paso de sus congéneres; el traje tan pinto-

resco de nuestros muleros de piel bronceada, disimulando bajo la monótona alegría de sus canciones nacionales la humillación de conducir a franceses; los soldados italianos, tan vivos, tan chispeantes, sorprendidos de ser arrojados tan lejos de su país, cantando en coro y con una armonía perfecta las suaves melodías de su patria; esta vida al aire libre, expuesta a todas las vicisitudes de la guerra; la esperanza cierta de reencontrar pronto al jefe venerable de nuestra familia. ¡Cuántos recuerdos llenos de emoción!

[Registro de aduanas en Ayerbe]

Nuestra primera noche fue una especie de vivac improvisado alrededor de una pequeña aldea desierta. Al día siguiente, llegamos temprano a Ayerbe, un pueblo más importante, custodiado por un numeroso destacamento fortificado en un convento. Una parte del pueblo fue asignada a cada brigada del convoy, y el alcalde nos dio como alojamiento una de las primeras casas del pueblo del lado de Francia.

La salida había sido fijada para el día siguiente a las dos de la mañana; debía hacerse sin tambores ni trompetas para no alertar al enemigo; el punto de encuentro general era en el glacis del puesto atrincherado. Pero algunos informes recibidos por el jefe de la columna durante la noche lo decidieron a adelantar en dos horas la salida; cada brigada del convoy fue avisada silenciosamente en sus alojamientos para estar lista y presentarse en el lugar fijado a medianoche. Mi compañero y yo, que no pertenecíamos a ninguna, ¡fuimos olvidados! A la una y media de la mañana, el señor Gattorno, siempre puntual, me despertó a mí

y al mulero, que dormía al lado sobre la paja. Pronto estuvimos listos, pues dormíamos vestidos sobre aquella tierra maldita, y nos dirigimos al lugar de reunión. Reinaba el mayor silencio por todas partes; el centinela del convento, al ordenarnos mantenernos alejados, nos informó que el convoy había partido hacía una hora y media; nuestra sorpresa fue extrema, y de inmediato deliberamos sobre qué hacer.

No podíamos quedarnos en Ayerbe. Apurando el paso, no tardaríamos sin duda en alcanzar al destacamento; además, el camino tan recientemente recorrido por nuestra columna debía ser seguro; el conductor lo conocía perfectamente, y nos inspiraba confianza. Tales fueron nuestras reflexiones, y partimos. Varias veces creímos oír en el silencio de la noche el ruido y los gritos del convoy, y era probable en este país de montañas donde el eco se repite a grandes distancias. Ya podíamos esperar alcanzar, sanos y salvos, la columna, cuando a los primeros rayos del día distinguimos sobre una altura de la que nos separaba un estrecho valle, un grupo de hombres que nos hicieron señas y ordenaron detenernos. Su vestimenta no permitía creer que fueran amigos. El señor Gattorno me recordó de inmediato la lección del buen canónigo de Jaca, me prohibió hablar, lo que no tenía ni la fuerza ni la menor intención de hacer, y dio algunos consejos a nuestro mulero. A medida que estos hombres se acercaban, pudimos distinguir su aspecto sospechoso y su extraño atuendo, medio campesino y medio militar, la escopeta que llevaban al hombro, algunos con pistolas en el cinturón, y saliendo de su bolsillo lateral, el terrible cuchillo, el *cuchillo*, que había causado tantas víctimas francesas.

Ignoro lo que sentí en esta ocasión tan delicada, tan peligrosa. Tres semanas antes tenía dieciséis años y ¡estaba todavía en los bancos del colegio! El jefe de estos hombres agarró bruscamente a mi compañero por el cuello de su abrigo, exigiéndole que dijera quiénes éramos y a dónde íbamos. El señor Gattorno se explicó con sangre fría y valor y fueron menos brutales con él; y el mulero fue reconocido por un hombre de la banda, a quien había visto antes. Nuestros papeles fueron revisados y las provisiones hurtadas y el señor Gattorno se vio obligado a compartir su bolsa con estos guerrilleros. Uno de ellos me golpeó en el hombro y me dijo riendo: *Caballero, no tenga usted miedo*; y nos dejaron continuar nuestro camino.

Extraño a la lengua española, no había comprendido del todo la escena. Mi compañero me dijo que sin duda habíamos estado tratando con agentes de aduanas apostados por Mina para vigilar el paso, atacar a los rezagados del ejército y recaudar derechos a los españoles que transportaban mercancías a través de Aragón. «Habíamos atravesado Ayerbe de noche, ignorábamos incluso que tuviésemos un convoy francés delante de nosotros, e íbamos a ralentizar nuestra marcha para evitar encontrarlo»; luego el cuento del buen canónigo; tal fue el lenguaje del señor Gattorno que fue confirmado por nuestros papeles y por nuestro mulero.

Una hora después, alcanzamos el convoy que hacía una parada; nos felicitaron por el resultado de la aventura, algunos se divirtieron, y nos reímos todos. El jefe del destacamento se mostró avergonzado de habernos olvidado y, para evitar una equivocación similar en el futuro, fuimos asignados a una unidad. Esa noche acampamos en Bujara-

loz, un pueblo considerable y rico, donde estuvimos muy bien alojados, de manera que compensara un poco nuestras emociones y fatigas.

[Encuentro familiar en Zaragoza]

Dos días después, el 30 de julio, avistamos Zaragoza y el monte Torrero que domina la ciudad, célebre por su heroica defensa en 1809. La verdad es que no presté mucha atención a todo lo que se decía a mi alrededor sobre aquel memorable sitio, mis pensamientos, todas mis facultades, mi vida entera estaban puestos en el impaciente deseo de volver a ver a mi padre. Él no sabía exactamente cuándo podría reunirme con él; pero me esperaba a cada convoy, por lo tanto no podía estar muy lejos, lo presentía. Lo reconocí y me lancé en sus brazos en el mismo instante en que, tembloroso, se acercaba para preguntar si le traían a su hijo.

Durante mucho tiempo no pudimos intercambiar una sola palabra. Yo derramaba lágrimas de alegría, y mi padre, sofocado por tantas emociones intensas, apenas podía pronunciar estas palabras: «¡Mi hijo! ¡Tu madre! ¡Mis hijas!». ¡Cuántas ideas abrumaban su corazón paternal! Yo me acercaba a él en esta tierra maldita, llena de peligros que resurgían constantemente; le traía las cariñosas caricias de su esposa y de sus hijos menores, noticias frescas de su patria que ardía en deseos de volver a ver. Se sorprendió del cambio que se había producido en mi físico; sin duda había crecido mucho desde nuestra separación en Aix, y se afligió al verme tan delgado y tan débil para la vida de experiencias que se abría ante mí.

Finalmente entramos en Zaragoza, y pronto me instalaron en el magnífico hotel que había habitado, durante la conquista de Aragón, mi hermano François, y que estaba ocupado ahora por el control general de los dominios nacionales. Entonces, mi padre tenía cerca de setenta años; de niño lo había considerado muy alto, olvidando mi propio crecimiento, y me pareció de menor altura, aunque tuviera aproximadamente cinco pies y cuatro pulgadas; sus rasgos eran nobles; su figura severa, su voz potente, su lenguaje preciso y austero, su mirada cargada de tantos pesares, de tantas desgracias dilatadas; el sentimiento de su vida serena cuyos últimos días se apuraban lejos de su numerosa familia y de su país; todo ello le daba un aspecto imponente. Después de las efusiones de nuestro primer encuentro, ya no me acerqué a él más que con un tímido respeto. Animado por el más vivo y religioso entusiasmo, me resultaba difícil declarárselo; escuchaba en silencio las lecciones de su vieja experiencia, los dolores de su corazón, y solo conocía la impresión que me causaban a través de mis ojos llenos de lágrimas.

Zaragoza había sido tomada a principios de 1809 por el tercer y quinto cuerpo, dirigidos por los mariscales Moncey[10] y Mortier,[11] reunidos poco después bajo las órdenes de Lannes.[12] Al principio, la división del general Suchet se

[10] Bon Adrien Jeannott de Moncey (1754-1842), duque de Conégliano, militar francés que participó en el segundo sitio de Zaragoza y logró la capitulación de la ciudad, mariscal del imperio.

[11] Édouard Adolphe Casimir Joseph Mortier (1768-1835), duque de Treviso, militar francés y mariscal.

[12] Jean Lannes (1769-1809), duque de Montebello, mariscal de Francia y príncipe de Siewierz.

inmortalizó en los ataques a la orilla derecha del Ebro contra el castillo de Aljafería, formidable resguardo de la Inquisición. En esa época se desplegaban los mayores esfuerzos de la obstinación española. Palafox,[13] de imperecedera memoria, había hecho tomar las armas a toda la parte impetuosa y vigorosa de la población aragonesa, fanatizada también por sus sacerdotes, por sus monjes, y por la posesión de la Virgen del Pilar, nombrada generalísima del ejército. Encerrada en su capital, esta masa formidable luchaba cada día, pie a pie, cuerpo a cuerpo, de casa en casa, de un muro a otro, contra la habilidad y la perseverante audacia de nuestros soldados, conducidos por los zapadores y los ingenieros más valientes y más dedicados. Con un suburbio arrasado por un esfuerzo terrible y hábilmente combinado con la toma del puente del Ebro, y por otra parte nuestros avances en el interior de la ciudad, al no dejar ya ninguna esperanza de salvación a los defensores de Zaragoza, se propuso, por vigésima vez, a Palafox que capitulara, haciéndole notar que sus arsenales, sus cañones, sus municiones de guerra estaban en nuestro poder: «¡*Todavía tenemos cuchillos*!», respondió.

Sin embargo, cuando ya no hubo ningún recurso para vivir, cuando varias órdenes religiosas se inmolaron con sus conventos y los franceses habían penetrado en ellos, la junta, y no Palafox, propuso finalmente capitular; se vio obligada a someterse a discreción. El jefe de esta junta, Mariano Domínguez, un anciano heroico, dijo al prestar juramento: «Hemos cumplido con nuestro deber contra

[13] José Rebolledo de Palafox y Melzi (1775-1847), militar liberal, capitán general durante el sitio de Zaragoza.

ustedes al defendernos hasta el último extremo; con la misma constancia cumpliremos ahora nuestros nuevos compromisos». Un lenguaje leal, cuya sinceridad demostró con su conducta posterior. El espectáculo que presentaba entonces Zaragoza no se puede describir. Los hospitales rebosaban de enfermos y heridos; los cementerios eran insuficientes para recibir a los muertos; los cadáveres, cosidos en sacos de tela, yacían por centenares a la puerta de las iglesias. Un tifus contagioso causaba los mayores estragos. Se ha estimado en 40.000 el número de muertos en el interior de la ciudad durante los tres meses de este asedio incomparable.

Poco tiempo después de esta gran hazaña bélica, Suchet[14] fue nombrado comandante en jefe del tercer cuerpo y gobernador de Aragón, cuya administración fue reorganizada por mi hermano François, recién llegado de Madrid en calidad de comisario extraordinario de hacienda, y a quien Suchet nombró secretario general del gobierno. Se le asignó un magnífico hotel en la gran calle del Coso, junto al palacio del general en jefe y comunicándose con él. Tanto por dentro como por fuera, sus muros estaban agujereados por las balas; se había combatido de una habitación a otra, y así lo encontré yo en 1812, habitado por mi padre.

La historia de esta ciudad estaba escrita en sus murallas devastadas, en las ruinas de sus monumentos, en el sombrío semblante de sus habitantes que, sin embargo, reconocían la justicia y la sabiduría de la administración

[14] Louis Gabriel Suchet (1770–1826), duque de la Albufera y par de Francia, militar y político francés, mariscal del imperio.

de sus nuevos amos. Se había establecido un magnífico paseo junto a la calle del Coso en el lugar de uno de los conventos inmolados heroicamente, y las bellas aragonesas no temían mostrarse allí con su paso orgulloso y grácil, dejando entrever bajo su elegante basquiña el fuego de sus ojos y la coquetería de sus miradas.

La vida de mi padre era sencilla y retirada. No tenía el corazón para disfrutar de las comodidades y los privilegios que le otorgaba su posición. Una gran actividad y un orden notable reinaban en su administración, que dirigía con gran inteligencia, y era objeto de una confianza absoluta por parte de todos sus subordinados. No nos separamos mucho durante los diecisiete días que pasé en Zaragoza. A veces me contaba con severa emoción las circunstancias que habían seguido al funesto matrimonio de su hijo mayor con Pepa, de cuyos padres no tenía noticias; otras veces me hablaba de su impaciencia por abandonar España, cuyas costumbres se complacía en darme a conocer. En su intimidad solo recibía al venerable don Mariano Domínguez, el ilustre ex-presidente de la junta aragonesa, convertido en principal corregidor de Zaragoza.

Su comida era frugal, solo encontraba placer cuando le ofrecían algún manjar, algunos platos preparados al estilo de su hogar familiar o a la manera del país vasco, nuestra patria. En su casa, como en todas las casas, el agua, que había que comprar, era traída a lomos de mula en jarras de una forma bastante curiosa, y se conservaba en el fondo de una pequeña bodega muy profunda, en vasijas de barro similares a las ánforas romanas, gracias a las cuales adquiría una frescura casi glacial.

Un convoy considerable de efectos militares, con soldados convalecientes, debía partir el 16 de agosto para reunirse en el cuartel general en Valencia. El general Habert,[15] de regreso de Francia donde había ido a curar sus heridas, tendría la alta dirección de este convoy, y algunos jinetes para su escolta personal. Mi padre consideró la ocasión excelente para mi partida. Alquilamos una calesina, una especie de carruaje de dos ruedas muy juntas en la base, de tal manera que estos vehículos, fáciles de volcar, tienen, al menos, la ventaja de pasar por los caminos más estrechos. Se engancha a ella una mula cubierta de ruidosos cascabeles, y el conductor suele correr junto a ella, si no se sienta en uno de los travesaños.

[Una corrida de toros]

La víspera de mi partida, asistí a uno de los espectáculos más característicos del pueblo español. Era la fiesta de Napoleón, y no era fácil involucrar a la población en las alegrías del ejército, solo se podía apelando a las emociones que despertaba una corrida de toros. Con mucha antelación se habían hecho gastos enormes para conseguir toros formidables y toreros famosos. La ciudad estuvo agitada durante toda la semana previa a la celebración, y el mismo día la población se mostró en un estado de emoción indescriptible. Todos salían de su casa con su mejor ropa; había multitudes en las plazas y en las calles y por vez primera vi al pueblo español con su verdadera fisonomía, su lengu-

[15] Pierre-Joseph Habert (1773-1825), general francés, oficial de la Legión de Honor y caballero de la Orden de San Luís.

aje expresivo, sus trajes pintorescos; parecía el día en que esta población heroica se creyó invencible y salva después de su pacto con la virgen del Pilar.

Desde muy temprano, las avenidas de la plaza de toros se llenaron de gente; afortunados los diez mil que pudieron encontrar sitio. Se había reservado un palco para mi padre y lo alcanzamos con dificultad. Al entrar, quedé deslumbrado por el aspecto imponente y la extrañeza del espectáculo. Aún no había visto arenas romanas, a las que estas se asemejan en todo, salvo por la arquitectura monumental y secular de las primeras. Imaginen una inmensa plaza al aire libre, elíptica, que desciende por palcos y gradas hasta el óvalo de la pista; la multitud esparcida, agitada y apretada por todas partes en este vasto anfiteatro; miles de jóvenes, esta vez con el rostro descubierto, con sus rostros agraciados, su belleza natural o la que se les supone a los dieciséis años; todas estas mujeres felices de una libertad inusual, agitando con una coquetería indescriptible sus ricos abanicos; todas las provincias de España representadas por sus trajes regionales, distinguidas por sus rasgos característicos; ¡el ruido, la impaciente alegría por todas partes!

Finalmente apareció el general Reille,[16] ayudante de campo del emperador y gobernador de Aragón; tomó asiento en su lujoso palco y se dio la señal. Se abrió una barrera y algunos jinetes, con el traje brillante de Andalucía, entraron montados en jacas miserables y armados con una lanza. Casi al mismo tiempo, y frente a ellos, salió por otra barrera un toro que se detuvo, atónito, con la cabeza

---

[16] Joseph Reille (1775-1860), general y mariscal de Francia.

baja, asustado por los aplausos de la multitud. Pronto sus antagonistas lo rodearon y agitaron ante él telas escarlatas, pero no se movía hasta que uno de ellos le hizo sentir, por fin, el aguijón de su lanza; brincó, y de un solo salto se abalanzó sobre uno de los asaltantes, destripando a su miserable cabalgadura. El jinete se apartó al instante con una agilidad asombrosa, lanzó su lanza, sacó un largo puñal de la vaina y se encontró así listo para luchar a pie. Las más vivas aclamaciones saludaron esta hazaña del animal y de su enemigo. El toro parecía aturdido por su victoria y permaneció inmóvil; pero lo rodearon de nuevo. Para excitarlo, lo pincharon hasta hacerlo sangrar, le clavaron en la piel anzuelos afilados, terminados en artificios que explotaban y desgarraban sus flancos. Entonces el noble animal, animándose de nuevo, se enfrentó al torero desmontado, que a veces lo esperaba y lo esquivaba con una admirable destreza, y a veces saltaba por encima poniéndole el pie en el cráneo y ayudándose del impulso de su cabeza para saltar más lejos. El público estaba extasiado: incitaban alternativamente al hombre y al animal, abucheaban a uno u otro, según lo consideraban torpe o desanimado. Finalmente, el torero se detuvo, esperó a su enemigo y, en el momento en que este se agachó para derribar a su adversario, le clavó su espada en el cerebro. El toro cayó bruscamente, con la espada clavada en la cabeza; estaba muerto, y vomitó ríos de sangre, no lejos del caballo agonizante que había destripado.

Una especie de frenesí se apodera de los asistentes de pie, agitando sombreros, gorras y abanicos. Se llama al torero por su nombre; desde todos lados le gritan que nunca antes había conseguido una gloria mayor. Este, que su ha-

zaña consagra como matador, saluda a todo el ruedo; no daría este instante de triunfo ni por la corona de España y las Indias. A emociones tan intensas hay que darles un tiempo de descanso, durante el cual unos bueyes arrastran fuera del ruedo los cuerpos ensangrentados de los vencidos. Por todas partes se despliegan las provisiones de cada uno; a la entrada de las gradas y los palcos, aparecen jóvenes ofreciendo a la venta sorbetes, helados o simplemente un vaso de agua con azucarillo, una especie de crema de azúcar que se moja en el líquido sin quitarle ni sabor ni color.

Solo la novedad y las sensaciones inusuales de ese espectáculo habían logrado distraerme de la triste idea de que iba a dejar a mi padre, separado de todos sus afectos, sin un solo eco para su corazón paternal. Al salir de la arena, ambos volvimos a la vez a este penoso recuerdo y, lejos de compartir pensamientos sobre lo que acabábamos de ver, regresamos en silencio al hotel. El señor Gattorno y yo fuimos a colocar en orden nuestros equipajes y a prepararlo todo para la partida fijada para las dos de la mañana. La cena fue muy triste.

Después de la comida, mi padre manifestó el deseo de hablar conmigo a solas, le costó comenzar; ciertamente, hacía un gran esfuerzo para dominar su emoción, por contener su corazón lleno de penas, de preocupantes conjeturas para mi incierta vida. Su lenguaje fue noble, dictado por la más tierna solicitud; sus consejos no omitieron nada de lo que pudiera interesar a mi salud, a mi conducta, inspirarme anhelos realizables. Me trazó en términos conmovedores mis deberes hacia mi familia y mi país. Nunca he dejado, creo, de obedecer esas lecciones paternas, y

tengo la confianza de dejar a mis hijos, en toda su pureza, el patrimonio de honor que he recibido de mis antepasados. Me lancé en los brazos de mi padre, y él pudo juzgar, por los latidos de mi corazón, que lo había comprendido bien; nos separamos en medio de una profunda emoción. Un instante después, nos llamó a mí y al señor Gattorno, a quien le confió la suma necesaria para los gastos de nuestro viaje; también me entregó algo de dinero y una hoja de ruta, para reemplazar mi pasaporte, roto en Jaca.

Al día siguiente, me llamaron a la una de la madrugada; todo estaba listo. Encontré a mi padre en la puerta de su habitación, seguramente no se había acostado, porque llevaba exactamente la misma ropa que la víspera. Me cogió y apretó con temblor en sus brazos, sin poder pronunciar una palabra. ¿Tendría ya el presentimiento de su fin terrible y próximo? El señor Gattorno me arrastró y a la salida del hotel nos interrumpieron unas mulas cargadas que iban al punto de encuentro general del convoy. Mi padre apareció en el balcón de su hotel: «¡Hijo mío!», exclamó, «¡que el cielo te proteja!». ¡Ay! ¡Nunca más volvería a oír esa voz tan querida! Un año después, mi padre fue horriblemente masacrado.

[Hacia Valencia]

El convoy era considerable, compuesto por un gran número de carretas, muchas mulas, los equipajes del general

Habert,[17] y algunos empleados o sirvientes a caballo. Tenía como escolta doscientos o trescientos soldados convalecientes salidos de los hospitales y pertenecientes a diversos regimientos; el mando había sido confiado a un jefe de batallón que tuvo dificultad en asignar a cada uno su brigada, su puesto, y en formar de tantos elementos diversos una especie de cuerpo regular. Los equipajes del general fueron colocados al frente; nuestra calesina tuvo que marchar en el centro, al frente de una brigada de carretas. El general se proponía viajar libremente con su escolta de dragones, limitándose a seguir la misma ruta y a pernoctar en las mismas etapas que nosotros. Salía habitualmente una o dos horas después del convoy al que alcanzaba a mitad de camino; se hacía una parada, se almorzaba; él daba órdenes, y luego nos precedía al alojamiento.

El nombre de Habert era temido en el ejército, y temible en el país. El general, de estatura alta, rostro repulsivo y barbudo, se había distinguido en varios sitios por una intrepidez sin igual. Duro, severo con sus soldados, era vengativo y cruel con los españoles. Se contaban de él actos feroces, y estaba generalmente acreditado en el tercer cuerpo que, encargado después del sitio de Tortosa de escoltar a doscientos o trescientos monjes que se enviaban cautivos a Francia, los había hecho masacrar bajo el pretexto de una revuelta. Tenía una manía singular, pero en armonía con su carácter y su persona, llevaba en su sombrero un penacho negro. Era algo sorprendente el orden y el silencio que se establecían bruscamente en el convoy,

[17] Pierre-Joseph Habert (1773–1825), general de brigada francés, dirigió combates en Lérida, Tortosa, Tarragona, asedió Valencia, batallas de Sagunto, Ordal y defendió Barcelona en 1814.

tan pronto como se veía ese sombrío penacho; pero, cuando desaparecía, se desquitaban. La mayoría de los soldados convalecientes subían a las carretas con sus armas, que ataban para dormir más cómodamente; los oficiales tenían poco dominio sobre los soldados a los que en su mayoría desconocían; y ellos mismos, aún enfermos, carecían de estímulo y energía.

En general, observamos que los lugares del entorno de Zaragoza parecían haber recuperado un poco de confianza en nuestra administración y en nuestra justicia. Los pueblos estaban habitados, las tierras cultivadas, y era una sorpresa agradable a nuestros ojos acostumbrados a ver solo ruinas, sangre y soledad. Sin embargo, a medida que nos alejábamos, este reconfortante espectáculo iba cambiando de aspecto. Desde el segundo día viajamos por tierras desiertas o a través de bosques de algarrobos, cuya semilla se da a los caballos en lugar de avena; el camino, muy estrecho, serpenteaba por el fondo de pequeños valles agrestes y áridos; el triste panorama se agotaba en un horizonte uniforme y demasiado cercano, y de vez en cuando, algunas tierras cultivadas miserablemente. A veces cruzábamos por un caserío despoblado, y otras encontrábamos una casa o una antigua capilla fortificada, rodeada de fosos y de almenas, custodiada por un pequeño destacamento francés, para proteger el correo. ¡Qué alegría para estos valientes condenados al aislamiento, a continuos peligros, a una perpetua desconfianza hacia las miserables poblaciones que los rodeaban, qué alegría recibir noticias de su país, poder recordar a sus regimientos, reconocer a algunos camaradas! Con qué efusión fraterna intercambiaban sus pensamientos, sus víveres, su vino!

El lugar de descanso era generalmente más considerable, ocupado por una guarnición más numerosa, pero siempre atrincherada en una iglesia o en un antiguo convento. Los habitantes de estos pueblos grandes, menos expuestos a ser invadidos por los insurgentes, permanecían en sus tierras, y reinaba un poco más de confianza entre ellos y sus vencedores. Era placentero y sorprendente ver sucesivamente a este pueblo español que la civilización no había uniformizado, mostrando de una aldea a otra un rasgo nuevo en su fisonomía, una diferencia en su vestimenta, en su carácter; los hombres, con el cutis bronceado y una especie de nobleza en toda su persona; las mujeres, tan vivas, generalmente bellas, desplegando su rostro moro a los coqueteos de los franceses.

[Caspe y el asalto de la guerrilla]

Llegamos a Caspe el día de su fiesta patronal, y nos interesó bastante por la variedad y singularidad de las diversiones nacionales a las que se entregaba su hermosa población. El carácter de la danza y del canto fue para mí un objeto de gran seducción; veinte jóvenes, vestidos con un traje antiguo, brillante y ligero, sosteniendo un corto bastón en la mano, se mezclaban, se dividían, formaban grupos diferentes y figuras variadas, sin acompañamiento de voces ni instrumentos, pero golpeando rítmicamente los bastones unos contra otros, lo que ofrecía la agradable imagen de un combate transformado en juego. Luego, una comparsa de gigantes y enanos recorría las calles en medio de una multitud animada, pero sin desorden. Por todas partes, serenatas improvisadas de lo más singular, y la

jota cantada con pasión. Es un aire nacional propio de los aragoneses, compuesto de una sola frase musical bastante melodiosa, cuya continua repetición tiene algo de monótono, pero al mismo tiempo de expresivo, y sobre la cual cada cantante, sin tener nunca palabras obligadas, puede fácilmente, con su guitarra en mano, colocar todas las ideas que le vienen a la cabeza, sus homenajes a la belleza de su amada, sus quejas contra una amante infiel, o pensamientos patrióticos.

Partimos de Pina a la una de la madrugada, con un tiempo y una luz de luna magníficos. Caminábamos tranquilamente a través de los grandes matorrales que se elevaban en taludes escarpados desde el borde mismo de la carretera. Aun esforzándonos, cedíamos uno tras otro al sueño, tan imperioso a esa hora de la noche; el silencio que reinaba en la caravana, o más bien el monótono ruido de las ruedas, solo era interrumpido por los escasos gritos de los conductores y de los muleros: ¡*Anda, anda mula! ¡Anda, maldita*! La mayoría de los soldados se habían acomodado en las carretas y dormían profundamente. Un empleado que viajaba a caballo, y que había coincidido con nosotros, me pidió que le cediera mi lugar durante unos instantes porqué se moría de sueño. Abandoné la calesa y creí que disfrutaría montando a caballo, pero el sueño me venció y me bajé para aguantar. Pronto me aburrí de arrastrar la cabalgadura de la brida y sin querer despertar a su amo, até el caballo detrás del carruaje y caminé tranquilamente a su lado.

De repente, alrededor de las tres de la madrugada, cerca de mí apartaron los matorrales bruscamente hombres armados dirigidos por un jefe vestido, como los demás,

con la chaqueta de campesino y con hombreras de coronel, todos armados con escopetas y el cuerpo ceñido por un cinturón que hacía las veces de cartuchera. *¿Quién vive?*, gritó el jefe; y, antes incluso de que pudiera darse una respuesta, la guerrilla disparó contra la caravana.

Crucé al otro lado de las carretas y me uní a la cola de la columna en medio de una lluvia de balas. El convoy era atacado por varios puntos a la vez, y los soldados, despertados de golpe, agarraban sus armas y corrían a los diferentes puestos asignados a cada uno en caso de alerta. Este movimiento pudo hacer creer, por un momento, a la banda, como yo mismo creí, que huíamos y que ellos tenían el control del convoy; mientras recibí la orden de quedarme en la retaguardia. La preocupación por mis camaradas fue extrema, ya que en la cola del convoy se desconocía lo que ocurría en la cabeza, y el tiroteo continuaba cada vez más intenso. Un esfuerzo enérgico del comandante, que finalmente había logrado reunir en un punto fuerzas suficientes, puso en fuga a los asaltantes. Tan pronto como nos avisaron, corrí impaciente a encontrar al señor Gattorno y al pobre empleado que una tan mala idea había puesto en mi lugar, y llegaban en ese momento, pálidos, deshechos, con la ropa hecha jirones.

Los insurgentes se habían lanzado primero sobre nuestra calesa, única carroza de cierta apariencia, y en la que creyeron encontrar a gente de importancia. Al señor Gattorno y a su acompañante los arrancaron con violencia de sus asientos y los entregaron a dos hombres de la banda, con la orden de conducirlos a través del matorral lejos de la carretera y de matarlos si intentaban escapar o defenderse, de camino los bandidos despojaron a sus prisione-

ros. Al reanudarse el tiroteo por parte de los franceses, se aterrorizaron y huyeron, uno de ellos disparó casi a quemarropa su escopeta contra mis pobres compañeros, que por milagro no fueron alcanzados. ¡Con qué alegría nos reunimos todos! El valiente señor Gattorno bendijo mil veces el cielo y se consoló de su desgracia personal con la certeza de poder reunirse conmigo para volver a casa.

Pasó un poco de tiempo antes de que se restableciera cierto orden en la caravana. De nuestro lado habían muerto ocho o diez hombres y varias mulas y algunos caballos habían sufrido el mismo destino, entre ellos el caballo que había atado detrás de la carroza, que había recibido una herida tan grave que su dueño tuvo que abandonarlo. Con el pobre empleado, compartimos hasta Tortosa, por turnos, la calesa que le había sido tan funesta. El enemigo no había dejado ni un muerto ni un solo herido en el campo de batalla. Nuestra carroza había sido volcada completamente, las maletas desatadas y arrojadas al suelo, pero por fortuna no se abrieron; don Gattorno se había quedado sin un centavo, y estábamos reducidos al poco dinero que me había dado mi padre.

[Batea]

El día empezaba a amanecer cuando llegamos al pie de Batea, un pueblo pintoresco, encaramado como un nido de águilas sobre una roca muy elevada. El general Habert había oído desde lejos los disparos y había apresurado el paso con sus dragones para socorrernos, y apareció arrastrando a la cola de uno de los caballos de la escolta a un desafortunado campesino que había capturado huyendo

en su camino con un cuchillo en el bolsillo. Se informó someramente de lo ocurrido, repartió culpas y elogios, y ordenó detener al alcalde y a varios notables de Batea. Mientras, se atendió a los heridos y se rindieron honores a los muertos, a los que habían llevado en las carretas.

Ahora que escribo, todos los detalles de esta escena aun están presentes en mi memoria y me conmueven profundamente. Llegaron pronto el alcalde y tres notables de Batea, escoltados por nuestros soldados y descendiendo penosamente el camino escarpado de su pueblo. Desde la distancia que el general Habert creyó poder hacerse oír, los increpó con amargura, los responsabilizó de lo sucedido durante la noche y los condenó a ser testigos de la muerte del campesino que había capturado en el camino. En efecto, este desgraciado fue atado, puesto de rodillas y fusilado, a pesar de las más emocionadas súplicas de sus compatriotas de Batea, que aseguraban su inocencia.

El general Habert, con una voz terrible les ordenó que hicieran bajar inmediatamente vino y víveres para la columna, mulas para reemplazar las muertas o heridas, y juró que la primera vez que un destacamento del ejército fuera atacado en esos lugares, Batea sería arrasada. Pronto, en efecto, bajaron vino y víveres en mayor cantidad de la necesaria. Una escena de desenfreno sucedió a las de sangre, y me sorprendió ver al general Habert tumbarse al pie de un árbol y quedarse dormido profundamente, apoyado en la silla de un caballo, con la cabeza sombreada por el lúgubre plumaje de su sombrero.

[Tortosa]

El 22 de agosto divisamos Tortosa, ciudad que había sido sitiada y tomada gloriosamente durante la Guerra de Sucesión por el duque de Orleans y que, recientemente, en 1811, había abierto sus puertas a las armas francesas tras un bloqueo de seis meses y un asedio terrible de veinte días. Asentada en anfiteatro sobre la margen izquierda del Ebro, apoyada en una cadena de montañas, su recinto fortificado abarca el pie de las elevadas estribaciones del collado del Alba. El fuerte de Orleans, construido tras la conquista de 1708 por manos francesas, costó mucha sangre francesa un siglo más tarde. Mis hermanos habían asistido todos a este memorable asedio del que también fue testigo la señorita de Anthoine, que se convirtió en la esposa del general Suchet. Este general en jefe, aprovechando su cercanía a las fronteras, hizo venir a su esposa, que lo acompañaba con un valor extraordinario en la mayoría de sus expediciones y no lo abandonó durante el asedio de Tortosa. El espectáculo de una joven a caballo, compartiendo los peligros del tercer cuerpo, no desagradó al ejército, y resultó interesante a los ojos de los aragoneses y aragonesas. Las relaciones que surgieron con las damas del lugar fueron a la vez agradables y útiles, y contribuyeron sin duda a la disposición benévola de los ánimos que llevó progresivamente a la sumisión de Aragón.

Me alojé con el señor Gattorno en una posada pobre de la ciudad, acabando mi pequeño capital y resistiendo a las insistencias de mi compañero que me apremiaba a solicitar ayuda a las autoridades, ya que era imposible que mis hermanos no fueran conocidos. Nuestras cargas eran

grandes, pues había que alimentar y alojar también a nuestro conductor y a la mula de la calesa. El convoy permaneció detenido varios días en Tortosa, y el posadero, que sabía que estábamos arruinados, se inquietó y nos exigió que pagáramos nuestra cuenta y nos fuéramos. Había que tomar una decisión. El señor Gattorno me acompañó hasta la casa del director de correos, a cuya administración pertenecía mi hermano Joachim. Tenía vergüenza de una gestión tan sencilla, y tuve que ser empujado hasta la habitación del director. Lleno de emoción, apenas balbuceé mi nombre y unas pocas palabras sobre mi pobreza, y me eché a llorar. El director, sin comprender nada de esta conmoción, me pidió que le mostrara mi guía de viaje, que lo tranquilizó sobre mi identidad. Me tomó de la mano, se disculpó por haber dudado porqué ignoraba que los Larreguy tuvieran un cuarto hermano en España y puso a mi disposición todo el dinero que pudiera necesitar. Salí feliz y triunfante y comuniqué mi alegría al señor Gattorno.

Volvimos a la posada con la frente alta, nuestras cuentas fueron pagadas generosamente y nos convertimos inmediatamente, por parte del posadero, en objeto de los más respetuosos afanes. Pronto el director de correos vino a visitarnos acompañado de varios antiguos alumnos de Sorèze, condiscípulos de mis hermanos. Estos señores se hicieron cargo de nosotros y nos invitaron a los más alegres festines. Me presentaron a las autoridades civiles y militares, y me recomendado vivamente al nuevo comandante del mismo convoy que debía partir el 26 de agosto, considerablemente aumentado, y siempre bajo la dirección superior del general Habert.

Iba pues a alcanzar pronto el objetivo de mí arriesgado viaje: volver a ver a mis hermanos, conocer esta pequeña y rica provincia de Valencia, coheredera, con Murcia y Granada, de las tradiciones galantes y caballerescas de los moros, sus antiguos amos. Este pueblo, bravo e industrioso, derrotado y expulsado a comienzos del siglo XII por Jaime, rey de Aragón, había, durante su larga posesión de Valencia, cultivado las tierras bajas de esta provincia con su admirable ciencia práctica en el primer de los artes: la agricultura.

A medida que avanzábamos por este país tan agradable al conocimiento, nuestra mirada se veía a menudo sorprendida y recreada por colonias de palmeras trasplantadas de las costas de África y que habían permanecido o se habían reproducido como hitos de la larga dominación de los moros. Los campesinos valencianos tienen generalmente rasgos pronunciados, mucha vivacidad en la fisonomía; su traje es extraño y favorece a la asombrosa agilidad de la que la naturaleza los ha dotado; llevan como única prenda la camisa ceñida a la cintura por unos calzones cuyas mangas son muy anchas y no llegan más allá de la mitad del muslo; el resto del cuerpo está desnudo. Calzan unas sandalias de cuerda trenzada, bastante generalizadas en España.

[Por la costa valenciana]

Con placer volvía a ver el Mediterráneo, cuyas costas recorre casi siempre el camino de Tortosa a Valencia. Este mar, que a menudo mojaba las ruedas de nuestra carroza, bañaba también las costas de Francia, la playa de Marse-

lla, y me parecía estar más cerca de mi familia. Sin embargo, era también una ruta hostil, dominada totalmente por los barcos ingleses. Viajábamos bajo un calor terrible, y varias veces al día iba a refrescarme al mar, a pocos pasos del convoy, cuya marcha era muy lenta. Por todas partes se presentaban peligros en esta tierra convulsionada por nuestra injusta invasión. Estábamos rodeados de enemigos; por delante, detrás, a nuestros lados, por todas partes la guerra, una guerra de exterminio, implacable entre los españoles por el entusiasmo de una prolongada defensa, por el fanatismo religioso: ¡guerra de la Independencia! Este nombre fue adoptado por todo el mundo y consagrado inmediatamente por la historia.

Vimos sucesivamente Vinaroz, Benicarló, Torreblanca, Castellón de la Plana, Villarreal, pueblos o pequeñas ciudades de un aspecto encantador a orillas del mar o a poca distancia de él. La prosperidad y la industria reinaban en esta ruta, como en todo el litoral que forma alrededor de España una especie de cinturón de civilización; pasamos muy cerca de Peñíscola y Oropesa, fortalezas sometidas y ocupadas por nuestras armas. Tres días antes de llegar a Vinaroz, este pueblo había sido ocupado por todas las fuerzas del Fraile,[18] monje fanático, líder de una banda temible que extendía su acción hasta las murallas de Valencia e inquietaba constantemente las comunicaciones del ejército. Su nombre era muy temido en la provincia; se contaban mil historias de su crueldad y era implacable especial-

---

[18] El padre Nebot, del orden de Recoletos de San Francisco. El general Suchet escribe en sus memorias que, «hasta en las puertas mismas de Valencia, por decirlo así, nos veíamos inquietados y molestados por el Fraile en nuestras comunicaciones entre Sagunto y Tortosa».

mente con los españoles sospechosos de servirnos o de ser favorables a nuestra causa; cualquiera que caía en manos del Fraile perdía una oreja, y si reincidía, era ejecutado. Este religioso bandido había oficiado con gran pompa guerrera en la iglesia de Vinaroz, pronunciando nuevos anatemas contra nosotros; luego había salido del templo sagrado con la cruz en una mano y las armas en la otra. Había recaudado contribuciones y víveres a la vista de la pequeña guarnición francesa, retirada en su casa fortificada que solo había podido molestarlo disparando algunos tiros por las almenas. Más de una vez vimos, en las alturas, posiciones de este cruel guerrillero, que no se atrevió a atacar a nuestras fuerzas.

En Benicarló, fui recibido con gran amabilidad por una familia irlandesa conocida de mis hermanos, de apellido Mac-Donell. En un punto de la carretera azotado por las olas del mar, se erigía una torre sólida y elevada, rodeada de fosos, coronada por dos cañones, la torre de Torrenueva. Estaba custodiada por algunos artilleros cuya misión era mantener alejados a los barcos ingleses que intentaran perturbar el paso. Ignoro cómo habían izado piezas de gran calibre en la plataforma de esta torre. Los artilleros subían por medio de escaleras de cuerda que luego retiraban, y la puerta, de sólida construcción y cubierta de hierro, nunca se abría. Este nido militar, cuya guardia se relevaba cada quince días, podía ser socorrido rápidamente por las guarniciones vecinas de Peñíscola, Oropesa y Torreblanca.

En una noche oscura, pasábamos al pie de la torre a las dos de la madrugada, cuando a la señal de una bengala, disparada desde nuestro flanco derecho, se oyó una des-

carga de cañones desde el mar. Una lluvia de balas produjo un espantoso silbido al pasar por encima de nuestras cabezas, pero, por suerte providencial, ninguna parte del convoy fue alcanzada. A pesar de las piezas de artillería que rugieron en la torre, se disparó una segunda andanada, pero sin más éxito; sin duda nos protegió la agitación del mar y la oscuridad. El general Habert aceleró la marcha del convoy; había enviado sin demora algunos tiradores y algunos jinetes en la dirección de la bengala que trajeron a un campesino, con las manos ennegrecidas por la pólvora. El día amanecía, vimos en el mar una fragata inglesa y las alturas de la derecha estaban vigiladas por grupos armados que formaban parte, sin duda, de la guerrilla del Fraile, con quien el buque enemigo debió haber combinado esta sorpresa. Pero estas bandas no se atrevieron a atacarnos, ya que el orden más perfecto no había dejado de reinar en el convoy; y, desde lo alto de sus montañas, pudieron ver fusilar al espía caído en nuestro poder.

[Batallas de Murviedro y Valencia]

El 1 de septiembre, llegamos a Murviedro, que se ofrecía a mi memoria, aún fresca de mis clásicos latinos, con el prestigio del glorioso nombre de Sagunto, recuerdo exaltado por el reciente triunfo de nuestras armas. Murviedro, una ciudad bonita y pequeña, está situada al pie del peñasco de la antigua Sagunto; se veían aún los restos de un teatro romano, desde entonces demolido; aquí y allá murallas derruidas, trozos de columnas, altares volcados. Estas ruinas ilustres habían sido utilizadas por los españoles pa-

ra la edificación de nuevas defensas y la reconstrucción de las viejas murallas de los moros.

Un año antes, el fuerte de Murviedro había sido un gran obstáculo para la conquista de Valencia, encaramado sobre un peñasco escarpado. El general Suchet, convertido en mariscal desde la toma de Tarragona, esperó apoderarse de él por sorpresa. Hombres de élite, probados en el terrible sitio de esta última ciudad, fueron provistos de escaleras y lanzados de noche al pie del rocoso fuerte. El enemigo, prevenido sin duda, se mantenía en guardia, y a la hora en que comenzó la escalada, unos fuegos artificiales y granadas de vidrio, lanzadas desde lo alto de las murallas, iluminaron esta temeraria empresa, y nuestros soldados fueron derribados, aniquilados por una lluvia de balas y proyectiles. A partir de entonces, hubo que asediar Sagunto de manera formal; se abrió una gran brecha y se resolvió el asalto, pero los sitiados, enaltecidos al más alto grado, cubrieron inmediatamente la brecha. Ametrallados por nuestra artillería, se sucedían unos a otros para reemplazar a los muertos, con los que hacían un muro con sacos de tierra. La pendiente que nuestros valientes debían subir era empinada, resbaladiza por los escombros, y la subieron en parte, pero fueron derribados nuevamente después de grandes esfuerzos, casi fabulosos, dejando tras de sí una amplia huella de sangre y restos humanos.

El general español Blake,[19] conmovido por la gloriosa defensa de Sagunto, primer baluarte de Valencia en la que había reunido su ejército, salió con fuerzas considerables,

[19] Joaquín Blake y Joyes (1759-1827), militar español de ascendencia irlandesa, presidente del Consejo de Regencia, jefe del estado mayor y capitán general.

dejando la ciudad bajo la guardia de sus habitantes y de su milicia cívica. Su ardiente población había sido enaltecida por todos los medios posibles; se le había mostrado con gran pompa a su virgen venerada, Nuestra Señora de los Desamparados, reconocida oficialmente como generalísima de los valencianos. En los edictos, en las gacetas del país, llevaba el título de generalísima por tierra y por mar, y se la había revestido de las distinciones de este alto grado y de la escarapela roja bordada en oro de general en jefe.

Blake vino a ofrecer la batalla a la vista de Sagunto; fue sangrienta y gloriosa para nuestras armas. El mariscal Suchet, herido en el hombro derecho, no abandonó el campo de batalla y la derrota del ejército español fue completa; le tomamos cuatro banderas, doce piezas de artillería, varios generales y 5.000 hombres. Aprovechando el efecto moral de esta gran jornada, el mariscal requirió al gobernador de Sagunto, ya reducido al último extremo, que capitulara. Este envió al cuartel general a unos oficiales que pudieron ver con sus propios ojos los trofeos de nuestra victoria; a su regreso, la fortaleza capituló.

Su guarnición, prisionera de guerra, salió gloriosa y respetada por la brecha cuyo acceso era aún tan difícil que hubo que practicar una rampa para hacer descender a los españoles, que eran dos mil. Mi hermano Justin, comisario de guerra, que había asistido como mis otros dos hermanos, al sitio de Sagunto, fue encargado de constatar el estado y los recursos de esta célebre ciudadela.

[Con los hermanos en Valencia]

El 2 de septiembre de 1812, llegué a Valencia, y fui conducido inmediatamente al hotel de mi hermano François. Estaba ausente, cenando con el general en jefe, y me dijeron que su esposa y su suegra estaban ocupadas. El señor Gattorno, ansioso por reunirse con sus amigos y buscar alojamiento, me dejó en la antesala. Esperé mucho tiempo, observado con curiosidad por los sirvientes con librea que de vez en cuando pasaban frente a mí. Al final aparecieron dos mujeres, ambas vestidas con la basquiña y la mantilla españolas, una de ellas, de una belleza notable, era mi cuñada. Me recibió fríamente, y además le costó trabajo entenderme en francés, y yo mismo no sabía suficiente español para explicarme. Su madre, completamente ajena a nuestra lengua, se mostró un poco más amable. Pronto nos sentamos a la mesa, donde mi incomodidad aumentó por la poca consideración que recibí; seguramente di lástima a los sirvientes, porque susurraban y me miraban riendo.

Después de la cena, estas damas me hicieron entender que sin duda mi hermano no tardaría en regresar y marcharon después de mostrarme una salida que conducía al jardín. Fui a dar un paseo, perplejo y turbado; no había podido quitarme la ropa de viaje y todavía estaba cubierto de polvo y sudor. Vi en el jardín a un capuchino de larga barba que lo cultivaba, lo saludé afectuosamente; pero no pudimos intercambiar ni una sola palabra, ya que no hablaba francés. Llegó la noche y entré vacilante en el hotel, y allí encontré a mi cuñada y a su madre, junto a las que

pasé la velada en silencio. El tiempo transcurría con una lentitud agobiante.

Finalmente, se oyó el ruido de un carruaje entrando al vestíbulo; el rostro de mi cuñada se iluminó, y el mío aún más. Apareció mi hermano y me lancé a sus brazos. Fue bueno, cariñoso, afectuoso, e hizo un sinfín de preguntas sobre nuestra familia y sobre mi padre. Vestía el uniforme de director general de aduanas y portaba la cruz de la orden real de España. Su esposa se mostró impaciente ante tanta simpatía; hizo notar que la hora era avanzada y que mi habitación estaba lista. Antes de separarnos, François me anunció que de nuestros dos hermanos, uno, Joachim, estaba en Valencia, y el otro, Justin, en Játiva San Felipe, con la división de la que era comisario de guerra. Un criado me condujo a un gabinete en los áticos, donde habían dejado mi escaso equipaje.

Al día siguiente, muy temprano, mi hermano vino a abrazarme en mi cama, se sorprendió de que me hubieran alojado así, y de inmediato dio órdenes para que me instalaran en un bonito apartamento, en el entresuelo del hotel, que comunica por una escalera secreta con su despacho. Inmediatamente después del almuerzo, en el que el dueño de la casa solo hizo una breve aparición, ocupado en sus asuntos, y en el que esas damas no se mostraron mucho más amables conmigo, me hice llevar a casa de mi hermano Joachim.

Fue necesaria nada menos que esta sorpresa fraternal para recuperarlo de la fuerte emoción que lo dominaba por completo, porqué acababa de salir de una acalorada discusión con el señor de Rancourt, jefe de escuadrón de gendarmería, preocupado por los cuidados demasiado es-

trechos que se prodigaban a su esposa, nuestra prima lejana. Para mí fue una gran alegría la presencia de este hermano cordial, sencillo y bonachón; me tranquilizó su afable alegría y su afectuoso interés. Me presentó al señor y a la señora de Rancourt y me retuvo hasta la noche. Aquel día supe de qué carácter estaba dotada mi cuñada, la triste vida que me esperaba a su lado, el yugo al que estaba sometido mi hermano mayor, captado por un amor de lo más exaltado; supe de la antipatía y la poca relación que existía incluso entre Pepa y sus cuñados.

A pesar de lo que pudiera suceder, aquel día fue para mí, en la incertidumbre de mi suerte, un día de alegría, y me prometí repetirlo a menudo. En efecto, la desafección que me mostraba mi cuñada se manifestó más viva y más molesta. Los domésticos, que se dieron cuenta, imitaron su ejemplo. Mi hermano François tenía en los ojos el doble vendaje del amor y de sus constantes trabajos. Secretario general del gobierno de Aragón, lo era también del de Valencia, y el mariscal Suchet, creado duque de Albufera, le confió además la dirección general de las aduanas y de los derechos reunidos. Solo hacía breves apariciones en su hogar a la hora de las comidas y trabajaba casi siempre mientras comía. Sin embargo, después de algún tiempo, se dio cuenta de que mi único frac de estudiante estaba desgastado hasta la última hebra, y con la más afectuosa amabilidad, instó a su esposa a hacer que me vistiera de una manera adecuada. Sus intenciones fueron tergiversadas con crueldad; se exhumaron de los almacenes de la aduana unas telas toscas que ciertamente no habían sido destinadas al ardiente clima de Valencia, y con ellas me hicieron ropa. ¿Qué podía hacer ante semejante destino?.

Apenas tenía dieciséis años, mi constitución no estaba formada. Me dedicaba a estudiar español; era tímido, inexperto, todo un novato en la vida, empequeñecido a mis propios ojos por la distancia que me separaba de mi hermano mayor. Mis débiles manos no habrían podido desgarrar el velo espeso que le ocultaba el carácter infernal de su esposa; él siempre veía a Pepa tan cariñosa, tan apasionada, tan celosa y tan bella. Esta criatura tan encantadora llevaba entonces en su vientre el primer fruto de sus amores. Si hubiera podido desgarrar el velo, ¿debería haberlo hecho?

François Larreguy era el protector natural de los suyos; Joachim y Justin le debían en parte su posición y tenían mucho interés en reconocérselo. Su vida, además, era nómada; y sabían, mejor que yo, que ninguna ambición era realizable lejos del poderoso círculo de su hermano. Se fueron distanciando insensiblemente del hogar de su cuñada, a quien finalmente dejaron de visitar. Así, imperiosas conveniencias e inevitables necesidades me convertían en la víctima forzada de esa mala mujer.

Se me ocurrió la idea de alistarme como simple soldado, e hice en secreto algunas gestiones infructuosas. Le había escrito a mi padre y su respuesta cayó en manos de mi hermano mayor que me hizo severas reprimendas. Poco después, me asignó un empleo en la administración de aduanas, con un sueldo de 70 francos al mes. Trabajé junto a él y pronto me familiaricé con la lengua española, indispensable para mis modestas funciones. Era una gran administración esa de aduanas, reorganizada por los cuidados de François Larreguy, y a la que imprimió tal grado de actividad, importancia y utilidad que duplicó los recur-

sos del ejército y permitió al mariscal aligerar las cargas de los habitantes y vincularlos a nuestra causa por sus propios intereses.

La vida de mi hermano era brillante. Su juventud (tenía entonces veintiséis años), sus altas funciones, su carácter jovial y su espíritu habían hecho de su casa el punto de encuentro de generales, altos funcionarios y de los más amables oficiales del estado mayor. Desafortunadamente, poco a poco todos tuvieron que alejarse ante el carácter caprichoso y malhumorado de su esposa, sus modales altaneros, su conducta cruel y su excesiva frugalidad. La vida de ese hogar estaba regida por una gran economía, lo que a menudo perjudicaba las costumbres y la organización generosa de mi hermano; pero una lágrima brillaba en los hermosos ojos de Pepita, y al instante el encanto era restablecido; las caricias más embriagadoras borraban esa fugaz luz de descontento.

[La ciudad de Valencia]

Visité con una curiosidad creciente la ciudad de Valencia, capital de unas cien mil almas, cuyo aspecto era muy diferente de las ciudades que había atravesado. Al ejército de Aragón le había costado un mes de asedio, durante el cual se habían librado combates incesantes. Poco a poco el enemigo había sido rechazado y bloqueado en esa inmensa fortaleza, con un número de 20.000 hombres; una masa tan crecida de soldados, en el seno de una población tan grande, debía ser reducida pronto a la desesperación. Con las obras avanzadas y los suburbios habiendo caído en unestro poder, el ejército español no podía más que intentar

la suerte tratando de romper el bloqueo y atravesar nuestras líneas para reunirse con otras fuerzas nacionales, o capitular. Prefirieron esta última opción; el 9 de enero de 1812 depusieron las armas y desfilaron frente a nuestras tropas victoriosas, prisioneros de guerra, con el general Blake a la cabeza.

Es aquí el lugar de decir algunas palabras del mariscal duque de la Albufera, el ilustre protector de nuestra familia. Nacido en Lyon, entró en las filas del ejército durante la Revolución, cuando toda la juventud corría a la defensa de nuestras fronteras. Casi inmediatamente elegido jefe de batallón, alcanzó en poco tiempo el rango de teniente general. Cada uno de sus grados fue conquistado por una acción brillante; se distinguió sucesivamente a orillas del Var, del Mincio, en los campos de Austerlitz e Iena, y en España; en los muros de todas las plazas fuertes que sometió a nuestras armas, y a través de estos pasos gloriosos, llegó a alcanzar el bastón de mariscal y la corona ducal. Era bueno, justo, severo en lo que correspondía. El ejército de Aragón formaba como una gran familia de la cual Suchet era el padre, muy estimado por sus enemigos, que han concedido a su memoria más de una palma cívica. En todas partes hizo amar y honrar el nombre de Francia, y cuando murió en 1826, supimos con orgullo que en Zaragoza y en Valencia se habían expresado y rendido honores fúnebres a su ilustre nombre. Tenía un físico atractivo, distinguido, militar; en Valencia había dado un gran relumbre a su vida invitando cada semana a la sociedad a fiestas espléndidas, en las que la duquesa de la Albufera era la anfitriona más generosa; no había hogar más agradable, más digno de respeto y envidia.

José, el rey de España expulsado de Madrid, había llegado unos días antes que yo a Valencia con el ejército del sur, siendo recibido con respeto gracias a la profunda estima y a la confianza que había sabido conquistar el mariscal duque de la Albufera en el espíritu de los valencianos, y la presencia de este príncipe fugitivo y de su corte añadía mucha animación al aspecto de la ciudad. La grandeza de España, comprometida en nuestra causa, los ministros y los altos dignatarios de la corona, se mostraban por todas partes en sus antiguos y ricos carruajes, con sus banderines y sus brillantes libreas. Nada había cambiado en este país desde la Guerra de Sucesión, y tal había sido, sin duda alguna, la corte de Felipe V, con el pueblo postrándose al paso del rey.

Vi con interés a este infortunado príncipe, que había reinado por turno en Nápoles y Madrid y que era llamado enfáticamente rey de España y de Indias, aunque cincuenta mil hombres de escolta le resultaban insuficientes para resguardar su reino, en el que se encontraban repartidos 300.000 franceses. José Napoleón, dotado de un físico noble, de rasgos similares a los del emperador, de un carácter dulce y benévolo, con un espíritu muy cultivado, en general agradó a los españoles que lo conocieron. Se decía que había sido seducido por la gracia y coquetería de las valencianas y que rindió más de un homenaje a su belleza picante. El señor de Rancourt, jefe de escuadrón de la gendarmería de élite y adjunto a la guardia del rey, y su esposa, de mirada y lenguaje brillantes, habían sido huéspedes de mi hermano Joachim, con cuya galantería el señor de Rancourt se inquietaba, y creo que no vio con desagrado el

momento en que el rey y su ejército pensaron que podían regresar de nuevo a la conquista de Madrid.

A finales de 1812, François consideró prudente enviar a su esposa a Tortosa, donde daría a luz con más seguridad que en Valencia, de donde la suerte de la guerra podía obligarnos a salir en cualquier momento; este tiempo de respiro me fue de gran ayuda. La antipatía de Pepita hacia mí había aumentado día a día, por mucho cuidado que tuviera para desarmarla, y había descendido a los detalles más odiosos. ¡A la mesa, comía solo pan duro! ¡Un criado se entregaba al cruel juego de quitarme el plato cuando apenas había probado los alimentos! Soporté esta humillación todo el tiempo que pude, esperando que no escapara siempre a los ojos de mi hermano. Más de una vez, presionado por el hambre, fui a casa de Joachim a pedirle algo de comer; ambos nos indignábamos de esta conducta tan bárbara y obstinada. Un día, mi hermano mayor estaba cenando en casa del mariscal y el criado volvió a repetir su insolente maniobra. Tomé mi decisión al instante, y cuando se acercó, le rompí el plato en la cara, dejándola ensangrentada, y mi cuñada se levantó lanzando gritos agudos amenazando con echarme. Se exaltó al máximo, pronto cayó en un violento acceso de fiebre; hubo que ponerla en la cama, llamar al médico, practicarle una sangría.

Mi hermano, advertido, llegó en ese preciso instante, vio la sangre, a su esposa sufriente y exhausta, y se enteró de lo ocurrido, inexactamente sin duda. Se precipitó inmediatamente a mi apartamento y en el paroxismo de la ira me hizo reproches y amenazas muy graves, que, por otra parte, pareció olvidar rápidamente. Estaba cegado por su amor, por la esperanza de tener pronto un hijo de esa mu-

jer tan amada. Se habían tomado las mayores precauciones para garantizar la seguridad del viaje de mi hermano y su esposa. El jefe de estado mayor, Saint-Cyr-Nugues, que sin duda se sentía feliz de haber sido suplantado en la preferencia de Pepita, dio órdenes urgentes en el camino de Valencia a Tortosa para proporcionar a la pareja viajera una escolta suficiente y los mejores caballos. Además, el servicio de aduanas hizo establecer, a distancias regulares, piquetes de aduaneros a caballo, cuya organización militar y uniforme de húsares negros eran notables. Su valentía era conocida en el ejército, y eran muy leales a su jefe.

Me quedé en Valencia con la madre de Pepita, que al temerme se mostró más atenta y compasiva; se interesó por mi juventud, y abrió mi imaginación juvenil a nuevas miras. Me convertí en alguien más feliz; los cuidados y las atenciones sucedieron a los disgustos sin número de los que había sido objeto; ya no sentí la opresiva vergüenza que había paralizado durante tanto tiempo mi lengua y mi espíritu. La vida que me había revelado doña Prat y Colomer producía frutos deliciosos y los recogía con el ardor de mis dieciséis años. Finalmente disfrutaba del hermoso cielo de Valencia, de todo el bienestar que me rodeaba, del delicioso jardín del hotel plantado de magníficos naranjos y limoneros de altas ramas, bajo cuya sombra se dibujaba tan pintorescamente la larga barba blanca del viejo capuchino con quien finalmente sabía entenderme. Las caballerizas seguían llenas de caballos, el patio estaba animado por una hermosa y grácil cierva de modales amorosos. Salía a menudo a caballo, a veces en coche con la suegra de François, y el destino de mis paseos era habitualmente el Grao, pequeño puerto marítimo, situado a una legua de la

ciudad. Un camino magnífico de árboles trazado en la Huerta (el jardín) de Valencia, conducía a este puerto. Esta bella llanura está cortada por un laberinto de canales de riego excavados por los árabes, bordeada en todas direcciones de palmeras, naranjos, limoneros que presentan a la mirada el aspecto más agradable, y perfuman el aire con sus aromas.

Esta vida dulce no duró mucho. Mi cuñada dio a luz a principios de 1813, a una niña a la que llamaron como a su madre, Pepita; y tan pronto como la madre y la niña pudieron soportar el viaje, mi hermano las trajo de regreso a Valencia; y entonces comenzaron de nuevo mis humillaciones y tormentos, mitigados sin embargo por la protección de la señora Prat y por un poco más de energía de mi parte.

[Batallas y retirada]

La creciente resistencia de los ejércitos españoles nos disputaba el terreno por todas partes, y la sumisión de los habitantes se hacía cada día más problemática. Nos inquietamos muchas veces por nuestro padre porqué Zaragoza, amenazada por Mina, había estado en peligro. La actividad y valentía de nuestros soldados se redoblaron con las dificultades, y faltó poco para que este hábil partisano cayera en poder de las tropas de Aragón cuando, sorprendido entre Pina y Bujaraloz, se escapó en camisa por el tejado de su casa, y sus efectos y documentos fueron incautados.

Mi padre, que no cesaba de ofrecer su dimisión, al final obtuvo el permiso para regresar a Francia, y por este motivo el duque de la Albufera le escribió una carta halagado-

ra. Por desgracia, por el lado de Jaca las comunicaciones con Francia estaban interceptadas por considerables fuerzas enemigas y mi padre tuvo que esperar. La guerra, en todas las partes de Aragón había vuelto a prender, más enardecida y sangrienta. Mina se multiplicaba y se mostraba por todas partes terrible y amenazante.

Estábamos asediados hasta las puertas de Valencia por el Fraile. El general Murray acababa de desembarcar una fuerte división cerca de Tarragona, indispensable ahora para nuestras comunicaciones con Francia, pero Suchet se desplazó allí y obligó a Murray a reembarcar. El mismo general vino inmediatamente con sus tropas anglo-sicilianas a Alicante y se unió al ejército español del duque del Parque. Suchet regresó a toda prisa, y antes de que la fusión de las fuerzas enemigas fuera completa les libró combates gloriosos en Yecla, en Villena, en los desfiladeros de Biar, en Castalla, cuyas alturas, tomadas alternativamente por nuestras tropas y por el enemigo, quedaron al final en nuestro poder después de prodigios de valor del general Delort y al precio de la sangre más generosa. Mi hermano Justin fue objeto de grandes elogios por parte del general en jefe por la actividad con la que proveyó de víveres a los combatientes y organizó los hospitales y ambulancias destinados a recibir a tantos valientes, heridos en estas últimas acciones.

Poco después, la división Musnier, de la que Justin era comisario de guerra, vino a ocupar Valencia, lo que me proporcionó distracción de mis problemas. Este hermano, el más joven de los que me habían precedido en España, era estimado por su inteligencia y por la firmeza de su carácter. Encargado a menudo de misiones difíciles, las ha-

bía llevado todas a buen término. De niño, se había hecho notar por su naturaleza obstinada, rígida, susceptible, impaciente ante cualquier yugo; y estas disposiciones no se habían borrado con la edad. Justin, muy cuidadoso de sí mismo, montaba hermosos caballos, comía bien y llevaba una vida alegre en el ejército de Aragón. Habiendo residido bastante tiempo en Denia, se había enamorado de la hija de un coronel francés emigrado, desde hacía muchos años al servicio de España, y entonces unido a nuestra causa. Conocí en Valencia, con su familia, a la señorita Ferrero, que nos estaba prometida como cuñada; pero esta conquista tuvo el destino de todas nuestras conquistas en la Península.

La batalla de Vitoria, que había arrojado a José Napoleón más allá de los Pirineos, y por otra parte las consecuencias de la desastrosa campaña de Rusia, así como los acontecimientos que se desarrollaban en Aragón, obligaron al mariscal a replegarse hacia nuestras fronteras. Sin embargo, creyendo siempre en la estrella de Francia, pensó en conservar todas las plazas de guerra, a fin de facilitar nuestro regreso a estas provincias. Se dejaron guarniciones en Denia y Sagunto, en Peñíscola y en Morella, y más tarde en Tortosa, en Lérida y otras ciudades.

[El repliegue de Valencia a Tarragona]

El 5 de julio de 1813, partimos de Valencia donde habíamos hecho estimar nuestra autoridad. El mariscal, para evitar a esta gran y bella ciudad los desórdenes que podrían haber surgido después de la partida de nuestras águilas, y antes de la ocupación del enemigo, hizo relevar to-

dos nuestros puestos por la milicia urbana. Fue una separación cruel para la mayoría de los empleados y de los oficiales franceses que habían establecido en esta capital relaciones afectuosas y agradables, que se habían enamorado de las bellas valencianas con un amor tal como ellas saben inspirar y atizar bajo su cielo abrasador y perfumado; nada es más seductor que estas mujeres. Generalmente pequeñas o de talla mediana, son encantadoras por su gracia y porte; sus rasgos son de una finura extrema, sus pies delicados y coquetos. Están privadas de instrucción, como todas las españolas, pero tienen infinita sagacidad y astucia de espíritu, el lenguaje brillante y fácil, y muchos encantos en el órgano de la voz.

Los equipajes del mariscal, de los generales y empleados superiores, y los bagajes del ejército fueron reunidos en un inmenso convoy bajo las órdenes de un oficial general. Mi hermano François viajaba alternativamente a caballo o en su berlina, junto a su esposa, afectada desde hacía poco de una grave enfermedad que añadía molestias a su humor irritable. Yo marchaba detrás con su suegra, su hija y la niñera, en un antiguo carruaje; detrás de nosotros, ocho carretas transportaban nuestros bagajes, camas plegables, los archivos y el tesoro de la aduana. El orden más admirable reinaba en esta larga y pesada columna, a la cabeza de la cual marchaba el parque de artillería. La sabiduría de nuestro digno mariscal y de su administración, siempre activa y vigilante, había provisto de todo; los víveres y los forrajes no faltaron en ningún alojamiento. Los pueblos de los que nos separábamos fueron respetados en sus propiedades y en sus recursos comunales.

En los alrededores de Castellón de la Plana, las autoridades y los habitantes de un pueblo considerable se presentaron espontáneamente al general en jefe. El cura, hombre respetable por su carácter y su edad, influyente por sus luces y sus virtudes, le dijo en voz alta delante de sus compatriotas que lo aplaudieron con calor: «Señor mariscal, sabemos que eventos que no dependen de usted son la causa de su retirada; hemos bendecido la equidad paternal de su dominación; lamentamos su partida y conservamos la esperanza de su regreso».

En Tortosa, el mariscal, esperando, por su unión con el general Clauzel que ocupaba la Navarra, poder conservar Aragón o salvar al menos las tropas que habíamos dejado allí, dirigió todas sus columnas hacia Zaragoza. Le dimos gracias al cielo ya que mis hermanos y yo estábamos en la mayor ansiedad por el destino de nuestro padre, pero, después de un día de marcha, maniobramos un brusco cambio de frente para reanudar la ruta de Cataluña cruzando por caminos impracticables, donde numerosos carros fueron destrozados o abandonados. Se difundió un vago rumor de que Mina se había apoderado de Zaragoza, y supimos más tarde por Justin, cuya división había sido encargada de reunir las guarniciones del bajo Aragón, que el convoy salido de Zaragoza con las tropas del general París, había sido derrotado, capturado y en parte masacrado. Por lo demás, ninguna noticia particular de nuestro venerable padre.

Continuamos nuestra retirada por la carretera practicable de Cataluña, con el corazón destrozado, no atreviéndonos a comunicar nuestros pensamientos ni a acoger la esperanza de que la providencia hubiera protegido los días

preciosos de nuestro padre. Habíamos dejado a la suegra de mi hermano en Tortosa, en la vasta vivienda donde hacía poco se había resguardado su hija, cuya enfermedad y carácter empeoraban cada día.

Entre el Hospitalet y Cambrils, al doblar una cadena de montañas, tras la que se veía el mar, fuimos cañoneados y detenidos por la flota inglesa apostada cerca de la costa; que causó una terrible conmoción en nuestro inmenso convoy. El mariscal quiso oponer algunas piezas de artillería, pero fueron inmediatamente destrozadas por el fuego de la flota. El convoy se detuvo a la entrada misma de este peligroso desfiladero, mientras el ejército abría laboriosamente una salida fuera del alcance de nuestro enemigo naval. En seguida se formó como una gran colonia nómada que establecía aquí y allá sus tiendas, disponía sus bagajes, sus cocinas, sus fuegos; no se podía imaginar un espectáculo más extraño y más pintoresco. De vez en cuando, subía con mis hermanos a las alturas que bordean el mar; y desde allí podíamos ver muy claramente y a simple vista, la cubierta de los barcos ingleses, los artilleros en sus piezas, los oficiales dando órdenes. La flota intentó lanzar bombas y obuses por encima de las montañas, pero disparados al azar, el convoy no fue alcanzado.[20]

Por la noche desfilamos a lo largo de la costa en silencio, tras tomar todas las precauciones para evitar el ruido de las ruedas. Nos lanzaron algunos disparos de cañón que causaron, junto con el desorden, daños bastante grandes. Mi hermano mayor, lleno de solicitud por su esposa,

---

[20] Este desfiladero, el collado de Balaguer, se sitúa antes del Hospitalet del Infante, en dirección norte, no entre este lugar y Cambrils; peligroso e histórico entorno de acometidas de los piratas berberiscos.

presa ya de los dolores más agudos, hizo con ella un gran rodeo a pie para evitarle la posibilidad del fuego enemigo, y me dejó la guardia de sus equipajes. Se habían abandonado en el campamento grandes cantidades de desechos, debido a una orden severa del mariscal que prescribía simplificar los transportes y sacrificar todo lo que pareciera superfluo. Cuando el ejército estuvo lejos, los ingleses desembarcaron una parte de sus equipos, con la esperanza de hacer una buena presa, pero pagaron cara esta ilusión. Fueron destrozados por un escuadrón de húsares, dejado en emboscada previendo este evento.

Pronto vimos Tarragona, esta ciudad desafortunada y heroica, sobre cuyos escombros Suchet conquistó, en 1811, su bastón de mariscal. Soportó tres meses de un asedio terrible, y aun cuando, por el progreso de nuestras armas quedó aislada de la flota inglesa, que hasta entonces la había sostenido y abastecido; y cuando, faltando víveres, con sus muros derruidos y la ciudad devastada, su brava guarnición hubiera podido someterse con honor, prefirió una muerte gloriosa. Contreras, su gobernador, rechazó toda propuesta de capitulación y la ciudad fue tomada por la fuerza; se combatió en las calles, de casa en casa, y nuestras tropas, exasperadas por una defensa tan obstinada, pasaron a filo de espada todo lo que encontraron de vivo en las ruinas de Tarragona.

La ciudad se volvió a reconstruir con las obras del ejército francés, y la parte de la población que había abandonado sus hogares antes del asedio regresó y compuso sus casas. Es en este estado de restauración que la vimos, pero el mariscal, juzgando que quizás no podría conservarla, hizo minar todos sus muros con el propósito de hacerlos

saltar en caso de necesidad, y confió al general Bartoletti el cuidado de todo lo necesario para esta obra de destrucción. El ejército se concentró en la llanura de Vilafranca, mientras que nuestro convoy y el cuartel general se dirigieron a Barcelona. Yo estaba de lo más desanimado, harto de mi dependencia, y mi corazón se rebelaba cada día más contra las humillaciones que debía sufrir; los sufrimientos cada vez más vivos de mi cuñada, me suponían demasiada resignación y pensé seriamente por segunda vez en alistarme como simple soldado. Había cumplido diecisiete años, y la horrible certeza de haber perdido a mi venerable padre aumentó mi resolución, que anuncié enérgicamente a mis hermanos y de la que de ninguna manera nadie logró desviarme.

[La muerte del padre]

He aquí llegado al episodio más desgarrador de mi juventud, la muerte de mi pobre padre. Este gran infortunio de nuestra familia no nos fue conocido al principio más que de manera vaga. En Barcelona, esta punzante duda se convirtió en una certeza; y sin embargo, durante largos años, no hay uno de sus hijos que no haya sido asaltado a menudo por la engañosa ilusión de que mi padre había escapado quizás a una suerte tan horrible. En muchas ocasiones, me conmoví súbitamente por algunos destellos de parecido en las maneras o en la fisonomía de hombres de su edad. Los seguía, temblando, para examinarlos mejor y averiguar quiénes podían ser; luego, cuando los había perdido de vista, mi incertidumbre resurgía más viva, y me reprochaba no haber osado abordar la verdad. Estas ilu-

siones y esta ansiedad han sido comunes a todos mis hermanos, y testimonian el ascendente, poco ordinario, que mi padre tenía sobre sus hijos. François, recurriendo a los amigos que había dejado en Aragón, hizo realizar largas investigaciones en esa provincia que solo sirvieron para constatar legalmente la muerte del desaparecido.

En 1820, siendo oficial de la guardia real acantonada en Saint-Denis, me encontraba en un café cuando uno de mis camaradas me llamó por mi nombre. Un anciano de cabello blanco se acercó y me examinó con interés. No sé por qué, fui asaltado en ese momento por el recuerdo de mi padre, quien, si hubiera vivido, tendría a lo sumo alguna similitud de edad con este hombre de aspecto muy respetable. Por eso pregunté a este señor la causa de su sorpresa y de su curiosa atención. «Usted debe ser vasco, me dijo, hijo del señor Larreguy, muerto en Aragón, porque se le parece como dos gotas de agua». «¡Muerto en Aragón! ¿Cómo lo sabe?», le dije vivamente. «¡Ay! Yo era su compatriota; más de una vez me había ayudado, y no pude serle de ningún auxilio en la derrota de Zaragoza. Vi sus restos mutilados y ensangrentados, y no recuerdo sin terror lo que debió sufrir este buen señor Larreguy antes de su horrible muerte!». ¡Qué se juzgue mi emoción! Rogué temblando a este respetable señor, que me relatara esta catástrofe casi desconocida de mi familia. Solo tenía unos pocos momentos para ofrecerme, pues estaba obligado a partir casi inmediatamente para París. Salimos del café y al tomar el coche público me hizo el siguiente relato:

«El 8 de julio de 1813, fuimos atacados en Zaragoza por Mina, que se apoderó del monte Torrero. El general París, gobernador de la ciudad, reconociendo la gran superiori-

dad de las fuerzas enemigas, reunió sus tropas, formó un gran convoy con los bagajes y los empleados del ejército; y evacuó esta capital de noche, dirigiendo su retirada hacia Alcubierre. Su padre, sufriendo de gota, con sus zapatos convertidos en zapatillas, logró sin embargo montar a caballo, seguido de los mulos que llevaban sus efectos, una parte de sus archivos administrativos y su fortuna personal. Yo mismo tenía un empleo modesto en los víveres, y estaba sin medios de transporte. Mi calidad de compatriota me recomendó al señor Larreguy, que me permitió montar una de sus mulas y depositar mi escaso equipaje.

Fuimos atacados al día siguiente. En el desorden del combate y mientras su padre, vivamente atormentado por sus dolores, había puesto pie en tierra, su criado, un miserable a quien había colmado de beneficios, pasó al enemigo con los caballos y todo el equipaje de su amo. El ataque había sido victorioso, todos los equipajes del ejército cayeron en poder de los asaltantes y la columna del general París, derrotada, se dividió en dos. Su padre siguió a la primera que abandonó bruscamente la dirección de Lérida para huir a Francia por Huesca y Jaca. La segunda parte de nuestras tropas, en la que fui lanzado por los azares del combate, ganó las montañas con el propósito también de alcanzar Huesca, pero no retomó esta ruta y la cabeza de la columna, sino después de fatigas y privaciones inauditas. Poco antes, vimos al borde de espantosos precipicios, un cadáver aún caliente, horriblemente mutilado, era el de su desafortunado padre; sus pies estaban hinchados y destrozados. Pobre señor Larreguy, era tan bueno, había sido tan caritativo conmigo! ¡Ni siquiera pude cubrirlo de tierra, tanta era la rapidez de nuestra huida!

Nos reunimos pronto con los primeros restos de la división; fue conmovedor porqué nos habían dado por muertos o cautivos. En los alrededores de Alcubierre, su padre, sin caballos, sin criados, sin ningún recurso en el mundo más que los escasos alimentos que los soldados consentían en compartir con él, había soportado su infortunio y sus sufrimientos con un valor que conmovía a todos. Se arrastraba tras la columna, sin dejar de hablar de su esposa y de sus hijos; sus pies estaban en el estado más lamentable, sus zapatos hechos jirones. Las fuerzas le habían fallado varias veces, y había sido sostenido por soldados valientes y oficiales caritativos. Pero, en la mañana del 12 de julio, le fue imposible caminar más; no existía en la tropa ningún medio de transporte. Su padre, sentado al borde del camino, en la pendiente de espantosos precipicios, hizo desgarradoras despedidas a sus compañeros de infortunio, a quienes pronto debió perder de vista. Fue en esta horrible situación, alcanzado por los bandidos que seguían a la columna como aves de rapiña, y masacrado por ellos».

Este relato me había petrificado, ni siquiera se lo agradecí al buen anciano que acababa de desgarrar mi alma y que, él mismo, tenía los ojos llenos de lágrimas. Del coche en el que había subido, me apretó la mano y se fue sin que se me ocurriera preguntarle su nombre y su domicilio; nunca más lo volví a ver. Con tristeza, hice los preparativos para el duro camino que iba a emprender, preocupado por mis penas y más aún por el duelo que compartía con mis hermanos. Este duelo pronto causaría un doloroso eco en Marsella, donde mi madre y mis hermanas lo habían preparado todo para trasladarse al país vasco, ya que mi

padre había deseado terminar su carrera en medio de los suyos, en la cuna de su familia y de su infancia. Tenía entonces diecisiete años y mi desarrollo no estaba completo; más fuerte que cuando entré en España, era sin embargo delgado y débil; pero mis fuerzas eran tan firmes como mi resolución.

[La vida militar de un cadete]

Debía partir con Justin hacia Vilafranca, adonde se dirigía la división Musnier, porque había elegido el 116º de línea, bajo las órdenes del general Harispe, compatriota y antiguo amigo de mi padre. Tenía en mi bolsa unas seis onzas (500 francos), resultado de mis economías, y dos meses de emolumentos pagados adicionalmente como gratificación por el mariscal Suchet a todos los empleados. Sentí el corazón destrozado al separarme de mi hermano François, convertido en el jefe de la familia, tristemente absorbido por el agudo sufrimiento de su esposa.

Joachim que estaba en Barcelona, se mostró bueno, generoso y profundamente conmovido por mi destino. En ese momento me olvidé de todo el daño que Pepita me había hecho, quería borrar el remordimiento en su corazón y entré a su habitación. Mi cuñada estaba muy cambiada y, sin embargo, todavía muy hermosa en su lecho de dolor. Retiró bruscamente la mano que estaba a punto de darme y me hizo la odiosa señal de que saliera. ¡Qué lamentable era! La dejé, e inmediatamente me fui, después de nuevas y conmovedoras despedidas de mis hermanos, a quienes silencié este último ultraje del que acababa de ser objeto.

Era a principios del mes de agosto; montaba en uno de los caballos de Justin, mezclado con el estado mayor del general Musnier a la cabeza de su división. Marchamos hacia Vilafranca, donde poco antes había viajado en los carruajes de mi hermano mayor. ¡Qué amargas reflexiones asaltaron mi espíritu en este corto viaje! Iba voluntariamente a descender al nivel más bajo de la escala social de la jerarquía militar. Ayer en ricos carruajes, hoy aún montado en un elegante caballo, tratado de igual a igual por la multitud dorada del estado mayor; mañana me habría despojado de estas formas propias de mi educación, de la delicadeza de mi constitución y el rango de mi familia. Simple soldado, obedecería pasivamente las órdenes del último, del más ignorante caporal. Curvado bajo el peso de la mochila y las armas, apenas me atrevería a levantar la cabeza para no ser reconocido por los hombres, antes mis iguales, o para no comprometer a mis hermanos, felices y poderosos. Pero, al menos, el pan negro que comería sería el resultado de mi trabajo, de mis peligros; nadie tendría derecho a reprochármelo.

Las fatigas y privaciones corporales, sumadas a las humillaciones sufridas, solo podían aliviarse con la esperanza de recuperar mi dignidad de hombre. Creía que pronto mi conducta y valentía merecieran la amistad de mis camaradas y la estima de mis jefes; tendría frecuentes ocasiones de distinguirme y mi ascenso sería rápido; ¿quién sabe dónde se detendría? Reflexiones y sueños de joven que me distraían de la vida real que ya casi alcanzaba al llegar a Vilafranca. Justin me presentó en seguida al general Harispe, que nos recibió bondadoso y nos habló de

nuestro desafortunado padre con el más compasivo interés.

El general se sorprendió de mi resolución y manifestó su inquietud de que no pudiera soportar el rigor de la vida militar, el vivac, las largas marchas. Viéndome tan decidido, escribió de inmediato al señor Chevalier, coronel del 116º, para que me incorporara en su regimiento, proveyendo sin demora mi equipamiento. Su carta terminaba con estas palabras: «Le recomiendo este joven soldado, como lo haría por mi propio hijo».

El coronel Chevalier removió un poco mi coraje. Alto, seco, con el cutis de los trópicos donde había nacido, su palabra fue breve, biliosa, lo menos alentadora posible, y me dijo que sin duda no alteraría una protección tan excepcional. Más tarde, descubrí un excelente corazón bajo esta envoltura ruda y grosera. Escribió un billete, llamó a un zapador de guardia y le ordenó que me condujera de inmediato al capitán de la compañía que creyó designarme; mientras mi hermano Justin ya había alcanzado su división.

El 116º regimiento estaba en el vivac en la llanura de Vilafranca, separado del enemigo por los puestos avanzados. ¡Oh, cómo latió mi corazón al recorrer la línea de barracas en medio del animado movimiento de esta multitud guerrera! Mi capitán no se encontraba en su alojamiento: hubo que esperarlo, y mientras tanto avivé la curiosidad de los soldados, y me sentí bastante desconcertado. Advertido por el zapador de mi calidad de recluta, uno de ellos se adelantó familiarmente, golpeándome en el hombro: «Sé bienvenido, camarada, me dijo, llegas a propósito; nuestros dos servicios están listos, la sopa y el

buey. Hay mucho pelo en el fondo de este caldero, ¡y tú no tienes ni uno en el mentón!» Y al instante me puso en las manos su cuchara de madera, y me invitó a probar la sopa. Una escuadra formidable rodeaba ávidamente el gran caldero de hierro blanco, llena hasta el borde, adornada con una aureola de cucharas de madera, y mostrando, en el medio, un pedazo de carne de aspecto escuálido.

El momento era decisivo. Sumergí valiente mi utensilio en el recipiente; pero mi corazón se revolvió, no pude tragar. «¡Jefe de cocina», exclamó mi interlocutor, ¡su caldo no está lo suficientemente grasiento, ya que no pasa!» y todos mis nuevos camaradas se echaron a reír a carcajadas. El centinela me susurró al oído que era el caso de engrasar la olla con una moneda de cien céntimos. Saqué un Napoleón de mi bolsillo y lo ofrecí cordialmente para pagar mi bienvenida. La liberalidad del recluta fue aceptada con alegría, y desde ese momento mi reputación de buen chico quedó establecida.

El capitán llegó en ese momento y me condujo al señor Avon, mi jefe de batallón. Ambos se mostraron muy amables. Fui asignado a una escuadra y designaron a un joven soldado piamontés como mi compañero de cama, un término genérico y sin aplicación en ese momento, ya que dormíamos a la intemperie, sobre paja u hojas secas. El sargento mayor se encargó de mí y me llevó de vuelta a la ciudad para equiparme. No había ningún almacén a disposición de mi regimiento, y tuve que resignarme a elegir lo que me quedara bien entre los chacos y las prendas de un oficial que estaba encargado de recogerlos en los campos de batalla o incluso en los hospitales. No fue tarea fácil, ya que había pocos soldados tan delgados. Recibí un saco, un

fusil, una bandolera, diez paquetes de cartuchos, y regresé al campamento mal equipado y sorprendido, ya que mi carga debía ser completada al día siguiente con el calzado, la ropa interior y cuatro días de víveres. A pesar de la mala suerte, tuve que poner buena cara y unirme a la ruidosa alegría de mis nuevos compañeros, que esperaban impacientes al recluta para celebrar su bienvenida. Todo salió bastante bien en esta primera comida, a pesar de la repugnante obligación de comer en el caldero.

El toque de queda para apagar las luces y los fuegos me liberó finalmente de la expresiva confraternidad de todos estos muchachos y me devolvió a mis propias reflexiones. Me senté sobre la paja de la cabaña completamente vestido, junto a mi compañero de cama. Cuando todos estos valientes durmieron, pude reflexionar sobre mi vida, sobre la terrible cadena a la que me acababa de atar y comparaba el ayer con el hoy. Me armé de valor y de resolución y terminé por acostumbrarme a una cama tan dura y tan nueva para mí. Apenas me había dormido, resonó el grito «¡A las armas!»; grito de las centinelas repetido a lo largo de toda la línea. Corrí a mi puesto con la mochila a la espalda, muy avergonzado por mi equipo y mis armas.

Era simplemente la ronda de un oficial general que pasó veloz frente a nosotros, y después las líneas se dispersaron y cada uno regresó a su lecho. Esta vez dormí profundamente, y no fue fácil despertarme cuando a la una de la madrugada los tambores tocaron a diana. Las filas se formaron inmediatamente y las tropas permanecieron bajo las armas hasta hacerse de día y el regreso de los reconocimientos enviados en todas las direcciones.

Los primeros días los pasé aprendiendo a manejar las armas. Siendo el único novato en el oficio, me confiaron a un viejo sargento que me inició seriamente en la ciencia mecánica del soldado. Estos ejercicios había que hacerlos en medio del campamento, bajo la mirada curiosa y burlona de miles de hombres ociosos y muy orgullosos de su sabiduría. Interesé a mi viejo instructor por mi buena voluntad, mi juventud y también por mi bolsa aún llena de 5 o 6 onzas. Al cabo de quince días, no me quedaba ni una moneda, tanto había sido explotado el conscripto por los viejos soldados.

Uno me convenció de que me daba gratis un reloj que me vendió muy caro y que, poco después, quiso volver a comprar a un tercio del valor, ya que decía se había deteriorado mucho en mis manos; otro me ahorraba las tareas más duras por pura benevolencia, pero me rodeaba de sus amigos, los convertía en los míos y a todos les hacía gastar a mi costa. Las cantineras me acosaban a placer; me había convertido en el alma de sus cantinas, solo se juraba por mí en sus bares al aire libre. A la diana, ofrecía un trago a mi compañero de cama; pero llegaba un soldado, luego un segundo, un tercero, y pronto toda la escuadra bebía a mi salud y a mis expensas.

[Batalla de Tarragona]

Se producían frecuentes combates de tiradores en los puestos avanzados, pero eran poco mortíferos y salí con honor de esta pequeña guerra. Lord Bentinck y el duque del Parque habían establecido el asedio de Tarragona y no se tenían noticias del general Bartoletti aunque se oía conti-

nuamente su artillería; esta plaza, en el estado en que quedaba, no podía resistir mucho tiempo. Había urgencia de socorros porque el enemigo presentaba una resistencia considerable, y el mariscal debió llamar a una parte del ejército de Cataluña para que pasase a sus órdenes. El general Decaen nos trajo dos divisiones a la cabeza de las cuales brillaban los generales Mathieu y Maximilien Lamarque, porqué era la fiesta del emperador, y el ejército de Aragón tenía costumbre de celebrarla con una victoria.

El ejército se puso en marcha la víspera, y rápidamente nos situamos al otro lado de la Joya a la vista de Tarragona. Esta primera marcha me fue muy penosa; calzado con zapatos enormes y herrados, mis pies destrozados se cubrieron de ampollas y flaqueaba bajo el peso de mis armas y bagaje. Obligado a detenerme a menudo, me quedé atrás de mi regimiento, y más de una vez debí bajar los ojos para no ser reconocido en tan lastimoso estado por los oficiales generales o de estado mayor, que hacía poco me habían conocido en una posición tan diferente. Al final me reuní al águila del 116º, temblando por el castigo que me esperaba. Pero los oficiales tuvieron piedad de mí al ver el horrible estado de mis pies. Se derramó sebo a chorros en mi calzado, y mi capitán ordenó que mi saco fuera puesto con sus bagajes.

El enemigo estaba desplegado en grandes grupos delante de Tarragona; las disposiciones tomadas de los dos lados anunciaban una gran batalla para el día 15. Se hicieron distribuciones de cartuchos y de aguardiente en todos los cuerpos; a la diana, tuvimos orden de poner doble carga en nuestros fusiles. Una gran emoción reinaba en todos los rangos; se tenía impaciencia de entrar en com-

bate. La estupefacción del ejército fue extrema cuando, al amanecer, se reconoció que el enemigo se había retirado durante la noche, dejando sus fuegos encendidos para ocultar su fuga. El mariscal los hizo seguir los días 16 y 17, pero el famoso desfiladero del Hospitalet, flanqueado por la flota inglesa, no permitió perseguirlos más lejos.

Mi división acampó bajo los muros de Tarragona hasta el día 18. Todo estaba preparado para la demolición de esta plaza, pero antes del momento solemne, el mariscal hizo distribuir todas las provisiones coloniales que contenía. Por un inexplicable malentendido, la división Harispe obtuvo grandes provisiones de café y nada de azúcar. Fue un curioso espectáculo la avidez con la que las tropas se hartaron, durante cuarenta y ocho horas, de esta amarga bebida, preparada en las marmitas para sopa, y encontrada excelente, porque lo inusual.

En la noche del 18 de agosto, el ejército se puso en marcha de nuevo para ir a retomar sus antiguas posiciones alrededor de Vilafranca, y se dio la señal para volar las fortificaciones de esta desafortunada Tarragona. La población, advertida la víspera, había huido llevándose sus muebles y sus efectos más preciados, temiendo por sus hogares que sin embargo no se quería destruir. No he visto nada más terrible ni más imponente que esta escena volcánica de destrucción que duró varias horas, y que pudimos ver y oír durante esta marcha nocturna hasta varias leguas de Tarragona. Una orden mal combinada o el efecto de una mina que frustró los cálculos del ingeniero, fueron funestas para mi regimiento: una de sus compañías, casi entera, fue hecha pedazos por la explosión de un acueducto.

Mis fuerzas se habían recuperado un poco, la carga era menos pesada; pero antes del amanecer, la necesidad de dormir, tan imperiosa a mi edad, me expuso a frecuentes caídas. Dormía marchando, abandonando sin darme cuenta las pisadas del jefe de fila y los bordes del camino, caí bruscamente varias veces y me contusioné todo el cuerpo.

Retomamos los mismos vivacs alrededor de Vilafranca, donde se estableció el cuartel general. Mi bolsa, reducida a la más mínima expresión, no podía ya suministrar las liberalidades que hace poco me habían conquistado tanta indulgencia de parte de los suboficiales y me habían ahorrado muchas tareas. Mi capitán pensó que debía contribuir de ahora en adelante a todo tipo de servicios, y tuve que compartir con mis camaradas, por turno, los cuidados de la cocina y de la limpieza del campamento, y al mismo tiempo participar en los peligrosos reconocimientos diarios y de las avanzadas.

La planicie de Vilafranca estaba agotada; habíamos devorado todos sus recursos, y no llegaba nada de Francia. Grandes destacamentos eran enviados lejos, a las montañas, para reunir víveres, vino, forrajes. Me tocó a mí formar parte de uno. Empleamos tres días en esta excursión aventurera; y al segundo, abatido por un cansancio muy superior a mi constitución y edad, solo me sostuvo el sentimiento del honor militar y la animación de las frecuentes escaramuzas entabladas con los guerrilleros. Pero al tercer día, con nuestra misión cumplida, cuando solo teníamos que reunirnos con nuestras águilas, llegué al límite de mi energía y de mis fuerzas. Mis pies estaban destrozados; apenas podía mantenerme en pie bajo el peso de mis víveres, mochila y armas. Di lástima a algunos soldados, que

obtuvieron finalmente del jefe del destacamento que, a pesar del abarrotamiento de las subsistencias, mi mochila fuera puesto en los transportes. Sin embargo, mi desánimo era tal, que habría actuado y acabado sin duda como mi pobre padre en la retirada de Zaragoza, si no me hubieran sostenido las atenciones y ayudas de mis camaradas.

Era de noche cuando vimos los fuegos de nuestros vivacs. Esta vista, reanimó más mis fuerzas físicas que mi energía militar, y cogí mi mochila y abandonando el destacamento, fui derecho a Vilafranca a casa de mi hermano Justin, junto al cual encontré a Joachim, a quien el establecimiento del cuartel general acababa de llamar. Me desplomé de agotamiento. Mis hermanos estaban a la mesa, haciendo buena vida con sus amigos, junto a un fuego que alimentaban con los archivos de un notario en fuga; les declaré que no volvería más al vivac.

Me atendieron enseguida; me reconfortaron con una excelente comida, con vinos generosos, y se hizo más fácil a mis hermanos hacerme entrar en razón sobre mi resolución irreflexiva, hacerme volver al sentimiento de mis obligaciones y al peligro de desconocerlas. Regresé a mi regimiento, y no recuerdo sin sonreír que Justin, para granjearme la indulgencia de mis camaradas, me hizo entregar una magnífica pierna de cordero, con la que regresé al campamento.

[Retirada hacia el río Llobregat]

Por piedad, me eximieron de la diana y pude dormir hasta el día siguiente. Al despertar, supe que todo se disponía en el ejército para un movimiento de retirada. Mi capitán,

preocupado por mi deterioro, ordenó de nuevo que mi mochila fuera puesta con su equipaje, y no hizo falta nada menos que esta caritativa favor para darme el valor de seguir a mi regimiento. Caminamos dos días en dirección a Barcelona; me arrastraba con dificultad a mi puesto, y estaba casi completamente agotado cuando hicimos alto en la línea del Llobregat, cerca del puente fortificado de Molins de Rey, que diez años más tarde debía volver a ver bajo otras banderas y enrojecer de mi sangre.

Los oficiales estaban en círculo, recibiendo las órdenes del coronel, e informándole de los detalles de la ruta. Mi capitán le señaló mi lamentable estado y pronto fui llamado, y casi llevado, hasta el medio del círculo, tan debilitado estaba: «¡Bueno! Joven, me dijo el coronel, el oficio es duro, ¿no es así? Vamos, ánimo, usted se recuperará en mi casa»; y ordenó a un centinela que me llevara a su alojamiento. Los oficiales me mostraron mucho interés y agradecieron al coronel Chevalier esta acción de paternal bondad. Y yo, emocionado hasta las lágrimas, bendije desde lo más profundo de mi corazón este inesperado beneficio.

Pasé muy pocos días en casa del coronel, colmado por él de cuidados y animado por sus consejos; descubrí en la compañía de este viejo y digno oficial más confianza en mí mismo y en mi futuro. Este tiempo fue muy provechoso además para mi salud, para mi avance y para mi bolsa. El buen general Harispe, a quien fui a ver a su cuartel general de San Feliu, conocía todo lo que había sufrido y me lo recompensó con el lenguaje más paternal. El coronel me había nombrado cabo y el general lo invitó a darme el rango y los galones de furriel. Entre tanto, un capitán del 116° y el señor de Maupas, me entregó algo de dinero de parte

de Joachim; este socorro me fue tanto más precioso porque no me quedaba una moneda, y del ejército no recibía soldada ya que el tesoro había sido perjudicado al añadir las tropas de Cataluña.

A causa de estos acontecimientos favorables, no quise permanecer más tiempo separado de las miserias de mi regimiento, que en parte vivaqueaba bajo las ventanas del coronel Chevalier, y en parte en los puestos avanzados de San Vicente, en la orilla derecha del Llobregat. Fui enviado, con mi nueva calidad, al batallón del comandante Bugeaud que ocupaba esta última y peligrosa posición. Este hábil y valiente oficial conocía a mis hermanos, y fue muy benevolente conmigo, aunque participé en las contingencias de su batallón, hostigado sin cesar por el enemigo, del que se habían masacrado varios puestos.

A menudo me llamaba a su lado y me hizo cuidar la escritura para promoverme después al grado de sargento mayor. El comandante Bugeaud se había hecho un gran renombre en el ejército de Aragón, en un grado en el que los oficiales en general son ignorados, y había ganado su última charretera en el sitio de Lérida, cuando las tropas de ataque, al llegar a las puertas de la plaza fueron puestas en fuga por una pronta y vigorosa salida del enemigo. Bugeaud, al amparo del desorden, de repente se lanzó bajo un puente con su compañía de *voltigeurs*, y dejó pasar al enemigo; luego, saliendo de su escondite, se precipitó en seguida sobre la puerta vecina, masacró el puesto, se atrincheró y se defendió hasta que el ejército francés, sorprendido al ver ondear la bandera tricolor sobre los muros de Lérida e informado de la feliz audacia, retomó la ofensiva, logrando derribar al enemigo abatido por un aconte-

cimiento tan imprevisto, liberar al capitán Bugeaud y tomar posesión de una plaza cuya conquista habría costado aún tanta sangre y fatiga.

Bugeaud había moldeado a su gusto el batallón confiado a su mando. Bajo las órdenes de un jefe así, los soldados, que lo adoraban, no creían en lo imposible. Sería demasiado largo relatar los golpes de mano temerarios, y siempre afortunados, que ejecutó esta pequeña falange. Poco antes de mi llegada, por ejemplo, los víveres faltaban a nuestra división y el país a nuestro alrededor estaba agotado. Bugeaud cruza de noche y en silencio, los puestos enemigos, rodea al ejército anglo-español, maniobra así varios días separado de nuestras águilas por 40.000 enemigos, reúne rebaños y grano considerables, y con esta preciosa carga a cuestas regresa a las líneas francesas, sin haber perdido un solo hombre.

Tiempo después, igualmente notable, no menos bravo y audaz en la brecha del orden público, dará ejemplo de valentía civil en la Cámara, proclamando con la áspera y franca elocuencia del soldado, principios enérgicos que la mayoría de sus colegas se contentan con pensar en voz baja.[21] Y recordaré riendo, que recorriendo un día los puestos de San Vicente, me sorprendió lavando muy torpemente una de mis dos camisas, y que me aconsejó confiar de ahora en adelante este cuidado a nuestras cantineras.

Nuestro comandante en jefe fue prontamente solicitado por el duque de Dalmacia para que le enviara ayuda y so-

---

[21] Thomas Robert Bugeaud (1784-1849), futuro mariscal de Francia. Larreguy se refiere a su actuación como miembro de la Cámara de los Diputados durante el reinado de Luis Felipe I de Francia, cuando defendió la Monarquía de Julio.

corro del lado de Aragón, mientras él preparaba la ruina del ejército inglés que se avanzaba hacia Bayona bajo las órdenes de Wellington.

[Batalla del collado de Ordal]

El mariscal Suchet, para favorecer este proyecto, que más tarde fue abandonado, decidió avanzar contra lord Bentinck que ocupaba Vilafranca, con una fuerte vanguardia en las trincheras del collado de Ordal, mientras sus tenientes amenazaban nuestro flanco derecho por Martorell y el Llobregat. El 12 de septiembre empezamos a movernos a las ocho de la mañana, con nuestro ilustre mariscal al frente, y Harispe, Habert y Decaen dirigiendo sus magníficas divisiones. Tres reductos formidables coronaban el collado de Ordal, y por las vertientes serpenteaba el camino real. Estaban ocupados por una fuerte división de ingleses y calabreses bajo las órdenes de Frederic Adams, ayudante de campo del príncipe regente, con el apoyo de una reserva de caballería en la retaguardia. Las montañas de la izquierda estaban defendidas por campos españoles y podían distinguirse todos sus fuegos.

La defensa fue muy disputada, subimos al asalto y nos frenaron dos veces, cubriendo las pendientes del terrible collado de muertos y heridos. Mi batallón, conducido por Bugeaud, contornó por la izquierda los segundos reductos, y al final todo fue capturado con una audacia excepcional. Se luchó cuerpo a cuerpo sin dar cuartel al enemigo, el 272 regimiento de línea inglés quedó casi destruido y Frederic Adams resultó herido. El general Delort, lanzado con su caballería sobre la reserva inglesa, cargó contra los hú-

sares de Brunswick, los despedazó y capturó a 500 prisioneros y 4 piezas de cañón. Nunca antes me había encontrado en una situación similar, y a partir de ese día pude considerarme debidamente bautizado en el fuego de la batalla. De ahí surgió en mí una confianza inmensa, y cuando llegamos a Vilafranca, donde hacía poco había estado tan frágil y desanimado, me sentí como un viejo soldado.

En la batalla, el enemigo se situaba en tres líneas elevadas, separadas de nosotros por barrancos. Ocupábamos las colinas de enfrente, y juntos formábamos un inmenso campo de batalla donde se encontraron nuestro 24 de dragones, nuestros caballeros westfalianos, el 20 de dragones ingleses y sus húsares negros. Una multitud de combates individuales empezaron por todas partes, y el general Meyer se enfrentó al coronel Bentinck a golpes de sable. Era un acontecimiento sin precedentes ese millar de duelos librados bajo la mirada de los dos ejércitos, parados como de mutuo acuerdo para ser testigos de tan excepcional e imponente espectáculo. De repente, un cuerpo enemigo emboscado aparece y se lanza contra nuestro flanco izquierdo, que parece vacilar, pero el batallón Bugeaud llega corriendo y restablece el equilibrio. Entonces, el ejército anglo-español, al ver las tropas del general Decaen aparecer a nuestra derecha, hasta entonces retrasadas en las montañas, decide retirarse hacia Tarragona por Altafulla. Los seguimos hasta el Vendrell ocupando de nuevo Vilafranca, donde encontramos provisiones suficientes para unos días.

Un episodio conmovedor siguió a las escenas sangrientas de la noche y la mañana. Un parlamentario vino a pedir permiso para buscar el cadáver de un oficial inglés,

que había permanecido en el campo de batalla, para rendirle los últimos respetos. El mariscal se apresuró a acceder a esta petición, y los soldados de los dos ejércitos se unieron a esta piadosa ceremonia mediante un armisticio tácito. Poco después, volvimos a ver al parlamentario coronel Otto-Beyer regresando de Barcelona, profundamente conmovido por la atención prestada en nuestros hospitales a los heridos ingleses; El general Clinton, sucesor de lord Bentinck, escribió al mariscal para expresarle sus sentimientos de profunda gratitud.

Pronto, la falta de subsistencias y la necesidad de concentrar más el ejército de Aragón nos trae de vuelta a la línea del Llobregat. En el collado de Ordal, y en todas sus vertientes, encontramos los numerosos cadáveres de sus valientes defensores desnudos completamente de las ropas, y en plena descomposición. Exhalaban a gran distancia unas miasmas tan infecciosas que tuvimos que cruzar en la carrera este triste campo de muertes. Mi regimiento estableció sus fuegos en San Vicente, y otras veces en Molins de Rey, después en Granollers y San Feliu, que se convirtió de nuevo en el cuartel general del general Harispe.

Así se llegó a finales del año 1813, en medio de incidentes de guerra que serían demasiado largos y monótonos de contar. Uno de ellos, en el que yo tomé parte, merece, sin embargo, una excepción. Sabíamos que la *posada* del collado de Ordal[22] la ocupaba cada noche un escuadrón de caballería inglesa, parte de un regimiento establecido en un pueblo situado entre el collado y Vilafranca. Este escu-

[22] También conocido como de Rabella.

adrón venía cada noche a acampar en el lugar de los antiguos reductos, y todas las mañanas hacía un reconocimiento de la zona hasta tener a la vista nuestras fuerzas. No habiendo sido molestados nunca en su vivac, estaban poco precavidos, y supimos que habían acabado alojándose en la *posada*, sólo vigilada por dos o tres centinelas, y creímos divertido sorprender esa posición descuidada y tomarla entera.

Esta expedición de aventura nocturna se encomendó a un destacamento bajo las órdenes de mi nuevo capitán, el señor Chevalier, hijo de mi coronel, un oficial muy inteligente y de unos métodos que siempre admiré. Nos hicieron dejar las mochilas, la cubierta de tela blanca que solía cubrir los sombreros y las cartucheras; y atamos con cuidado las vainas de bayoneta y de sable para evitar cualquier ruido. Un oficial y dos sargentos fuertes, familiarizados con la lengua española, se pusieron al frente, con la orden de responder al *¿Quién vive?* de los centinelas ingleses como si fuéramos una partida de guerrilleros y después, acercarse pacíficamente y abatirlos sin ruido, y esperar a poca distancia de la posición inglesa. Nuestro interés lo despertó la posibilidad de éxito de este golpe de mano, por la situación crítica de los dos bandos, y también por la promesa de que el botín y el valor de los caballos capturados serían repartidos, un caballo a elección del capitán, un cuarto del total para los oficiales, un octavo para los suboficiales, y el resto en partes iguales entre todos los soldados.

Con las cantimploras llenas de aguardiente, partimos alegremente a las siete de la tarde, en una noche muy oscura, y en silencio. A cierta distancia del hostal, abandona-

mos el camino para acercarnos hacia donde estaba el ejército español, y después, dando un giro brusco como si hubiéramos venido de este lado, caminamos hacia el hostal. El grito de un vigía inglés resonó en nuestros oídos. Nuestra pequeña vanguardia respondió, avanzando, y se escuchó un ruido indefinible. Pronto chocamos con un cadáver, y al lado había atado a un árbol un caballo nervioso e impaciente. Hicimos un breve paro, y el capitán nos advirtió en voz baja que había llegado el momento, prohibiendo disparar ni un solo disparo, y señaló la parte del destacamento que se quedaría en la puerta del hostal, para coger y masacrar si era necesario a los ingleses que intentaran escapar o defenderse. El resto del destacamento, a una señal acordada debía precipitarse dentro del hostal por las diversas salidas, y actuar por igual sobre la guarnición sorpresa.

Caminábamos muy cerca de nuestra pequeña y enérgica vanguardia, reuniendo en silencio toda la energía para el terrible desenlace. El *¡Quien vive!* inglés resonó una segúnda vez delante mismo del hostal. Se responde en español, y al acercarnos escuchamos claramente la agonía de un moribundo. *¡A mí!* llama al oficial de vanguardia, y el destacamento se precipita como un alud en el hostal. Los ingleses, despertados de repente, sin duda creyendo soñar, quedan aturdidos por una sorpresa tan repentina, y se les intima a la rendición. Unos oficiales intentan defenderse con sus espadas. En vano, el jefe del destacamento quiere alentar desesperado a sus soldados atónitos, es herido por mi capitán y cae. Algunos caballeros intentan resistir y también caen atravesados. El resto del destaca-

mento, inmóvil, sacudido de espanto, y dos o tres hombres imploran de rodillas que se les respete la vida.

Agrupamos y desarmamos a estos pobres diablos, y los hicimos ir bajando de dos en dos, mientras una escena parecida pero menos sangrienta se desarrollaba en el establo. Había varios caballeros y unos cincuenta caballos que cargamos con las armas, el poco equipaje de los vencidos, y los oficiales y soldados ingleses heridos. Abandonamos a dos que no podían subir a caballo, y dejamos la espada al desgraciado comandante del escuadrón. Finalmente, después de haber advertido a los presos que al menor ruido de alguno de ellos no habría cuartel, volvimos con los cautivos al centro, ya por el camino real. A cierta distancia, vimos un vigía inglés, situado precisamente en el camino y dándonos la espalda. Se movió, y se acercaba sin sospechar nada, pero justo antes de ser atrapado disparó la carabina, picó el caballo y desapareció, pero nosotros teníamos la orden de no disparar.

Sin embargo, este incidente nos determinó a acelerar el paso; ya que el enemigo, alertado por el disparo de carabina o por la huida del centinela, no tardaría en llegar. A poca distancia de Molins del Rey, encontramos un fuerte destacamento enviado a nuestra ayuda en caso de ser necesario. Fue una suerte y una previsión sabia, porque entonces oímos el galope de la caballería inglesa muy cerca, y dimos media vuelta. La vista de nuestras fuerzas, nuestro firme comportamiento y una descarga terrible detuvieron al enemigo, que retrocedió, mientras una vigilancia severa retenía a los prisioneros.

A las ocho de la mañana llegamos triunfantes a Molins de Rey, en presencia de nuestra división reunida en ar-

mas, y que, con un movimiento espontáneo, nos recibió con aplausos y aclamaciones entusiastas. Uno de los caballos fue ofrecido al coronel por su destacamento, y el botín se vendió en Barcelona. Me correspondieron 95 francos, los soldados recibieron 55 francos cada uno, y la parte de cada oficial fue de unos 300 francos, aproximadamente.

A principios de 1814, los grandes servicios del jefe del ejército de Aragón, recomendaron a la justicia y a la confianza del Emperador, elevarlo a la dignidad honorífica de coronel general de la guardia imperial, y el 116° sufrió una pérdida que personalmente me afectó mucho. El comandante Bugeaud fue ascendido al grado de mayor en otro regimiento y reemplazado poco después por un oficial de una rara bravura, el comandante Roussel, a quien volví a encontrar en 1815 como coronel en el campo de batalla de Waterloo. Él mismo fue pronto reemplazado por un viejo oficial sin talento ni energía.

El 16 de enero, el ejército anglo-español nos atacó con fuerzas superiores en el Llobregat. Todo anunciaba una gran acción; pero el enemigo, al que tuvimos que ceder la línea de nuestros vivacs, evitó la batalla que le ofrecimos cerca de las defensas de San Feliu, donde perdimos una cincuentena de hombres.

[El tratado de paz de Valençay]

En esa época, el mariscal recibía en el más estricto incógnito al duque de San Carlos y al ilustre Palafox de Zaragoza, portadores de un tratado secretamente concluido en Valençay, por el cual Fernando VII era restablecido en el trono de España. Así se retiraba a los españoles del núme-

ro de nuestros enemigos, y se podían agrupar las cuantiosas guarniciones dejadas en las plazas de la península, para oponerlas a la invasión de nuestras fronteras por los ejércitos del Norte. Pero la ejecución del tratado dependía, en España, de aquellos que gobernaban en Madrid, y en Cataluña del general Copons. Este último, declaró estar ligado por sus instrucciones y no poder tomar ninguna decisión por sí mismo. Fue una gran desgracia porque el emperador, tranquilo por el lado de los Pirineos, en poco tiempo hubiera podido reunir 100.000 viejos soldados, y con ellos, recuperar la iniciativa.

En esta misma época, sobrevino un incidente de tal naturaleza que infundió inquietudes que no tardaron en cumplirse. El oficial español Van-Halen,[23] abandonó nuestra causa, ya fracasada, para hacerse perdonar la falta de haberla servido, y se pasó al enemigo intentando llevarse consigo unos doscientos caballos. Por suerte, el oficial que los comandaba sospechó la traición y rehusó marchar más allá de las avanzadas. Van-Halen, desconcertado, escapó solo, montado en un caballo robado; pero ahí no debía limitarse su perfidia.

Vinculado desde hacía mucho tiempo al cuartel general, se había aplicado a conocer e imitar la escritura, la cifra, la firma del mariscal y el sello empleado para la correspondencia secreta. Con esos medios de traición, se ofreció a los generales españoles en expiación de haber portado las armas contra su patria. Revestido del uniforme francés, fue enviado sucesivamente ante Lérida, Mequinenza y

[23] Juan Van Halen y Sartí (1788-1864), militar español que combatió como general en cinco ejércitos diferentes.

Monzón con órdenes simuladas que prescribían a los gobernadores de esas plazas evacuarlas y rendirse con sus guarniciones, por el camino más corto, a las avanzadas del ejército francés. Van-Halen, al entregar esas despachos, rehusó entrar en esas plazas, bajo el pretexto de que las tropas de bloqueo no querían permitírselo; pero ese hecho, que hubiera debido iluminar a los gobernadores y a los consejos de defensa, no impidió que esas ciudades fuertes fueran entregadas. Nuestras desafortunadas guarniciones se pusieron en marcha con una batería de campaña, seguidas por una división española, encargada de hacer ejecutar y respetar la convención.

Pronto se manifestaron signos de la doblez, y un jefe de batallón tomó aparte a su coronel y al general Isidore Lamarque: «Estén seguros, les dijo, de que estamos siendo traicionados; aún podemos escapar mientras los españoles están dormidos o desaparecidos. Dejemos la artillería y el bagaje; llamemos en silencio a nuestros soldados y escabullémonos por las montañas. Nuestro regimiento conoce el terreno; cuando hayamos avanzado cinco horas de marcha, nada podrá detenernos».

Al general, alterado al momento, las dificultades le desalentaron. Los siniestros propósitos de los habitantes y el asesinato de algunos soldados, le determinaron a quejarse al general español que le respondió de manera falaz, y la columna continuó su ruta. Por la noche faltaron los víveres y al día siguiente, nuestros soldados, exhaustos de hambre y fatiga, llegaron a los desfiladeros de Martorell, a tres leguas de nuestras avanzadas. Hicieron una pausa y colocaron sus armas en haces, esperando víveres. Pero pronto vieron, a derecha e izquierda, todo el ejército espa-

ñol coronando las alturas, delante de ellos el ejército inglés, y detrás la división que los escoltaba. En esta posición, se les anunció que eran prisioneros y víctimas de una estratagema de guerra. La confusión y la desesperación de nuestros valientes pueden fácilmente imaginarse. Algunos, menos extenuados que los otros, intentaron una resistencia inútil; pocos escaparon y lograron reunirse con nosotros en un estado de angustia indescriptible. En todas nuestras filas se oyó un grito de indignación, y la gloria de su defensa nacional nunca podrá redimir a los españoles de esta acción deshonrosa. En cuanto a Van-Halen, ese miserable, se le cumplió la palabra, y pudo vivir sin demasiada vergüenza en medio de sus compatriotas, convertidos en cómplices de su deslealtad y de su cobarde traición.

Después de estos éxitos, el traidor se dirigió a Tortosa. Pero el general Habert, que comandaba esta plaza, desconfió y exigió una entrevista. Van-Halen, que la consideró peligrosa para él, prefirió alejarse, y así se salvó la bella y valerosa guarnición de Tortosa. Sin duda, el ejército de Aragón hubiera ejercido una clara venganza de estas infamias, pero el mariscal recibió la orden de enviar inmediatamente 10.000 hombres con los dos tercios de la artillería y de la caballería a Lyon. La disminución del ejército nos obligó a replegarnos cada día más; los víveres faltaban y nuestras raciones habían sido reducidas en un tercio, luego a la mitad y nuestra soldada continuaba sin ser pagada.

Un evento, que podría haberme sido más provechoso, me convirtió de repente en el sargento mayor más antiguo de mi regimiento. Se solicitó al mariscal un gran número de subtenientes para llenar los vacíos que surgían constantemente en los ejércitos del norte. Todos mis colegas

fueron ascendidos a este grado, así como muchos sargentos. Yo me había quedado sin protector por la partida o el alejamiento de mis hermanos; el comandante Bugeaud había abandonado el regimiento, y desde hacía poco el valiente general Harispe había sido llamado a la defensa del país vasco, cuya población le era devota y podía, bajo tal líder, convertirse en un auxiliar poderoso para nuestras armas.

[Repliegue hacia Francia]

En lugar de ese ascenso que una sola palabra amiga me habría conseguido, fui nombrado sargento mayor de una compañía de granaderos y enviado, con mi batallón, a San Celoni, en la ruta interior de Barcelona a Gerona; esto fue a mediados de febrero. Durante unas tres semanas, nos condenaron allí al trabajo más penoso y a una vida muy miserable, con la misión de escoltar convoyes en direcciones opuestas, hacia Barcelona y hacia Francia.

San Celoni es un pueblo arruinado, abandonado por su población, con los hombres haciendo la guerra por los alrededores. Ha sido el teatro de combates constantes desde 1809, y ha sido incendiado varias veces. La mayor parte de las casas estaban hundidas y todas habían sido vaciadas de sus muebles. El pueblo estaba rodeado de pequeños fortines de tierra, que nuestras compañías guardaban torre a torre. Vivíamos estrictamente de raciones pequeñas que recibíamos cada quince días, de tal modo que el pan llegaba envejecido en carros enviados desde Mataró o de Barcelona, y casi no se podía comer. En San Celoni estaba alojado con mi furrier en una casa de campo sin techo ni pu-

erta, que cubríamos con hojas. En un ángulo de los cuatro muros hacíamos el fuego y la cocina, otro era nuestra cama hecha de juncos secos o de hojas muertas. El tercer ángulo lo ocupaba una abertura sin puerta y en el cuarto teníamos las escudillas y la ropa lavada.

Un día, estaba entregado a las preocupaciones de mi triste hogar, cuando entró bruscamente en mi tugurio un joven de tez fresca y colorada envuelto en un manto, ¡era mi hermano Joachim! ¡Qué alegría sentí! Joachim se despojó de su manto y, para mi gran sorpresa, apareció uniformado y con el galón de oficial. Privado de su empleo por la reducción y la retirada del ejército, el mariscal había querido reconocer sus servicios administrativos nombrándolo oficial pagador del séptimo de línea, el regimiento de Labédoyère. No podía detenerse, apurado como estaba por sus órdenes y por la partida de las tropas con las que se dirigía a Francia. A pesar de las generosas muestras de afecto que tuvo para conmigo, después de su partida quedé más triste y más desanimado que nunca. Con el corazón oprimido, me eché a llorar cuando me encontré solo en mi miserable guarida, completamente desnuda, ennegrecida por el humo, frente a mi triste camastro, con el saco que me servía de almohada; pero por suerte pronto debía regresar a Francia. El mariscal recibió una nueva orden de proporcionar 10.000 hombres a las tropas encargadas de cubrir la ciudad de Lyon, y tuve que formar parte de ese gran destacamento.

Sin embargo, la víspera ese sueño de esperanza estuvo a punto de desvanecerse. Encargado de hacer una ronda, pues los oficiales eran demasiado pocos para este servicio, a las dos de la madrugada seguía con un guía y cuatro sol-

dados el camino indicado de un fortín a otro, cuando, después de una descarga repentina de fusilería, que derribó a dos hombres de mi escolta, fuimos atacados por una banda de campesinos armados. Mi guía había huido; disparábamos las armas en dirección a los asaltantes, y solo tuve tiempo de arrojarme a un profundo barranco con los dos soldados que me quedaban. Habrían acabado con nosotros, si en ese instante no hubieran salido patrullas de los fuertes vecinos para ahuyentar al enemigo y rescatarnos. Finalmente llegó la orden esperada con tanta impaciencia; nos relevaron en San Celoni, dirigiéndonos en una marcha muy rápida hacia Figueras, pasando por Gerona.

Esta plaza había caído en nuestro poder hacía dos o tres años, después de una defensa desesperada en la que participaron con un raro heroísmo todas las mujeres de la ciudad, encabezadas por damas de alta distinción. Seguía pareciendo un inmenso montón de escombros; ninguna casa había sido restaurada. Esas ruinas, que se extendían por todos los rincones de España, permanecían en pie como testimonio del honor de la guerra de liberación, como un recuerdo y una lección memorable de patriotismo. Diez años después, volví a visitar esas tierras, y encontré casi en todas partes esas huellas de nuestra invasión.

En Figueras, visitamos con gran interés el fuerte de San Fernando, una de las obras maestras más bellas de Vauban.[24] Dos veces fue necesario llenar de sangre los fosos de esta fortaleza para arrebatársela al enemigo. Después del primer asedio, el mando fue confiado al general

[24] Sébastien le Prestre, señor de Vauban (1633-1707), mariscal francés y el principal ingeniero militar de su tiempo, que revolucionó el diseño de fortificaciones y sistemas defensivos.

Gruillot, de cuyo hijo mayor me convertí más tarde en compañero. Este valiente general, despreciando al enemigo y creyendo inexpugnable el fuerte de San Fernando, descuidó la vigilancia a distancia, y para aliviar el servicio de sus tropas, suprimió los puestos más avanzados y disminuyó las guardias interiores. Su confianza la contagió a sus soldados, que prestaron poca importancia a las barreras y las empalizadas, y se apropiaron de la madera para el fuego de las cocinas. Tal descuido le valió severas observaciones por parte de algunos oficiales; sin embargo, no les hizo caso y pareció restar importancia a aquellos a los que el peligro parecía preocupar tanto.

Dos vigilantes de almacén catalanes, bajo las órdenes de un comisario francés, fueron persuadidos por el coronel español Rovira. En una noche oscura, este jefe y su banda descendieron por el camino cubierto, avanzaron a paso de lobo, agachándose y cubriendo sus armas, por miedo a que su brillo los delatara. Llegaron a la poterna y se tendieron en el suelo, esperando a que la puerta de las bellas caballerizas acorazadas, que servían de almacén, les fuera abierta por los dos catalanes. Penetraron, y en seguida bajo estas bóvedas se escucharon disparos entre los asaltantes y el débil puesto que guardaba la salida que conducía a la plaza de armas del fuerte.

La guarnición, aturdida por esta sorpresa y sin saber de dónde venía el ataque, tomó las armas en vano, en un completo desorden. Rovira, que conocía los lugares, se apoderó de todos los puestos e hizo arrestar en su palacio al gobernador y a sus oficiales. Se combatió una media hora en el interior del fuerte; pero al final, las tropas, sin jefe ni dirección, depusieron las armas. En seguida, Rovira hi-

zo disparar una salva de cañonazos desde el baluarte para avisar a la ciudad y a la provincia de que la bandera española ondeaba victoriosa sobre la ciudadela de San Fernando. El general Guillot, prisionero de guerra, fue juzgado en rebeldía y condenado a muerte, inspirando en el ejército francés casi tanta compasión como censura. Durante los Cien Días, se arrojó a los pies de Napoleón en el momento en que el emperador desembarcaba en Cannes. El monarca lo levantó con bondad y le tendió la mano en señal de perdón.

El 10 de marzo de 1814, pisaba suelo francés. No hay palabras para expresar el inefable movimiento de alegría que hizo saltar mi corazón. Esta emoción compensó ampliamente los peligros, las fatigas y las privaciones del pasado. Ese mismo día llegamos a Perpiñán. ¡Qué felicidad escuchar por todas partes nuestra lengua, no encontrar más las miradas feroces de un pueblo enemigo, recuperar las dulzuras y todas las maravillas que engendran la confianza, el comercio y la paz! Esa misma noche mis compañeros y yo nos reunimos en gran gala a expensas de quienes tenían dinero; las recientes liberalidades de mi hermano Joachim nos fueron de gran ayuda. ¡Qué placer, qué sorpresa encontrarnos en la mesa ante manjares exquisitos, cada uno con su plato, su cuchillo, su servilleta y su copa!.

Nos habían alojado, de dos en dos, en casa de los habitantes que, en estas fronteras enriquecidas por el movimiento de las tropas, se mostraban amables y hospitalarios con los soldados. Al ver la buena cama que debía compartir con mi furriel, ambos nos estremecimos de alegría. Desde hacía casi un año, no me había acostado des-

vestido, no había visto un colchón ni unas sábanas. ¡Pasamos una parte de la noche conversando sobre nuestro bienestar! En Perpiñán todo se preparaba para recibir a Fernando VII, a su padre don Carlos y a su tío don Antonio. Llegó unos días más tarde y el mariscal le acompañó hasta Figueras, cuyo fuerte visitó. Escuché al duque de la Albufera contar que, en el momento de descender a las casamatas, el rey mostró cierta vacilación, como si temiera ser retenido allí prisionero. El mariscal se percató de su miedo, y como prueba de lealtad, penetró bajo las bóvedas antes que el príncipe.

El rey cruzó el Fluviá en presencia de los ejércitos francés y español, dispuestos en un anfiteatro a orillas del río.[25] Las bandas y la artillería saludaron su paso, mientras el pueblo recibía con aclamaciones fanáticas al soberano por quien tanta sangre había vertido. Al dejarnos y para demostrar su libre determinación, entregó al mariscal un escrito, fechado en Gerona, firmado de su puño y letra, en el que prometía el intercambio de plazas para nuestras guarniciones armadas. Fue infiel a esta promesa, así como cruel e ingrato con sus más leales y enérgicos defensores.

---

[25] Hay un documento importante para conocer el paso de río, el grabado de Bonaventura Planella *Paso de Fernando VII por el río Fluviá en Báscara*. Planella, que estaba presente, describe la acción que tuvo lugar el día 24 de marzo del año 1814 cuando el ejército francés entrega al rey Fernando VII a una comitiva española dirigida por Francisco Copons, capitán general de Cataluña.

Campaña de Cataluña (1823)

Se declaró la guerra a España, cuyo movimiento revolucionario preocupaba a los Borbones y a las potencias del norte. Mi regimiento fue asignado al 4º cuerpo, que se estaba formando al pie de los Pirineos orientales, bajo el mando del mariscal Moncey, duque de Conegliano. Así que iba a volver a ver Cataluña, donde, diez años antes había comenzado mi carrera militar, había sufrido muchas penurias y había enfrentado tantos peligros. Pero esta vez haría la guerra a caballo, con todas las comodidades que implicaba el rango de ayudante mayor. Me apresuré a equiparme para la campaña y a tomar algunas lecciones de equitación; al mismo tiempo, mi hermano Justin recibió la orden de unirse a uno de los cuerpos de ejército que se estaban formando en Bayona.

En los primeros días de abril de 1823 llegué con mi regimiento a la frontera de Cataluña, después de todo un mes de marcha a través de Francia. España era una tierra maldita para mi familia, de la que salí el año 1814 con el alma angustiada por la trágica muerte de mi padre, y el destino me llevó de vuelta en 1823, con el corazón desgarrado por la reciente pérdida de mi madre.

Los viejos oficiales que habían hecho la guerra de la Independencia no vislumbraban los peligros de nuestra empresa, aunque los juzgaban graves. Todavía creían en el

patriotismo de los españoles! La mayoría de ellos aceptaron con pesar, el triste deber de ir a combatir y derrocar al gobierno constitucional que el pueblo había conquistado desde 1820. Se acordaban de la enérgica y cruel unanimidad con la que una vez defendieron sus altares, el suelo de su patria y su libertad. Grupos irregulares de las bandas de la Fe, *del Rey Netto*,[26] expulsados de España, languidecian en la miseria, acampados alrededor de Perpiñán. Se intentó en vano acomodarlos a nuestra disciplina, bajo las órdenes de sus jefes; Romagosa,[27] un carbonero convertido en general, mosén Antón, un subdiácono armado con la cruz y el puñal, y el barón de Eroles,[28] digno de dirigir otros soldados. Estos eran nuestros aliados!, pero el sentimiento que producía este espectáculo era compensado por el del deber militar. Por el deseo de avanzar y el deseo natural del soldado de dejar la vida monótona de la guarnición. Mi regimiento se incorporó a la división del general Donnadieu, pero el duque de Conegliano se sorprendió tanto de la belleza, el orden y la disciplina del tercero de línea, que lo destinó sobre el terreno a la custodia del cuartel general.

El 19 de abril cruzamos la frontera y vivaqueamos cerca de la Junquera, un pequeño pueblo famoso por su amor a la revolución de 1820. Nos sorprendió mucho encontrarlo

---

[26] Apelativo de Fernando VII; un rey «neto», con plenos poderes, más que absoluto.

[27] Juan Romagosa Pros (1791-1834), militar de la guerra de Independencia; en 1822 dirige la insurrección absolutista contra el régimen liberal; y en 1834 dirige las tropas carlistas en Cataluña.

[28] Barón de Eroles (1784-1825), militar de la guerra de la Independencia; de tendencia absolutista al regreso al trono de Fernando VII.

lleno y con todos sus habitantes la mayor parte todavía con el traje de la milicia. La piedra de la Constitución estaba de pie en la plaza, rodeada de enseñas nacionales, y emblemas tales como *vencer o morir, Constitución o muerte*. Sin embargo, no se hizo ningún disparo para detener al ejército. Nuestros vivacs estaban desbordados con la comida y las provisiones de todo tipo entregadas por los habitantes, no menos sorprendidos por la precisión con la que les pagábamos, y nuestro respeto por sus propiedades. Observaban con curiosidad nuestra nueva bandera y nuestras escarapelas blancas, porque nos habíamos mostrado muy terribles en el pasado bajo otros colores.

Atribuimos a la astucia el hecho de dejarnos penetrar tan fácilmente en el país enemigo. Una pequeña tentativa habría detenido nuestra marcha en los montes de la Albera, donde pasa encajada la carretera de Pertús a la Junquera, al pie del monte Roch, poblado de encinas, y que ofrecía una posición extremadamente firme. Dos días después avistamos Figueres y la ciudad fue ocupada al cabo de poco sin disparar un tiro, y el fuerte de San Fernando tomado por nuestras tropas. Era defendido por una guarnición bajo el mando del coronel Fernández, un hombre de gran capacidad y energía. Algunos cañonazos de esta fortaleza no pudieron impedir el éxito de esta operación, mientras una división constitucional dirigida por Milans,[29] se había retirado en silencio ante nosotros, y había ido a reunirse con las tropas de Mina y Llobera en la orilla izquierda del Fluviá [en Báscara].

[29] Francisco Milans del Bosch (1769–1834), militar liberal que participó en la guerra de la Independencia dirigiendo los migueletes.

Nuestro cuartel general se estableció en Peralada, una villa magnífica cuya población, especialmente las mujeres, son de una belleza notable. Algunas combinaciones estratégicas de nuestras tropas fueron suficientes para decidir al enemigo a retirarse de nuevo. Los músicos de sus dos regimientos se dejaron sorprender por las bandas de la Fe, que ya habían masacrado a la mitad cuando los franceses se acercaron y salvaron al resto, que apenas podían defenderse de los insultos y la mala voluntad de los campesinos.

El 2 de mayo entramos en Gerona, cuya población, bajo la influencia monacal, nos recibió con entusiasmo a los gritos de «Viva la religión! Muerte a la Constitución! Larga vida a los franceses!». Casi todos los jóvenes estudiantes llevaban alrededor de sus sombreros una cinta en la que estaban inscritas estas exclamaciones singulares.

Sin embargo, las ruinas y los estigmas de la guerra de la Independencia se mantenían en pie, como una lección impresionante de patriotismo para los españoles, y como un escalofriante recordatorio de los peligros a los que de nuevo nos enfrentábamos. Pero hay que reconocer que la población era indiferente y a menudo comprensiva con el objetivo de nuestra invasión. La pelea tendría lugar solo entre nuestro ejército y las fuerzas constitucionales, bien organizadas en otros lugares, y cuyos movimientos recibían gran apoyo de las numerosas fortificaciones que cubrían Cataluña.

En Gerona estaba alojado en casa del conde de la Torre, un canónigo, poderoso adversario del partido constitucional, a cuyo hermano fusilaron un tiempo después, durante los disturbios sociales en Navarra. Como nuestra estancia

en esta ciudad se prolongaba, me alojé con otro canónigo, *bon vivant*, liberal y muy aficionado a su joven doncella; que ocultaba, bajo los nombres sagrados de sus encuadernaciones, todas nuestras obras filosóficas del siglo XVIII. Me presentaron a la alta sociedad de Gerona y fui invitado a todas sus reuniones, donde encontré más aprobación que la mayoría de mis compañeros, porque hablaba y escribía en castellano con relativa facilidad. Ayudé a uno de mis amigos, a A..., más tarde coronel, traduciendo en español los requiebros amorosos que dirigía a una condesa muy bonita.

A falta de los peligros de la guerra, casi pierdo la vida en un simple paseo por el campo en compañía de un oficial superior de mi regimiento, el señor de Gournay. Atravesábamos los preciosos paisajes alrededor de Gerona, y encontramos en nuestro camino un puente muy estrecho situado sobre un profundo barranco bajo nuestros pies, de construcción romana, en ruinas y sin parapeto. Lo abordé con mi caballo, pero habiendo alcanzando la parte más alta del lomo me di cuenta de una gran brecha en el otro lado y di media vuelta irreflexivamente sin preocuparme por su estrechez, y sentí que mi caballo doblaba ligeramente una de sus patas traseras; el señor de Gournay palideció y casi se desmaya. Tan pronto como pudo hablar, me di cuenta que se emocionó por la inminencia del peligro que yo acababa de correr sin sospecharlo. Me llevó a pié hacia el puente y me señaló el ángulo del borde roto por la herradura de mi caballo, sobre un precipicio de cincuenta pies, lo que me afectó profundamente.

Las calles de Gerona estaban llenas de monjes, de capuchinos, de religiosos de todas las órdenes y de todos los

colores. Antes nos asesinaban, y ahora humillaban sus largas barbas ante el menos importante de nuestros soldados, a quienes colmaban de bendiciones.

El 26 de junio fuimos reemplazados del cuartel general y enviados a la vanguardia, para tomar parte en la suerte de la décima división. Situados en las montañas de Vic y Manresa, maniobrábamos en marchas y contramarchas muy penosas, siguiendo senderos apenas trazados, y a veces destruidos, arrastrando nuestros caballos por la brida. Encargado de elegir y establecer el campamento de mi regimiento, lo precedí unas pocas horas. Sólo me seguían mi criado y un guía español que, a sabiendas o por ignorancia, a veces me engañaba. Durante la guerra de Independencia yo no habría hecho un trabajo similar a lo largo de dos horas sin caer en las manos de guerrilleros o campesinos armados, pero en esta parte de Cataluña la autoridad constitucional ya no era reconocida. Sin embargo, al acercarnos a Barcelona encontramos menos simpatía en los habitantes, pero no más resistencia. Encontré un par de posibilidades de distinguirme, pero, a mi pesar, no se concretaron.

Me enviaron a Caldas de Montbuy, a siete leguas de Barcelona con diez *voltigeurs* sin equipaje, a ponerme en contacto con una banda de la Fe, que tenía la misión de expulsar a la milicia constitucional. El general de la Roche-Aymon[30] no me escondió la posibilidad de encontrar todavía al enemigo, y al llegar a la vista de esta pequeña vi-

---

[30] General de la Roche-Aymon (1772-1849), militar francés, teniente-general después de la batalla de Molins de Rey.

lla, rodeada de puertas y murallas recién almenadas, hice averiguaciones entre los habitantes de extramuros, que no me satisficieron. Me apoderé de cuatro de los principales, y los mezclé con mis *voltigeurs* para dificultar que dispararan contra ellos sin alcanzar a los otros, y con esta comitiva entré en la villa.

Los milicianos habían marchado el día anterior y las bandas de la Fe aún no habían aparecido. Mi llegada no produjo ningún movimiento entre la población, y los habitantes salieron con curiosidad al umbral de sus puertas. La piedra de la Constitución estaba emparedada en la plaza y adornada con hermosos trofeos, y me detuve al frente. Momentos después, el alcalde constitucional, con varios miembros del ayuntamiento, vino a pedirme la protección para una población, que, aunque dijo que era liberal, no se mezclaría con nuestra disputa con el gobierno de las Cortes. Di garantías a estos magistrados populares, y me procuré toda la información posible sobre las fuerzas enemigas y su posición. Después de pedir raciones diez veces más que suficientes para nuestras tropas, me retiré con toda tranquilidad y liberé a mis cuatro rehenes fuera de la ciudad.

Dos días más tarde me fue confiada otra misión. Como responsable de preceder a nuestra columna con 130 soldados de infantería y treinta jinetes, tenía que despejar la carretera e inspeccionar Sabadell, que se encontraba a tres millas de Barcelona. Entré en esta pequeña y bella villa en medio del silencio de su población, que había sido evacuada hacía varias horas por el enemigo. Encontré en funciones y reunidas, a las autoridades constitucionales, la

piedra de la Constitución y todos los emblemas del gobierno que veníamos a derribar. Visité la ciudad en todas direcciones, los habitantes atendían en paz sus negocios y sus industrias diversas. Una parte del ejército vino a asentarse y restablecerse de sus fatigas, y convertimos Sabadell en un punto de apoyo, reparando sus muros almenados y fortaleciendo el convento de los capuchinos.

Dejamos atrás y en estado de bloqueo la fortaleza de Hostalric, defendida por un batallón enemigo, y también el pueblo de San Celoni, de memoria tan triste para mí. Parte del ejército ocupó Barcelona, mientras nosotros maniobrábamos en sus flancos. El día 9 de julio fue un día glorioso para mi regimiento; el enemigo, con dos fuertes divisiones compuestas por soldados experimentados, la élite del ejército español, hacía varios días que había evacuado Barcelona bajo el mando de los generales Milans y Llobera. Había, entre estas divisiones, los regimientos de Zamora, Soria, Barbastro, África y Cantabria y un batallón de refugiados franceses e italianos.

El enemigo había elegido la hermosa posición de Molins de Rey, donde el ejército de Aragón se distinguió en el pasado, y cuyo nombre se identifica en mis recuerdos con el inicio doloroso de mi carrera. Los constitucionales tenían enfrente el río Llobregat, crecido por las lluvias recientes y abundantes, y el bello puente del Rey, tan fácil de defender. Detrás tenían dos mesetas, viejos reductos franceses, muy bien situados para proteger el puente. Y finalmente, el conjunto de las altas montañas que cruza el camino real, con mil caminos y senderos que aseguraban al enemigo la retirada a Tarragona o más bien al collado

de Ordal, de memoria sangrienta. A las ocho de la mañana mi regimiento partió de Sabadell, se mostró a los constitucionales situados sobre las colinas de la orilla izquierda, que ocupaban en parte y que trataban en vano de mantener. Nos dirigimos hacia ellos con las armas debajo de los brazos, huyeron y tomaron posición en el puente. El general de la Roche-Aymon, llevado por la ambición de distinguirse, reunió rápidamente trece compañías con dos cañones de montaña, y advirtió a nuestro coronel que sin esperar a la artillería y las otras tropas, íbamos a abordar al enemigo.

El coronel, inmediatamente nos agrupó en masa, y nos dijo con calor e intensidad: «Oficiales y soldados, nuestra bandera está en blanco. Aún no ha percibido al enemigo, que se puede ver y contar en estas alturas. Así, la reputación militar del tercero de línea se debe producir este 9 de julio. Soldados, veis este puente, estas posiciones cubiertas de españoles diez veces más numerosos que nosotros. Vamos a adquirir aún más gloria, marchemos hacia ellos con la bayoneta, viva el Rey!».

Este grito, repetido por nuestra pequeña tropa, tuvo su eco en la orilla derecha del río, donde pudimos ver claramente todos los movimientos del enemigo en Pallejá y San Vicente. Nos precipitamos desde nuestras alturas hacia el pueblo de Molins de Rey, que atravesamos a paso de carga en medio de los aplausos de sus habitantes: «Larga vida a los franceses! clamaban. Liberadnos de nuestros opresores». Al final del pueblo nos encontramos en medio de un terrible tiroteo, sin otra artillería que nuestras piezas pequeñas de montaña; y sin caballería, nos lanzamos sobre

el puente. Yo estaba a caballo a la cabeza de la columna junto al general de la Roche-Aymon y mi coronel.

A treinta pasos del enemigo, el fuego de los batallones diezmó nuestra pequeña tropa, que se desplazó en un instante. De repente, una bala que me alcanzó en el brazo izquierdo, me causó tanto dolor que no podía sostener a la vez la espada con una mano y contener a mi caballo, animado por el sonido de fusilería. «Estoy herido, le dije al general, pero pronto volveré a mi puesto, se lo juro». Dejé la columna, detrás de la cual un cirujano me abrió la manga del capote, me apretó la herida y se contentó, a causa de mis súplicas, en envolverla con un pañuelo. Me subieron laboriosamente sobre mi caballo y en este momento me di cuenta que también estaba ligeramente herido, pero los dos estábamos exaltados por el calor de la batalla. Corrí rápidamente a situarme en mi posición, y solo me detuve unos pocos minutos en el campo de batalla por una escena de lo más conmovedor.

Una señora española, de notable belleza, recorría, entre lágrimas este campo ensangrentado pasando de un herido a otro, comprobando cada cadáver mientras llamaba a su marido. Desde los primeros disparos, su marido, capitán del regimiento de Zamora, le exigió que permaneciera en el pueblo de San Vicente; pero cuando oyó el ruido de la pelea, se olvidó de su promesa y corrió a compartir los peligros de su marido, que sin duda había seguido el movimiento de retirada. Le di todo el consuelo que estaban en mí poder, y recluté a algunos campesinos, ocupados recogiendo a nuestros los heridos, para conducirla a San Vicente. Unos días más tarde, de vuelta en el mismo lugar, me enteré que de ninguna manera se pudo evitar que esta

noble mujer marchara a través de las montañas, acompañada de una única sirviente, hacia Vilafranca, donde esperaba encontrar a su marido.

Cuando me situé a la cabeza de mi batallón, me saludaron el general y el coronel. El enemigo estaba escalando las montañas, parando por turnos sobre la rugosidad del terreno para hace fuego sobre nosotros, y luego reanudaban la huida. Los perseguimos hasta las dos de la tarde. Los habíamos perdido de vista y nos disponíamos a tomar unos momentos de descanso cuando se escucharon muchos disparos del lado de Martorell. El 18 de línea había encontrado toda la columna constitucional avanzando en esa dirección, y como nosotros la había cazado y perseguido mucho tiempo. Llegamos a Martorell felizmente.

No habíamos comido desde el día anterior y nos moríamos de cansancio, de hambre y de sed. Me habían herido a las ocho de la mañana y ni siquiera me acordaba. Un cirujano desató la envoltura basta de mi lesión y me enteré con alegría que el mal no era demasiado grave, que ningún hueso estaba fracturado. Fue un milagro no tener un brazo roto y por lo tanto me he escapado a la desgracia irreparable de la amputación. El bravo general de la Roche-Aymon se me acercó alentándome y me dijo: «Elija, estoy dispuesto a pedirle la cruz o la enseña de capitán». No dudé en mi elección, nada ambicionaba tanto como la cinta de la Legión de Honor. El grado de capitán también lo adquiría por ley después del plazo de cuatro años a partir del de teniente ayudante mayor. La recompensa que pedía se me otorgó sólo después de la campaña.

En uno de los pasos más difíciles de nuestra marcha por la montaña, tuve que desmontar y confiar la brida de mi caballo a un guía, que se aprovechó del pliegue de un campo para desaparecer llevándose mi maleta, afortunadamente sin el caballo, que habría dificultado su huida. Mi montura fue reconocida y devuelta por los soldados de mi regimiento, pero me encontré sin ropa, cuando me era tan necesaria y mis amigos vinieron a ayudarme.

El 10 de julio ocupamos San Andrés de la Barca y mi regimiento se acuarteló en Molins de Rey, la conquista que había costado tanta sangre. El viejo mariscal Moncey se acercó, nos arengó con una fuerte emoción y nos dijo: «Oficiales y soldados del tercero de línea, acabáis de añadiros al esplendor de las armas francesas por el valor brillante con el que habéis ocupado el puente y arrebatado al enemigo sus formidables posiciones. No esperaba menos de vuestro regimiento. Voy a informar al rey y al príncipe de vuestro valor y de vuestra entrega. Acérquese, valiente coronel Fantin, reciba de un viejo soldado el beso de satisfacción que le daría a cada uno de sus soldados».

El 13 de julio, en su cuartel general de Badalona, el duque de Conegliano citó en despachos como se habían distinguido en los combates de Molins de Rey y Martorell el general de la Roche-Aymon, el coronel Fantin de Odoards, el teniente coronel de Fitzjames, los comandantes Lefol y Bergeret, el ayudante Larreguy., etc. Poco después, el señor de la Roche-Aymon fue elevado al rango de teniente general, señor Fantin al de mariscal de campo, y yo recibí del gobierno francés la Cruz de la Legión de Honor y del rey de España la Real Orden de San Fernando de primera clase.

Los resultados más importantes de nuestros combates recientes fueron completar el sitio de Barcelona, la rendición del fuerte de Cardona, la defección del ilustre general Sarfield[31] y poco después la del brigadier Manso.[32] A pesar de las ventajas que nos aportó esta doble defección, acogimos con una triste sorpresa a estos grandes desertores del partido constitucional. Nos acompañaron en todas nuestras expediciones y tuvieron que sufrir la poca estima del cuartel general, que el trato interesado del duque de Conegliano no siempre pudo ocultarles.

Hacia fines de julio, el mariscal decidió marchar contra el enemigo que ocupaba la línea de Vilafranca e Igualada. Se dirigió hacia esta última ciudad girando hacia las formidables posiciones del paso de Ordal. Para ocultar el punto de ataque al enemigo, el duque de Conegliano ordenó desplazar una fuerte comitiva de exploración por el camino hacia Tarragona, para hacer creer que la parte principal de la columna marchaba hacia Vilafranca. El general me dio el mando de esta comitiva, que compuso, teniendo en cuenta mi rango, de cuatro compañías elegidas entre aquellas cuyos capitanes estaban ausentes, y de cien caballos bajo las órdenes de un teniente y dos subtenientes. Tenía que avanzar lo más lejos posible, rechazando las partidas enemigas hasta Vallirana, lugar cercano al paso de Ordal; y si lo consideraba prudente y útil, organizar en todas

[31] Conde de Sarsfield (1779–1837), militar que participó en la guerra de la Independencia y con la entrada de los franceses el año 1823, se unió a su ejército para luchar contra las fuerzas constitucionales.

[32] José Manso Solá (1785-1863), militar liberal activo en la guerra de la Independencia; combatió a las tropas francesas el año 1823 pero se entregó a las fuerzas realistas.

partes provisiones para una columna considerable; delicada y peligrosa misión que me halagó especialmente. El duque de Orleans el año 1708 también demostró su orgullo marchando hacia la conquista de la alta Cataluña.

Partí a medianoche con mi destacamento precedido por la mitad de la caballería, y los flancos vigilados por los hombres elegidos, el resto de la caballería marchando detrás de la columna formada por secciones. La noche estaba iluminada por una hermosa luz de luna y no tardamos en alcanzar el primer puesto enemigo, que se retiró después de algunos disparos, evitando ser fácilmente tomado y destruido por la caballería de vanguardia. Varios puestos se retiraron sucesivamente hasta Vallirana, donde estaba su fuerza principal. Llegado a este pueblo, lo hice rodear rápidamente a derecha e izquierda por mis jinetes, mientras me adentraba a paso de carga por su calle principal. El enemigo lo evacuó sin disparar, y con tal rapidez que salieron antes de la llegada de los cazadores, contra los que dispararon en vano unos pocos disparos.

Al son de trompeta hice llamar al ayuntamiento para reunirse al momento. Exigí y obtuve de inmediato comida y vino para mi destacamento, que había permanecido en armas mientras que dos secciones registraban la aldea y guardaban las salidas. También obtuve información precisa sobre la posición y las fuerzas del ejército constitucional que se nos enfrentaban en este punto. Ocho mil hombres ocupaban el paso de Ordal a una distancia muy cercana, y su cuartel estaba en Vilafranca.

Ordené raciones de víveres para una columna de veinte mil hombres, y después de dos horas de descanso, empleadas en estos cuidados y en esperar a una veintena de caza-

dores enviados más adelante contra el enemigo, organicé mi tropa y regresé de día a Molins de Rey, lleno de pesar por la falta de aventuras de mi expedición, pero al menos en condiciones de dar al teniente general los informes más útiles y seguros. Unos días después nos enteramos que el movimiento por Igualada había tenido un completo éxito, a pesar de la seria resistencia del enemigo, que se vio obligado a evacuar el collado de Ordal y Vilafranca, y a retirarse hacia Reus y Tarragona.

La primera quincena de agosto, mi regimiento fue llamado nuevamente al cuartel general establecido en Vilafranca, y volví a ver con emoción esta ciudad donde diez años antes me había alistado como simple soldado en el 116º de línea. El mariscal, con un movimiento general y sabiamente combinado de nuestras tropas disponibles, quiso reducir a las fuerzas constitucionales a no tener más refugio que Tarragona. Con este fin, y mientras el ejército francés asediaba esta plaza, el cuartel general se estableció el 23 de agosto en el Vendrell, a cuatro leguas de Tarragona, bajo la protección de mi regimiento. Al día siguiente nos acercamos a la plaza y ocupamos Torredembarra, a orillas del mar.

El 25 de agosto, el ejército de nuevo se puso en marcha y pronto estuvo a la vista de Tarragona. A nosotros, los soldados de Suchet, nos sorprendió ver de nuevo en pie los fuertes que habíamos volado en 1813. Ahora, por cuarta o quinta vez en veinte años, esta desafortunada ciudad iba a sufrir todos los flagelos de la guerra; sus obras avanzadas estaban ocupadas por numerosas tropas, y más cerca de nosotros se alzaban campamentos fortificados de fácil defensa.

El mariscal hizo formar la infantería en una inmensa plaza, con la caballería y la artillería. Se erigió un altar en el centro con cajas de tambores; un capellán se vistió con los ornamentos de la iglesia, y en el momento en que iba a comenzar el oficio divino el viejo duque de Conegliano nos dijo en medio de un silencio religioso: «Soldados valientes! Hoy es San Luis, y el enemigo está ahí. ¡Que nos brinde la oportunidad de celebrar dignamente la fiesta del rey y de añadir a la gloria de las armas francesas! ¡Que viva el rey por mucho tiempo! ¡Viva el rey!»

Estas palabras, pronunciadas con energía por este ilustre septuagenario, y lo extraño de esta escena frente al enemigo, emocionaron al ejército y le arrancaron vivas aclamaciones, a las que se unieron las salvas de nuestra artillería. Una inmensa población rodeaba a nuestras tropas y se mostraba estupefacta ante este imponente espectáculo. Durante el oficio divino se realizaron fuertes reconocimientos en todos los puntos, y se intercambiaron disparos en diferentes direcciones. Tras el regreso de nuestros exploradores, volvimos a nuestros cuarteles y vivacs, donde las raciones adicionales permitieron a cada uno celebrar alegremente la festividad de San Luis, pero estas fiestas se vieron interrumpidas bruscamente por el grito: «¡A las armas!». Cada cuerpo corrió a su puesto porque el enemigo había salido de sus fuertes y campamentos fortificados, y se creyó que se trataba de un ataque general; sin embargo, al caer la noche, cada uno regresó a sus posiciones.

Los días 27 y 28 de agosto transcurrieron en continuos combates. El primero, fuimos atacados por el enemigo que intentó en vano hacernos retroceder. Al día siguiente, to-

mamos gloriosa revancha marchando contra él por todos lados, expulsándolo de sus campamentos fortificados y persiguiéndolo hasta las mismas murallas de la plaza. Este movimiento vigoroso se mantuvo el tiempo suficiente para dar a los ingenieros la oportunidad de levantar el plano de las nuevas fortificaciones, cuyo sistema nos era desconocido. Estando cerca del camino cubierto, excavado en su día por manos francesas, creí haber perdido mi caballo y mi sirviente, que fueron derribados y cubiertos de polvo por la explosión de un obús, pero habían marcharon por miedo. Cuando el asedio y bloqueo de Tarragona estuvo más o menos asegurado, el duque de Conegliano trasladó su cuartel general frente a Barcelona, siempre escoltado por el tercero de línea.

A mediados de septiembre, nos establecimos en San Feliu, no lejos de Molins de Rey. El ejército estaba entonces muy conmocionado por el éxito con el que un fuerte destacamento de constitucionales había logrado salir por mar de Barcelona, desembarcando a nuestras espaldas; pero naufragó bajo los muros de Figueras donde fue combatido y hecho prisionero por la división del general Damas. Al rendirse, el general San Miguel, exministro de las Cortes, que comandaba este destacamento, solo obtuvo la vida salva para los 120 franceses desertores que formaban parte de su columna. Este glorioso éxito de la división Damas tuvo como resultado, poco después, la rendición del fuerte de Figueras, cuya guarnición fue enviada cautiva a Francia. Entonces, el mariscal pudo reforzar las tropas de bloqueo ante las plazas que aún estaban en poder del enemigo.

En esa época, el mando del tercero de línea fue confiado al señor conde de la Genetière, uno de los más amables valientes del ejército; me inspiró casi de inmediato un sentimiento de simpatía y un profunda devoción por su espíritu afable, jovial, y más aún por la solicitud que me mostró desde el principio. Nuestro cuartel general se estableció en Sarriá, a la vista y a media hora de Barcelona. Para dar una idea más precisa de nuestra actitud frente a esta ciudad tan grande y fuerte, extraeré algunos detalles de mi correspondencia de entonces con mi hermano mayor.

Sarriá, 20 de septiembre 1823.

«Me encuentro aquí, en el cuartel general, en el hermoso pueblo de Sarriá. Se compone en gran parte de magníficas casas de campo donde después de la Bolsa los ricos comerciantes venían a buscar aire y descanso. Soy señor de un castillo de estilo italiano, rodeado de un parque bellísimo y frutas abundantes, bosquecillos encantadores con varias fuentes que lo convierten en una lugar delicioso. Desde mi ventana, Barcelona está prácticamente a la vista, y es posible que desde su hotel el propietario de aquí me vea explorando sus jardines o descansando, con un cigarrillo en la boca, en las terrazas de su castillo; es agente de bolsa y además miliciano.

A muy poca distancia de mi morada hay una batería de artillería y cincuenta pasos más lejos un puesto de infantería. Anteayer, mi nuevo coronel, cuyo espíritu, corazón y estómago han resistido el desgaste del tiempo y de veinte campañas, me invitó a un paseo frente a los puestos enemigos. Unos cuantos disparos nos hicieron galopar más

rápido de lo que hubiéramos querido, pero no por ello dejamos de recorrer la distancia que separa el pueblo de Sans del de Gracia. El primero en cierto modo es neutral, y ocupado alternativamente por la guarnición de Barcelona y por nosotros; el segundo es tan agradable como el de Sarriá, a tiro de cañón de la ciudad y más cerca aún de uno del fuerte Pio. Gracia es el cuartel general de la división Curial.[33] Tratamos a Barcelona con todos los respetos posibles. Cuando sus tropas no se muestran hostiles, la dejamos en paz; pero a la menor provocación, hacemos llover nuestros obuses sobre la ciudad, hasta que el enemigo se refugia dentro de sus murallas.

Un rico miliciano, al que la buena vida y los excesos han vuelto goloso, ha solicitado secretamente al mariscal que le permita cruzar nuestras líneas para tomar las aguas en los alrededores de Badalona. Se le ha concedido este permiso cortésmente, y su excelencia acaba de otorgar a los habitantes de la ciudad bloqueada, tres días para realizar sus vendimias alrededor de los glacis. El bloqueo por tierra, aunque se compare acertadamente a una tela de araña, es sin embargo suficiente para contener al enemigo y cortarle los suministros, de los que carecería pronto si no los lograra por mar, a pesar de nuestro bloqueo naval.

Cada día recibimos, no sé cómo, los periódicos barceloneses que se burlan de nuestros generales, de nuestros príncipes; llaman al duque de Angouleme *el Duque tonto*, a Carlos X, el Atila de los Franceses. Tenemos 1.800 prisioneros del campo de batalla de Tarragona, pero con un

[33] Philibert Jean-Baptiste Curial (1774-1829), general francés que el año 1823 dirigió una de las divisiones que entraron en España, se distinguió en la batalla de Molins de Rey.

simple trazo de pluma, estos valientes periodistas nos matan sin piedad a dos mil hombres. Entre nosotros y los constitucionalistas, gracias a las piernas ligeras de estos señores, la guerra es poco sangrienta, pero nos despedazan en los teatros de Barcelona. Hace pocos días representaron un drama en el que todo nuestro ejército, incluido el mariscal, se desmayaba de miedo ante la vista de Rotten [34] gobernador de la ciudad, blandiendo su gran sable, a quien por su ferocidad apodan el Robespierre catalán.

¡Cómo quisiera, mi querido amigo, transportar por encanto un instante a estas damas a mi palacio! La ciudad de Barcelona, su ciudadela, los fuertes de Montjuich y Pio, al menos diez pueblos diseminados por los más hermosos campos, el vasto mar surcado por nuestros barcos, entre los que se deslizan casi siempre con éxito audaces cabotajes; todo esto forma desde mi ventana un espectáculo admirable!».

Sarriá, 2 de octubre 1823.

«Vengo de una gira que mi coronel ha querido hacer conmigo para conocer su regimiento disperso en San Feliu, Molins de Rey, Vilanova, etc. No me ha molestado romper un poco la monotonía del bloqueo de Barcelona. El conde de la Genetière ha viajado mucho; ha pasado sus mejores años en el gran mundo; su ingenio y su jovialidad le han valido éxitos con las mujeres que le gusta contar con de-

---

[34] Antoine de Rotten (1780-1845) militar suizo liberal que ocupó interinamente la capitanía general de Cataluña en los últimos meses del año 1823, cuando defendió Barcelona hasta rendir la ciudad al duque de Conegliano.

senvoltura. Ha sido tan afable durante esta gira que casi no me he dado cuenta del mal tiempo y de las doce o quince leguas que recorríamos al día a caballo, seguido solo por mi doméstico.

Nos encontramos en Vilafranca al general de la Roche-Aymon, que partía con plenos poderes para traer de vuelta al bloqueo de Tarragona las tropas del barón de Eroles y del general Tromelin. Estos generales, se habían lanzado sin orden a la persecución de una columna de 4.000 hombres que había cruzado furtivamente la línea de bloqueo y que había sido obligada, por esta persecución, a refugiarse en Lérida. La ciudad, pronto fue bloqueada de nuevo por el barón de Eroles, hasta la llegada de las primeras unidades del cuerpo de ejército comandado por el mariscal Lauriston, venido del Aragón para ponerse en comunicación con el ejército de Cataluña.

Justin me escribe desde el Ferrol que ha prestado servicios a la división Bourck, durante el sitio de la Coruña, y que se ha solicitado la cruz de honor para él».

Sarriá, 9 de octubre 1823.

«Mi querido amigo, te envío una letra de cambio por 500 francos, que utilizarás de la misma manera que la que te envié desde Perpiñán, o de cualquier otra forma que consideres adecuada. Es el fruto de mis ahorros desde que entré en campaña, o más bien el sobrante de mis asignaciones, aumentadas por el príncipe, que no habría podido gastar en nuestros miserables barracones.

Anteayer por la noche, se oyeron cañonazos desde el extremo izquierdo del bloqueo hasta el otro extremo. De

repente, se difundió como un rayo la noticia de que el ejército francés había entrado en Cádiz, que Fernando VII había sido liberado y que la guerra había terminado. La alegría fue tal que nadie pensó en verificar el origen de estos rumores. Las campanas tocaron al vuelo, los pueblos se iluminaron espontáneamente, las tabernas se llenaron. Barcelona debió de estar muy intrigada por todo este alboroto. Estábamos conversando de la felicidad de abandonar una tierra tan llena de cobardía y traición, de volver a ver nuestra hermosa Francia, a nuestros amigos y familiares. Una orden del ejército restableció la verdad; anunciaba que el rey estaba libre en Cádiz, que había escrito al duque de Angulema, a quien había ofrecido demostrarlo yendo a su cuartel general.

Al general Rotten se le ordenó rendirse, y se negó; respondió que se conformará con las órdenes de las Cortes. El mariscal está haciendo llegar material de asedio y se reparan las carreteras para el paso de piezas de artillería de gran calibre; en todos los cuarteles se están fabricando gaviones y fascines. Sin embargo, la guerra parece estar llegando a su fin y ahora se trata de la cuestión política. La parte ilustrada de la nación española desea una constitución moderada que establezca un equilibrio justo entre los poderes y ponga fin al excesivo poder del clero y de los monjes. La nobleza se une a esta parte ilustrada, siempre y cuando encuentre lugar en el gobierno».

Sarriá, 11 de octubre 1823.

«Hoy fui a dar un paseo a Gracia, donde vive uno de mis antiguos camaradas de la guardia, el señor de Rancé, ayu-

dante de campo del general Curial. Un parlamentario se presentó a este oficial general para ofrecerle, de parte de Rotten, todos los objetos agradables que pudieran faltar a su estado mayor. Aseguran que el gobernador de Barcelona está informado desde hace cinco días de los grandes acontecimientos ocurridos en Cádiz, y que ha decidido seguir su ejemplo. Todas las mañanas tienen lugar combates de tiradores, a pie y a caballo, con la satisfacción de los dos bandos. Subimos con mi coronel a la terraza italiana de mi castillo, y, con un cigarro en la boca y el ojo en el catalejo, asistimos a estos duelos casi siempre sin resultado. Ayer cené en casa del duque de Conegliano, que me dirigió algunas palabras llenas de benevolencia. ¡Se hace ayuno, en casa del mariscal!».

Sarriá, 20 de octubre 1823.

«El clero y las órdenes religiosas, en todos los lugares están recuperando la autoridad. Ayer asistí a un sermón nocturno en la iglesia de Sarriá, y en medio de la oscuridad la audiencia fue numerosa. En el fondo del templo había una pintura clara que representaba los tormentos del infierno, y se veían mezclados muchos constitucionales de todas clases, prelados, generales, grandes de España, milicianos con los colores de la revolución, contorsionándose de una manera horrible en medio de las llamas. El púlpito estaba ocupado por un capuchino de barba larga, sosteniendo un crucifijo en su mano, y describiendo con energía feroz los castigos eternos reservados a los partidarios de la constitución. Después de cada frase dirigía las miradas asustadas de sus oyentes hacia los diferentes

personajes de la imagen fantasmagórica, invocando las maldiciones del cielo y la tierra, interrumpido por los gritos indignados y de cólera de todos los rincones de la iglesia. Escena de fanatismo, que había atraído a gran número de oficiales, nos sorprendió mucho, y salimos muy apesadumbrados de ser los que contribuíamos a esta causa.

En la parte más alta de Sarriá se encuentra un famoso convento de capuchinos, hoy abandonado por gran parte de sus religiosos expulsados durante el reinado de las Cortes. Sólo quedan unos pocos monjes viejos que nos mostraron con rara complacencia el interior del monasterio. En su jardín hay un gran sendero adornado con muchas estatuas de colores que representan a las altas y bellas damas de la tierra, poderosas y felices, cuyo rostro destila egoísmo y vanidad. Pero al volver sobre nuestros pasos, estas mismas estatuas se nos aparecieron con las marcas de la enfermedad y la muerte. En un lado estas figuras tienen los colores brillantes de la vida y en el otro han pintado la decrepitud y todos los efectos repulsivos de la descomposición humana ¡Es horrible verlo! El viejo capuchino que nos guió tenía un aspecto muy venerable, una cabeza magnífica y una barba blanca y tupida. Nos paró al borde de una tumba subterránea donde entierran a los monjes muertos en este asilo voluntario, y cuyos huesos se apilan unos sobre los otros, sin ser tocados jamás.[35]

---

[35] Convento desaparecido de los capuchinos de Sarriá, del siglo XVI. Curiosa la descripción del sendero, que presenta una alegoría visualmente impactante sobre la naturaleza efímera de la belleza y el poder. Detrás de la fachada de perfección, se esconde la vulnerabilidad y la inevitabilidad de la muerte. Las estatuas, inicialmente símbolos de vanidad y egoísmo, se convierten en una metáfora de la condición hu-

Después de este triste peregrinaje, visitamos un jardín de muy mal gusto, donde han amontonado costosas curiosidades pueriles, y fuimos víctimas de una de ellas, que nos divirtió para gran satisfacción del propietario. Estábamos desperdigados por el jardín cuando innumerables corrientes de agua surgieron encaramándose por entre nuestras piernas. Intentamos salvarnos corriendo en todas direcciones, pero surtidores irritantes brotaban bajo nuestros pies anegándonos y solo pudimos escapar abandonando el campo de batalla por completo.

El buen dueño estaba en el séptimo cielo. Para consolarnos nos mostró el sistema de esta trampa hidráulica. Debajo de las terrazas innumerables pequeñas tuberías de plomo salen en grupos desde varias llaves y se dirigen en todas direcciones para terminar en los callejones del jardín con pequeñas rejillas casi imperceptibles. Esta niñería debe haberle costado un tesoro a su inocente inventor, y exige un mantenimiento muy costoso, pero no podemos ocultar que debe ser muy divertido cuando las damas se dejan atrapar».

Sarriá, 27 de octubre 1823.

«Estamos al final de la campaña; sin duda pronto entraremos en Barcelona donde los placeres se ofrecerán en gran cantidad a nuestra larga abstinencia e impacientes deseos. Ayer, se concluyó con el general Mina una suspensión de armas para dar a este jefe tiempo de presentar una

---

mana, recordándonos nuestra mortalidad y la futilidad de la búsqueda de la inmortalidad a través de la belleza y el poder.

capitulación cuyas bases han sido establecidas por el mariscal, que incluiría a Barcelona, Lérida, Tarragona y Hostalric. Nos comprometeríamos a conducir a los generales, oficiales y empleados que no se sintieran seguros bajo el nuevo orden de cosas establecido en España a un país extranjero. Ayer cené con varios oficiales superiores de Barcelona en casa del duque de Conegliano; me aseguraron que todas las bases propuestas de un acuerdo habían sido aceptadas por sus jefes.

Hoy, desafiados por varios de nuestros camaradas, un amigo mío, el capitán de Arbouville y yo, a irnos de paseo por los glacis de Barcelona, tomamos audazmente la dirección de esta ciudad. Apenas habíamos recorrido un cuarto de legua cuando fuimos rodeados por una patrulla de caballería enemiga. Inmediatamente anunciamos al oficial que la dirigia, el desafío y el sentimiento de curiosidad a los que habíamos obedecido. Recibió alegre y con cortesía esta confesión, y tuvo la bondad de ponerse a nuestra disposición para servirnos de guía y hacernos atravesar los puestos constitucionales. Así recorrimos al galope los glacis, visitamos el fuerte Pio; luego, volviendo sobre nuestros pasos, vimos y alcanzamos el hermoso cortejo del general Rotten que se dirigía hacia Sarriá, al que adelantamos a toda la velocidad de nuestros caballos. De hecho, llegó poco después con una comitiva y bajo la escolta de un magnífico escuadrón de dragones. Rotten, al que se le tiene por un hombre sanguinario, tiene rasgos distinguidos y su expresión parece muy suave. Tiene cuarenta y cinco años, pero no se le darían más de treinta.

A continuación del cortejo, se agolpaba una multitud de milicianos y soldados sin armas que aprovechaban la oca-

sión para ver a los franceses y sus cuarteles. Rotten se bajó en casa del jefe de estado mayor general, donde los generales Berge y Curial se ocuparon inmediatamente de la capitulación. El general enemigo, habiendo sido sorprendido por la noche, se le ofreció alojamiento y se colocó una guardia de honor a su puerta».

Sarriá, 28 de octubre 1823.

«Nos aseguran que todo ha terminado, y que haremos nuestra entrada triunfal en Barcelona el 1 de noviembre. Los pueblos se han llenado de sus hombres y mujeres, en un ambiente de gran alegría, y todos parecían sorprendidos al encontrar sus propiedades tal como las habían dejado. Son pocos a los que ha costado reconocer sus mansiones transformadas en baluartes, y sus jardines en bastiones. Nuestros campamentos están llenos de gente curiosa y los soldados vagan libremente por los glacis del lugar».

Barcelona, 8 de noviembre 1823.

«El 4 de noviembre, temprano por la mañana, nuestras tropas ocuparon sucesivamente los fuertes Pio, Montjuic y la ciudadela. A las diez en punto, entramos triunfalmente en Barcelona con nuestro viejo y digno mariscal a la cabeza de 3.000 hombres. Mientras entrábamos por una puerta de la ciudad las tropas constitucionales salían por otra, dirigiéndose con el mayor desaliento a los acantonamientos que les habían sido fijados. Este gran evento se realizó en medio del silencio absoluto de la población, y fueron pocas las personas curiosas en las calles. Por la noche, en

el teatro representaban la obra de Rossini *Ricciardo e Zoraide*, pero solo acudieron oficiales franceses.

Los milicianos habían depositado las armas antes de nuestra entrada. El número debía ser considerable, pues desde hacía tres días que los habitantes que circulaban por las calles solo se veían uniformes militares. El aspecto de esta vasta ciudad es muy notable; los 7 u 8.000 hombres encargados de mantenerla no forman más que un punto imperceptible en medio de la población. ¡Cuántos abastos guardaba esta plaza! Los habitantes estaban aún provistos para seis meses, y los almacenes contenían víveres para 15.000 hombres durante tres años.

Las fortificaciones son magníficas, la ciudadela de lo más formidable. El fuerte de Montjuic, obra de Vauban, es inexpugnable; las murallas, erizadas de cañones y morteros, están flanqueadas por todos lados de bastiones en muy buen estado. 40.000 hombres no hubieran sido suficientes para asediar Barcelona, y para tomarla se habría perdido la tercera parte. Mina, Rotten y todos los oficiales comprometidos se habían quedado en la ciudad y embarcaron esa noche en barcos franceses que los llevaron a los lugares elegidos por ellos. ¡Cuánta arrogancia en esta nación! Aquí todo respira libertad; no hay una casa, en particular en la calle del Coso, en cuya puerta no estén grabados estos lemas patrióticos: «Libertad o muerte» o un artículo de la Constitución. ¡Pues bien! estos falsos espartanos viven saludables, mientras borramos estos lemas, mientras embadurnamos sus trofeos y sus terribles juramentos».

Barcelona, 11 de noviembre 1823.

«Ayer cené en casa de don Juan Sánchez, español de pura cepa, devoto de la vieja escuela. Apenas entré, su santa y exuberante esposa me adornó con un escapulario impregnado de indulgencias de Montserrat, y me dio para tus hijos unos juguetes bendecidos, tan toscos y mal hechos que no me atrevo a enviártelos. Hazme el favor de agradecerlo a esta respetable matrona, como si los hubieras recibido. Nos sentamos a la mesa y yo miraba con impaciencia la olla clásica, tal como se la revelaron a los castellanos los Abencerrajes, cuando don Juan Sánchez, levantándose con su familia, entonó un eterno *benedicite*. De pie, en medio de nosotros, con las manos extendidas sobre la olla, se santiguó finalmente, y todos los pequeños Sánchez fueron a besarlo diciendo *Amén*. ¡Qué comida, gran Dios! el pimentón lo condimentaba casi todo: pimentón crudo, pimentón en salsa, pimentón frito, una ave coronada de pimentón. Creí que era mi última hora, y con la boca en llamas, hacía muecas horribles. Después de este largo martirio, hubo que agradecer a Dios con el mismo ceremonial que al principio, como si Dios, que es justo y bueno, hubiera tenido algo que ver en ese envenenamiento».

Barcelona, 12 de noviembre 1823.

«La suerte está echada. Mi regimiento regresa a Francia y saldrá el día 15 en dirección a Perpiñán, donde recibirá las órdenes relativas a su destino futuro. Después de ocho meses de fatigas y peligros, es imposible no sentir la alegría ante la certeza de dejar pronto este país extranjero

para regresar a nuestra patria. Pero estoy abrumado por la angustia de no haber obtenido el precio de mi celo por la sangre derramada en el puente de Molins del Rey.

Estoy alojado en casa de un viejo caballero maltés, asociado de todas las familias más nobles de España. En general tienen poca confianza en el futuro, temiendo la venganza del rey. Los franceses son el apoyo y la esperanza de la clase ilustrada, y a pesar de las atroces exigencias observamos religiosamente la capitulación hecha con Mina y obstaculizamos a la reacción. Ayer llegó el mariscal Lauriston, y se cree que no vino por curiosidad, sino a examinar si su antiguo colega no había sobrepasado sus poderes otorgando a los vencidos una capitulación demasiado generosa».

Gerona, 19 de noviembre 1823.

«Antes de salir de Barcelona, vi y me interesé por todos tus amigos. Tiemblan por el futuro y ahora no se atreven a arriesgar un solo maravedí en los negocios. El gobierno del rey no inspira confianza a los liberales y tienen miedo de reacciones sangrientas. Los partidos, si bien en apariencia disueltos, se vigilan entre sí, y siempre están dispuestos a llegar a las manos. Los realistas sueñan con la venganza y se impacientan de no poder satisfacerla. Algunos milicianos han sido ejecutados y la misma suerte amenaza a los otros. Dudo que nuestro trabajo de restauración absolutista sea de larga duración.

Acabamos de dejar la costa del Mediterráneo y entramos en la parte fanática de Cataluña. En una, nuestra presencia fue bendecida por los vencidos que pedían al cielo

la protección de nuestras armas y la ocupación de España por nuestras tropas. Pero en esta parte, por el contrario, somos odiados por el partido al que hemos hecho vencedor; se nos acusa de moderados por nuestra humanidad, y consideran un crimen nuestro acuerdo con Mina.

Estos son los recuerdos de mi última campaña. Me he limitado a contar los sucesos vistos por mis ojos, en los que he participado. Muchos otros eventos militares han honrado al ejército de Cataluña y a su ilustre comandante en jefe».